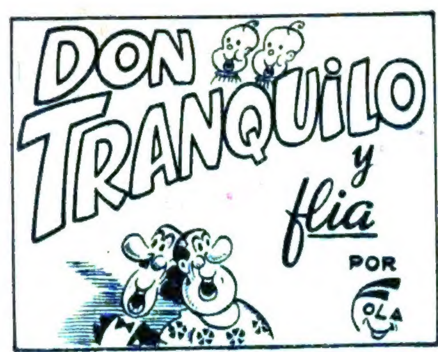
MUNDO URUGUAYO



Edgardo Ghiggia le cuenta a su sobrino las aventuras maravillosas del mejor wing derecho del mundo

Julio 27 de 1950


DON TRANQUILO y flia
POR
FOLA


¡AY! PARA ESTA NOCHE TENGO UNA INVITACIÓN ESPECIAL PARA LA GRAN CONFERENCIA PRO PAZ MUNDIAL. ADEMÁS DEBO ASISTIR A LA CRUZADA CONTRA EL ALCOHOLISMO Y A LA LIGA ANTI-TUBERCULOSA


Y ESTA NOCHE TENGO QUE HABLAR EN EL CLUB DEL PARTIDO SOBRE LAS PRÓXIMAS ELECCIONES, ME INVITARON A LA EXPOSICIÓN PRO FOMENTO DE LAS ESCUELAS Y A LA CAMPAÑA PARA AYUDAR A LOS POBRES DEL CAMPO


LA PAZ MUNDIAL ES MUY IMPORTANTE PERO EL ALCOHOLISMO Y LA TUBERCULOSIS TAMBIÉN SON DE GRAN INTERÉS
MI PARTIDO ME RECLAMA PERO LOS POBRES DEL CAMPO Y EL FOMENTO DE LAS ESCUELAS MERECEN TAMBIÉN MI ATENCIÓN


¡QUÉ DILEMA! QUISIERA DEDICAR MIS ESFUERZOS A LAS TRES COSAS, TAN ÚTILES Y NECESARIAS
DEBO CONSAGRAR MI TRABAJO A UNA DE ESTAS OBRAS TAN BUENAS, PERO NO SÉ A CUAL...


¡QUÉ PROBLEMA! QUISIERA TENER CIEN VIDAS PARA DEDICARLAS A LA HUMANIDAD....
AH, VIEJA, CASI ME OLVIDO DE OTRA COSA...


¿PERO CÓMO TE PUDISTE OLVIDAR! ¡VAMOS EN SEGUIDA! ¡PARECE MENTIRA QUE SEAS TAN DISTRAÍDO!
CON TODAS LAS CAMPAÑAS, CRUZADAS Y FOMENTOS ME OLVIDÉ...


SI, LO SIENTO, PERO NO PODRÉ ASISTIR A LA GRAN CONFERENCIA PRO PAZ Y BIENESTAR MUNDIAL LO SIENTO CON TODA EL ALMA...
¡APÚRATE VIEJA, QUE LLEGAREMOS TARDE!


¡PENSAR QUE, SI NO TE ACORDABAS A TIEMPO, HUBIÉRAMOS SACRIFICADO LA NOCHE!
¡LLEGAMOS JUSTITO! ¡QUE SALVADA!
¡A DIVERTIRSE! GRAN PROGRAMA
EL GORDO Y EL FLACO
LOS TRES CHIFLADOS
EL ZORRO Y EL CUERVO


Ciengramos y Viola
POR
FOLA


¡OH! ¡UN HOMBRE SE COMIÓ VEINTE DOCENAS DE BANANAS!
¡BAH! ¡NO ES COSA DEL OTRO MUNDO!


¿CÓMO? ¿240 BANANAS? ¡A QUE TÚ NO ERES CAPAZ DE HACER LO MISMO, EN MI PRESENCIA!
NO SÉ... TAL VEZ PODRÍA HACERLO...
COMPLETO PURITAS


MIRA, SI ESPERAS UN RATITO, TE DIRÉ SI PODRÉ COMERLAS. PRIMERO QUIERO VER UNA COSA
BIEN, TE ESPERO AQUÍ


¿ESTARÁ PREPARANDO ALGÚN TRUCO? ¡QUÉ AUSENCIA MÁS MISTERIOSA!
AVENA PURITAS


¡BIEN, A VER LAS BANANAS! ¡AHORA SÍ QUE ME SIENTO CAPAZ!
AQUÍ LAS TRAIGO, VEINTE DOCENAS, BIEN CONTADAS

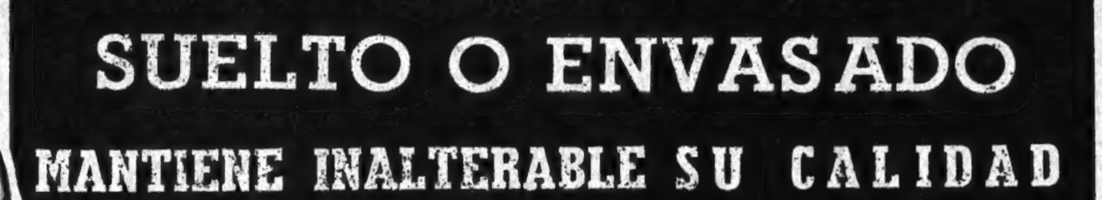

OCHENTA Y UNA... OCHENTA Y DOS... OCHENTA Y TRES...
¡ES INCREÍBLE! ¡Y NO HACE TRAMPA! ¡QUÉ MANERA DE COMER!


¿TE CONVENCISTE, VIOLA? ¡ME COMÍ LAS VEINTE DOCENAS!
¡MUY BIEN! PERO DIME UNA COSA: ¿POR QUÉ TE AUSENTASTE, ANTES DE COMERLAS?


¡PORQUE NO QUERÍA HACER UN PAPELÓN EN TU PRESENCIA! ¡ASÍ QUE, PARA ESTAR SEGURO DE QUE LO PODRÍA HACER, ME FUÍ Y COMÍ PRIMERO OTRAS VEINTE DOCENAS!!!
!


EL ACABADO
PERFECTO
DE SU CUTIS
Polvos Maderas de Oriente
Colorete UN RUBOR
UN RUBOR
MYRURGIA
Maderas de Oriente
MYRURGIA

Aceite MANZANARES





RECONOCIDA
MARCA



LITRO s/e $ 1.20

LATA 2 LITROS

LAS FAMILIAS TIENEN LA GARANTIA DE ADQUIRIR ACEITE FRESCO POR SU MODERNA ELABORACION Y ORGANIZACION COMERCIAL -- NO SE RANCIAN NI PIERDEN SU EXTRAORDINARIA CALIDAD.

DE NUESTRAS REFINERIAS DIRECTAMENTE AL PUBLICO EN NUESTRAS 41 CASAS HIGIENICAMENTE INSTALADAS.

(HABILITACION Nº 25 - MINISTERIO DE SALUD PUBLICA)

TELEFONO DE PEDIDOS:
53115 *
MANZANARES S. A.

Director:
JULIO CAPORALE SCELTA
Administrador:
RAUL CASTELLS CARAFI

Mundo Uruguayo

Editores: CAPURRO y Co. - JUAN C. GOMEZ 1372

MONTEVIDEO, JULIO 27 DE 1950. AÑO XXXII. — Nº 1631

LA HUELGA DEL FRIGORIFICO

CUANDO escribimos estas líneas la población montevideana se halla sufriendo todavía las consecuencias de la huelga de los obreros del Frigorífico Nacional que han ido al paro exigiendo el aumento del 30 por ciento fijado por el laudo para la industria frigorífica y la aplicación de las categorías para el personal administrativo. Durante muchos días se ha paralizado el abasto y no se ve — habiendo fracasado a esta hora una laudable gestión de la Intendencia Municipal — cual ha de ser la solución del conflicto. Se recuerda que cuando en el año 1946 se produjo una situación semejante, el Poder Ejecutivo declaró que la provisión de carne a la población era un servicio público, y dispuso la actividad necesaria para que no faltara ese elemento de primera necesidad. Entendemos que, desde el primer momento debió recurrirse a un temperamento semejante al que aplicó el gobierno del Dr. Amézaga, mientras se continuaran las gestiones para resolver la huelga. Al margen de estos conflictos del trabajo, que pueden requerir tiempo para su correcta y eficaz solución, el público no puede estar expuesto a una carestía que pesa sobre su alimentación y sus economías, sin que se agoten los medios para dar urgente andamiento al servicio imprescindible. Esperemos que la situación ya se haya resuelto — y no puede ser de otra manera — cuando se lean estas palabras. Que sólo tienen en la emergencia la intención de señalar un problema ciudadano cuya resolución se demoró demasiado.

EL FERVOR DEPORTIVO Y EL OTRO

LAS instancias del Campeonato Mundial, con el magno triunfo de los uruguayos, ha mostrado una vez más la animada y entusiasta actitud de nuestras masas deportivas, y del público en general — aun del que habitualmente está alejado de cosas del fútbol — en fervoroso apoyo y tenso interés por la suerte de los representantes compatriotas. Muchísimos uruguayos han viajado al Brasil para asistir a los encuentros y dar aliento a nuestros jugadores. Han sido millares y millares los mensajes que se han enviado a la delegación uruguaya, y en las horas de los matches decisivos el clima ha sido de ardorosa expectativa. Y todo esto está muy bien. Un pueblo que sienta esa pasión por las justas deportivas es un pueblo de alma joven, de impulso viril, de sanas y desbordantes energías. Y es porque exhibe estas virtudes en tales ocasiones que no podemos menos que pensar que hay que exhortarlo cada vez más para que esas mismas virtudes sean aplicadas en otras actividades, en las conquistas científicas, en las normas del espíritu, en las disciplinas fundamentalmente constructivas de la nacionalidad. Que tengamos ese entusiasmo por el deporte, y que ansiemos el triunfo en las grandes competencias es hermoso. Que utilicemos luego, en horas más serenas, esas grandes reservas físicas e intelectuales en otras direcciones que importan al país, con la gravitación económica y social, debe ser una lógica consecuencia, una confirmación y también una justificación de aquella pasión desbordante. No olvidemos en las alegres y entusiastas horas del Estadio, las horas fecundas de la cátedra, de la fábrica, del laboratorio, y pongamos en unas como en otras ese admirable resorte de nuestra idiosincrasia que es el entusiasmo por todas las victorias.



Con patriótico entusiasmo fué celebrada la fecha de la Jura de la Constitución. Vemos en las notas gráficas de esta página tres aspectos del desfile militar y el izamiento de la bandera nacional frente al Cabildo. Numeroso público bordeó las calles durante la realización de los actos, y aplaudió el paso de las fuerzas armadas.





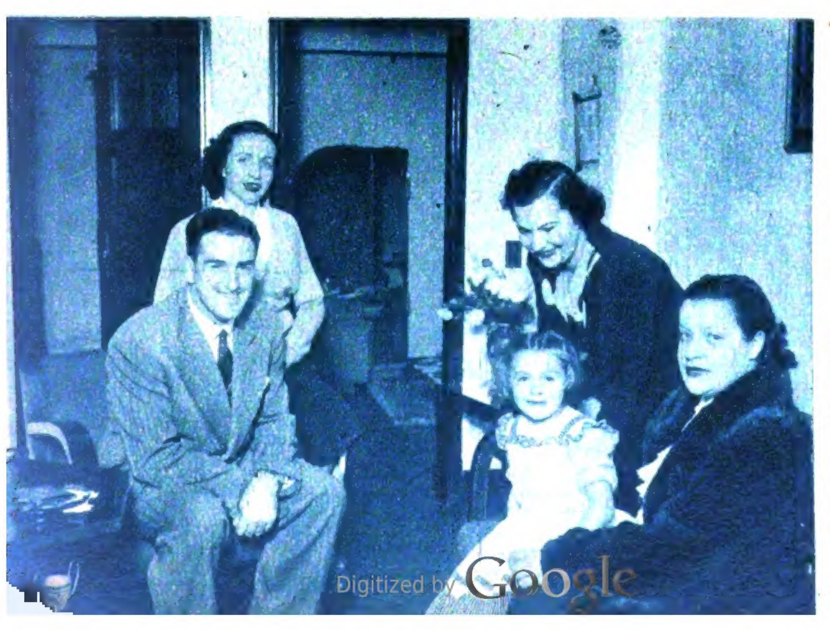
Fuimos a buscar a nuestros campeones, aunque los aislaban la lluvia y la alegría familiar

Esta embestida, no la para ninguna defensa: ¡preguntas, palmoteos, gritos, recuerdos! ¿Quién "marca" esto?

★

Así estuvo Roque Gastón Máspoli todo el día. La esposa solía "jalbear" a los que llamaban, diciendo que él no había llegado Nosotros nos corrimos lo mismo, y llegamos a la puerta del golero...

ABAJO: El arquero mágico, en su apartamiento de César Díaz. Con la esposa y la hijita. Atrás de él, la cuñadita: maestra de la Escuela de Julia Miranda. Y la cronista, contenta, porque el gol informativo estaba hecho.



EL MOTIVO

UNA verdad. Montevideo vivió un mes y se enloqueció tres días, a causa del fútbol.

Periodistas, no podemos sustraernos a lo que nos tocó ojos y oídos. No hay que extrañar que hoy, al preparar nuestra nota semanal, pensemos que la ronda catonga ciudadana, tiene que contarnos en el coro.

Pero, no cantando de oído y desafinando. No hablaremos de lo que es privativo y santo y seña de los corrillos callejeros. Cuando presenciamos partidos vemos el vivo y cálido zigzaguear de los colores que amamos — en viejo y retrospectivo amor filiar — y apreciamos la realización de un goal. Nada más...

Entonces, es justo que viéramos a los muchachos que nos dieron los del triunfo final, y al que atajó los posibles de los otros... Y a quien dió cohesión al núcleo victorioso.

◆

Y fuimos a buscarlos en el hogar. Para sentir y hacer sentir cómo es esta gente nuestra. Salida de lo entrañable nuestro. Barrio y esquina de esta ciudad que se nos pierde irremediablemente, con la edificación que iguala, aislando.

EN CASA DE JUAN LOPEZ

Bulevar España 2281. Salió a recibirnos la hijita. La Bicha, para el papá. Charito, para la madre. La estampa de la clase jardinera... Precisamente preparaba la túnica porque ese día se reiniciaban las clases. Va a la Escuela Francia. A ojo grande, escucha los relatos de la llegada... No sabemos cómo recuerda tanto... Nos habla de Gambetta y el Cato... (Es Tejera). De lo que trae el papá de regalo... Para ella: un pilot, pinturitas, muñecas... Medias para la mamá... Detalla la fiesta que Palermo ofreció frente a la casa del tío, Ejido abajo... Es sorprendente lo que retuvo esta nena.

La mamá es Leonor Reyes. Por Palermo también (San Salvador y Magallanes) vivía cuando conoció al hoy mimado coach. Típico idilio de barrio. Limpio y con destino [illegible]

era hombre de Central y de trabajo firme. Se casaron el 18 de enero de 1937. Demoró en llegar La Bicha... Vino el año en que Central obtuvo el Campeonato de Competencia. Vemos, encuadrado, el pergamino del Club para su entrenador... La otra "constancia de éxito", está ahí, viva y bullente, en el hall añorado desde Río...

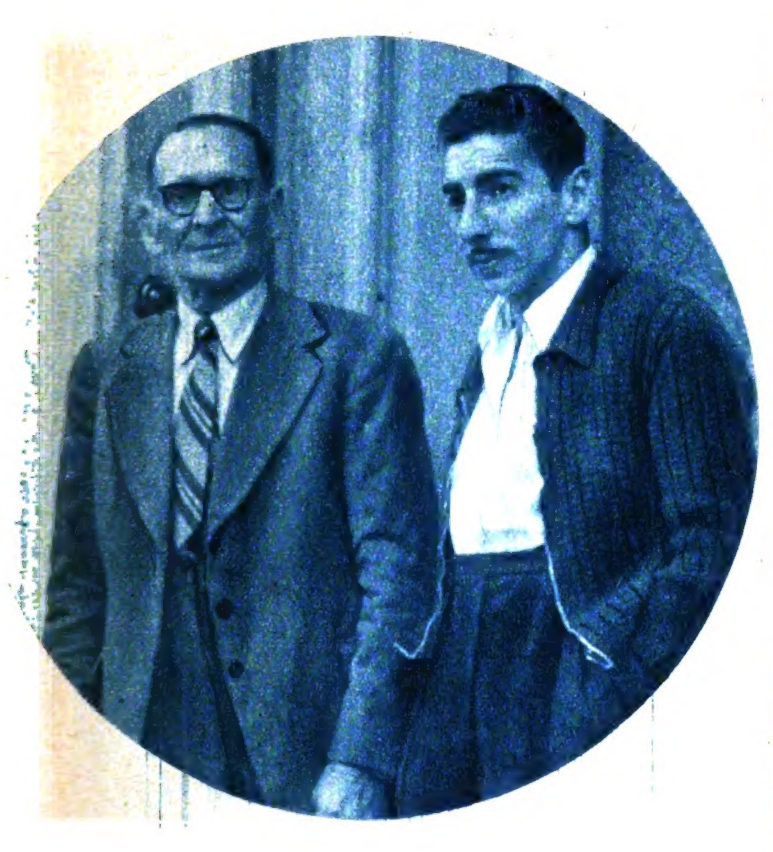
Más pergaminos y fotos de cuadros agradecidos y amigos reconocidos. Uno de "La Cumparsita"; y el cuadro del año de Guayaquil; y el que obtuvo la Copa Gral. Perón; y fotos de remeros. López no quiere que digamos — aunque lo dicen las dedicatorias — que él es entrenador de remo, sino consejero.

Juan López está con sus colores palermitanos, desde el año 1923.

◆

Ahora, saborea este triunfo. Es parco, y traslada los méritos. A todos: jugadores dóciles, público correctísimo, en todas las ciudades brasileñas, delegados compañerazos y ayudadores y Embajador noble.

—Diga que Giordano Bruno Eccher nos acompañó y alentó más allá de todo lo previsible... Nos dió una recepción en la Embajada, inolvidable... Hasta quiso intervenir en una práctica... ¡Nada menos que suplantnado a Máspoli!



Cornelio Cantera 2878. El hombre del goal del triunfo, junto al resplandeciente padre. Apenas asomado — quizá también asome a esta embriagadora atmósfera — un sobrinito de Edgardo Alcides Ghiggia.

¿Qué más? El reportaje se corta a cada momento. Visitas, teléfono, timbres, novelería en la calle...

—Diga que España tiene un cuadro regularísimo y ajustado; que Suecia usa tácticas sorpresivas, pero eficaces; y que Brasil tiene un gran cuadro...

◆

La señora nos da claveles de un ramo recibido de manos de los tamborileros de Ejido. Los apretamos, pensando que, como ellos acendraron rojez y perfume, los muchachos juntaron gentil idea y centésimos, para hacer cuajar el fino obsequio...

Dejamos al entrenador de nuestro cuadro campeón, mientras nos cuenta cómo fué a pie — con Tejera — hasta la cima del Corcovado. A cumplir una promesa. Acensión penosa, en el día de fuego... ¡Con qué gusto la hicieron... Y en el último apretón de manos:

—No se olviden de elogiar al Brasil, tan cumplidores de la divisa de su pabellón: Ordem e progresso!



Ghiggia, con el sobrinito. Todavía, le quedan años de posibilidades al muchacho del Club de las estrellas; pero, cuando se retire, quizá deje este sucesor...

ABAJO: La esquina de 8 de Octubre y Jaime Cibils. Sacó gente, banderas, cohetes y gritos, hasta el cordón de la vereda; porque en el cuadrito que le dió un lugar en las crónicas, hizo sus primeros pases al metro, el campeonísimo vecino.





Perelló está loco con las fotos de MUNDO URUGUAYO. Hechas en Los Aromos, en un presentimiento de victorias. Juancito se solaza, y le dice que nuestra revista, en Río, desapareció en manos de cronistas europeos.

EN CASA DE LA FAMILIA SCHIAFFINO —

El Pepe no estaba. "Iba a venir cerca de las cuatro, por el te con leche" — nos dijo la mamá, doña María Villalba de Schiaffino.

Afuera, es un ídolo de públicos rugidores. Allí, es el hijo. El muchacho. El mismo que, con el hermano — hoy retirado del fútbol — el padre iba a buscar "vuelta a vuelta" a la comisaría de la calle Pereyra... ¡Siempre por jugar en el campito! Sonríe don Raúl, y nos cuenta.

◆

Los muchachos nacieron también en Palermo. En Ibicuy, Raúl; y en Maldonado y Río Branco, Juan Alberto. El padre tuvo — durante treinta años — puesto en el Mercado Central; heredado del abuelo del empatador del 16. Don Antonio Schiaffino fué el primer carnicero que tuvo puesto en el histórico Mercado montevideano.

Los chicos, ya mudados por Massini y Charrúa, concurrieron a la Escuela Bolívar. Y cuando terminaban los deberes — las maestras sabrán cómo — al campito.

Eran hinchas de Nacional — noble confesión de la mamá — y jugaban en el Olimpia, de la Liga Montevideo. Se cansaron de vice-campeonatos y campeonatos. Luego los enrolaron en El Tigre... Hasta que Moisés Jacobo los llevó a Peñarol.

◆

Volvimos más tarde a fotografiar al Pepe. Un pibe del barrio — Pierre Malinosky — nos indicó que se estaba cortando el pelo... Más tarde lo vimos. ¿Emoción, regalos, etc.? Queríamos siempre, de ellos, el extremo del hilo que tenía aquí la otra punta... El hilo que ataba nombres de lugares buscados con dedos temblorosos en el mapa, con voces de seres que quedaron acá... adivinándolos.

Recuerda El Pepe, el silencio — con un murmullo que busca sonido — que se hizo en Maracaná, cuando su goal. Julio Pérez le dió el primer abrazo. Sin palabras... Trae para la madre piedras bellas, de la tierra de las esmeraldas; y manteles, y... Vemos cómo extrae palabras que fueron

LOS MUCHACHOS DE LA CELESTE ESTAN VIVIENDO EN EL CIELO...

Por muchas vidas que tuvieran, no podrían olvidar la apoteosis popular



"La Bicha" —única nena de nuestro gran entrenador— arregla la moña del delantal escolar. Regresó el papá, y recomenzaron las clases. En el departamento del Bulevar España, la vida retoma su cauce.



El miércoles 19, seguían las ofrendas. Juancito Lópes, que había salido a ver amigos, es recibido por la hijita, la esposa, y los

sólo para el núcleo apretado de la familia. Palabras de entre ellos, para ellos. De esas mismas, eligió las mejores — en vísperas del partido con Bolivia, para hacerlas mensajeritas hasta el hermano — único — que esa noche inauguraba nido.

EN LO DE GHIGGIA —

Nos esperaban. Nuestro compañero Perelló había parlamentado con el jefe de la familia, vinculado de antiguo a la casa de MUNDO URUGUAYO. El muchacho que hizo temblar a todos los altavoces uruguayos con el segundo y definitivo goal, se puso contento cuando supo que no lo íbamos a interrogar.

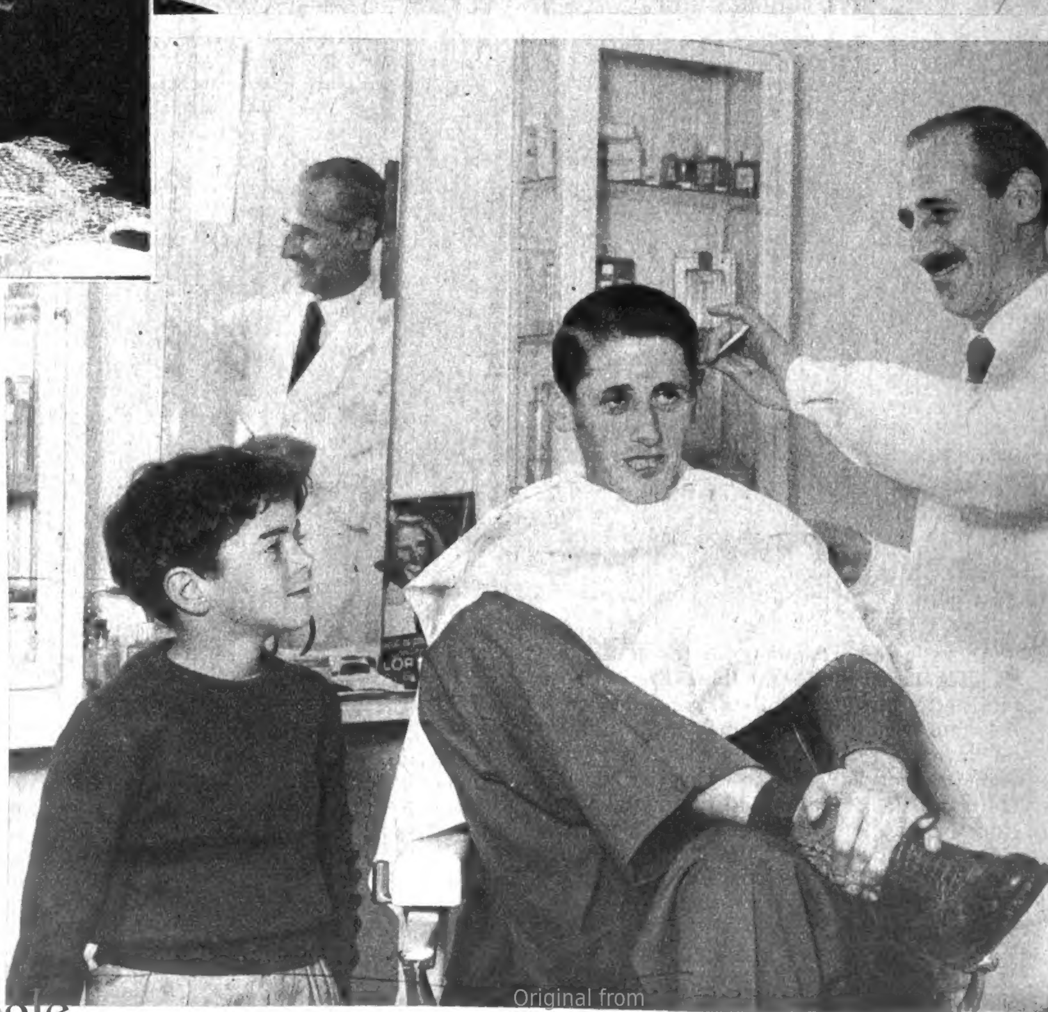
Hablamos con la mamá. Hincha de toda la vida y habitué del Estadio. En dos minutos, nos da un panorama familiar, de felicidad real, pero siempre esperanzada.

Doña Gregoria Pereyra contrajo matrimonio con don Alfonso Ghiggia, en 1914. Llegaron los hijos: Rubens, Hoguer, Lantheme, Lilian, Edgardo. Que nació casi en Navidad de 1926. En la calle Cornelio Cantera — una cortada que en primavera tiene hortensias y santa-ritas — y que asoma a Jaime Cibils, para adivinar a la bullente 8 de Octubre.

"El Pepe" se estaba cortando el pelo. En Canelones y Massini. Dice que en Río entienden cortar, por pelar. . . Sostuvo la melena hasta llegar al barrio.

En el comedor de la casa de Schiaffino. Nos dan impresiones de la tarde inenarrable. El padre, la madre, una amiga, vecinitos. De frente, nuestro "cicerone" en el barrio: un lindo rubio "sobrino de Casella, arquero de 1924". Así se presentó.

El Negro, fué a la Escuela Costa Rica, de Estero Bellaco. Empezó a jugar en el "Jaime Cibils". Después, se alistó en Sud América. Pasito a paso hizo las temporadas de 4ª, 3ª, 2ª. Un año en cada categoría. Después. . . el sueño dorado; aquí dorado y noche. Estrella y cielo de verano, como quien dice. Porque el cuadro "grande" con el que deliran los pibes, aquí era Peñarol. . . Un año, alternó entre la reserva y la tercera. En 1949 — gran año del club de Los Aromos — Ghiggia jugó los 27 partidos del invicto primero.



El "Fígaro", capaz de que aumenta otra vez la tarifa, de tan contento. . . Miren al vecinito: Mario Martínez. Ha de haber contado los días, para verse junto al empatador de Maracaná. . .



En el patio familiar. El Negro "viéndose" en nuestra revista; la hermana soltera, el sobrinito... ¡Y la mamá! Hincha de fútbol de todas las horas y, ahora, hincha número uno del hijo.

tón. (¡Las veces que lo habremos visto en el clásico cine Uruguayo!) De cerca, también la esposa: Irene Estramil. Otro lindo romance, con calles y rostros conocidos. Que un día parecen distintos, porque se va con alguien, que ayuda a ver...

La pareja,a al casarse, vino a vivir a este departamento. El 12 de abril de 1945. Aquí, donde ahora juega Irenita. Una fiatita que fué unos días al Jardín de Infantes de Carmen G. de Sánchez y luego, dijo no. Vamos a ver si nuestra amiga Pichona, reivindica esta alumnita para sus queridas aulas...

Mientras nosotros estábamos, llegó otra voz de maestra con felicitaciones. Hablaba Julia Ema Miranda. Miramos a Máspoli, pensando que muy grande era, sin duda, lo que había sucedido, para que esta directora sin par, se olvidase de música y vivisecciones, y del Plan Estable, para extender esta particularísima congratulación...

Máspoli está totalmente afónico. Desde el día del partido con Suecia... No quiere ni recordar que Uruguay demoraba el triunfo mientras los parlantes picaban a cuchillo los nervios, anunciando cómo el Brasil — el último y próximo contendor — goleaba a España...

Ahora todo se envuelve en la paz del hogar. Lo de todos los días. El saludo al vecino, la plática con la esposa, los mimos de la nena.

Nada de prensa ni radio ni amigos abrazadores ni trémolos de telegramas ni baraúnda de viajes...

♦

Al salir, la lluvia apretó sus flecos, ya coquetos de luz multicolor. De esa que, al anochecer, parece el alma de los comercios que sale a ver la calle, olvidando la grima de las largas transacciones.

Llovía... ¡y cómo! Pensamos que, el llover de este lunes, era el telón. El telón infaltable, tras cada representación. El público — inclusive nosotros — y los actores, volvían a su vida normal.

(DERECHA) Luis Alberto Rijo, del bravo club de Juancito López, llega al Aeropuerto. El padre lo mira, como si le pareciera otro... La madre, trueca lágrima por sonrisa.

Ahora... ahora que pasó todo, la familia está en el patio familiar. En ese mismo patio que, si pudiera, se asombraría del tanto vaivén que soporta. La familia ha de estar reencontrando las viejas voces. Aquellas con las que se requerían cuando eran uno de los tantos hogares del barrio. Aquellas con las que levantaron deseos que, cumplidos ahora, dejan un vacío que es como sentir que falta algo, cuando sobra todo...

EL HOGAR DE MASPOLI—

Es en la calle César Díaz. Casi Agraciada. Del barrio fué siempre Roque Ga-

Ciudades Universitarias de América:

CONCEPCION

por *ALONDRA BAYLEY MENDEZ DE ALGAZI*

TODAS las estaciones de ferrocarril han sido concebidas de un modo tan perfecto como lugares de tránsito, que no sólo permanecen incambiadas, idénticas, a través de las horas, noches y días, de los trenes repletos que llegan o que siguen, de risas que se alejan o de llantos que quedan, sino que el paso por ellas no deja nunca huellas en el espíritu del viajero. Recorriendo algunos países de la América del Sur, confirma uno esta idea y será necesario llegar a Chile para descubrir cómo una ciudad que tiene personalidad propia necesita manifestarse aún allí para recibir al viajero, contagiándolo de su inquietud, para despedirlo con un pensamiento.

Y esta ciudad es Concepción, la Capital del Sur, centro industrial de decisiva gravitación en la economía del País, base militar, lugar de grandes acontecimientos históricos y, actualmente, punto de referencia necesario en el proceso de formación y desarrollo de la cultura latinoamericana, por su ciudad universitaria.

Al llegar, la Estación nos dice, en pintura mural de grandes proporciones, obra del artista chileno Gregorio de la Fuente, la historia de la lucha del Hombre Americano, desde el primitivismo indígena, a través de los dolores y los deslumbramientos de la conquista española, hasta la Independencia, a la que sigue un panorama de formas de trabajo que culmina en frentes proletarios que viven los problemas de la industrialización.

Con estas imágenes vivas que tienen en nosotros resonancias interiores, entramos en la mañana límpida de la ciudad sureña que baña el Bío-Bío, a través de un paisaje de colinas y pinos. Y es dejando de lado las vías de movimiento comercial, las plazas y los barrios modernos que se llega a las puertas de la Ciudad Universitaria.

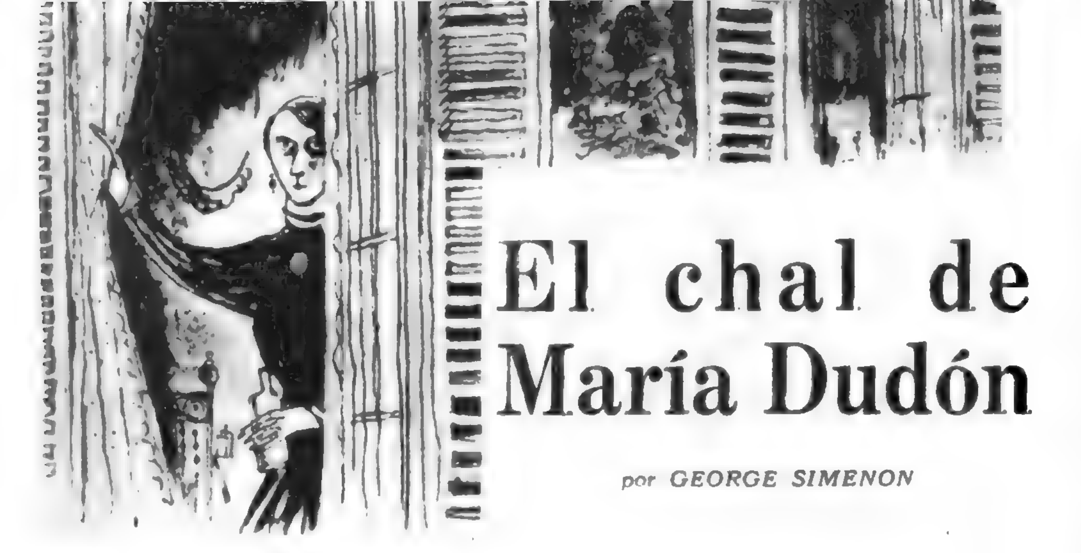
Allí, sobre avenidas amplias, en los cuidados jardines abiertos, con bancos para descanso y solaz de los estudiantes de las distintas escuelas, están las esculturas con su eterno mensaje. Reproducciones de motivos clásicos junto a las creaciones artísticas de hombres que nacieron y aún buscan caminos en la tierra araucana.

Sobre estas avenidas están los edificios modernos de las Escuelas. Líneas severas, sobriedad, ventanales inmensos y, en su interior, el clima de estudio de las Bibliotecas, los Institutos de Investigación y la vivencia de un sentido, de una fe en la vía propia que se traza el espíritu latinoamericano, sin olvidar la gracia de las antiguas fuentes, sin ignorar el ritmo de las realizaciones que esta hora levanta en otros pueblos, firme en el cultivo de un original impulso que se enciende, se nutre con fuerzas que nacieron en la mañana de este Continente.

Brevemente, diremos que esta Ciudad Universitaria, hace un cuarto de siglo sólo una difícil aspiración, cuenta hoy con las Escuelas que corresponderían a nuestras Facultades, Biblioteca con una sección dedicada exclusivamente a Publicaciones de los Institutos y Seminarios de la Universidad, Salones de Actos y Conferencias, Sección "Bienestar Estudiantil", dedicada a la adjudicación de becas y subsidios tendientes a facilitar el ingreso de estudiantes liceales, un Teatro al servicio de la cultura, realizando este último con tan fino sentido de su función — columnas, relieves, nombres de los grandes de la literatura universal — que constituye por sí solo, un ala fuerte y fina, un símbolo del espíritu de la Universidad.

El Teatro, los Coros, la Sinfónica de Concepción que dirige Arturo Medina, famosa en el Continente, todo forma parte de esa obra que avanza por nosotros en el Sur de Chile.

El lema de la Universidad de Concepción es: "Por el desarrollo libre del Espíritu". En esa vía la conocimos y la sentimos con orgullo de Americanos.



El chal de María Dudón

por GEORGE SIMENON

DEBIAN ser cerca de las dos de la tarde; el reloj, como siempre, estaba parado, sobre la chimenea de mármol negro. María Dudon había tenido tiempo de lavar la vajilla.

—¿No te vas en seguida, no?

—¿Por qué?

—Porque quisiera que me dedicaras cinco minutos, el tiempo justo para bajar a buscar agua para mi lejía...

Ellos vivían en el segundo piso y la canilla del agua se encontraba en el entrepiso. Era de lo más fatigoso, sobre todo con un bebé; los biberones para hervir, los pañales para lavar. A María Dudon le parecía que no hacía más que bajar y subir con los tachos toda la santa jornada.

—Gracias, te puedes ir. ¿Volverás tarde?

—Depende. Si tengo que hacer cola.. Dudon estaba sin trabajo.

El bebé dormía, con un manchón rojo y ardiente en cada mejilla. Una buena temperatura había en el apartamiento. Era el 3 de octubre y era la primera vez que María Dudon había encendido el fuego. Las brasas caían en forma de lluvia en el cenicero. El agua cantaba en la caldera.

María Dudon colocó dos sillas junto a la ventana, y colocó encima su tacho esmaltado, vertió en él el agua caliente y comenzó su enjabonadura. Ella ha descorrido las cortinas. Llovía. Hacía ya tres días que llovía y el cielo era de blanco uniforme. La ventana daba sobre los patios y los jardines y sobre la parte trasera de las casas de la otra calle. Las fachadas de la mayoría eran de ladrillos lisos y unidos, algunas de piedras talladas. Pero, atrás no se veía más que los muros de un marrón negruzco. Las ventanas no tenían cortinas. Las paredes bajas cortaban el terreno libre en jardines rectangulares. La tierra era negra. Algunas coles de un verde crudo, algunos puerros azulados, cuatro o cinco pollos detrás de un alambrado; un invernáculo en lo de los Chevillard, a la derecha.

A fuerza de tenerlas tanto en el agua, caliente y jabonosa, las manos de María Dudon eran de blanco escamoso. Ella frotaba la ropa. Mientras frotaba, miraba delante de ella, vagamente, sin pensar o más bien pensaba... ¿Pero qué pensaba? Una sensación la perseguía desde la mañana a la noche y a veces en el lecho: ella tenía dolores en la espalda. Era debido a subir y bajar los dos pisos con el agua, las provisiones, con el bebé que tenía casi un año y que pesaba diez kilos, a tal punto que cuando lo tenía en brazos, quedaba como torcida, con una cadera hacia afuera y el vientre hacia adelante.

—He ahí a Madame Cassieux que va a darle su medicamento...

Había al otro lado de los jardincitos y de los patios una casa más importante que las otras, cuyo frente daba a la calle de la Constitución: la casa de los Cassieux que posían en la ciudad una empresa de mudanzas. El viejo Cassieux estaba en su cama, en el primer piso, de manera que, María Dudon lo veía muy bien mirando hacia abajo. Estaba con una crisis de gota desde hacía algunos días. Esto le ocurría una o dos veces por año. Un bastón estaba apoyado en su cama y cuando tenía necesidad de alguna cosa golpeaba el piso para llamar a su mujer.

¡Ojalá que el bebé no se despierte antes que la ropa esté lavada...!

M. Cassieux tenía 72 años. Era el hombre más rico de la manzana. Era frío, severo y avaro.

Su segunda mujer, Matilde Cassieux, tenía 20 años menos que él y pretendía...

El niño se movió. Con las manos jabonosas, María Dudon apartó una mosca que se había posado sobre su frente y miró el reloj parado. Nunca en la casa había habido un reloj que marchara bien.

Cassieux, en su cama, apartaba el diario y hablaba. Desde que estaba enfermo su barba había crecido. No se podía saber lo que decía, ni lo que le respondía su mujer, siempre vestida de negro. La lluvia seguía cayendo. Un pesado camión pasó por la calle mal pavimentada. A veces se oía el ruido de un tranvía que pasaba a 200 metros en la estrecha calle de Saint-Jean donde no había semana sin accidente.

María Dudon, que miraba maquinalmente, inmovilizó sus manos en el agua caliente y después sin darse cuenta avanzó hacia la ventana y observó con más atención.

Matilde Cassieux acababa de salir del dormitorio y penetraba en el cuarto de baño. Tenía un vaso en la mano. Lo dejó, y abrió un pequeño armario que debía ser un botiquín. ¿Por qué sus gestos no eran naturales? ¿Por qué parecía acechar los ruidos del dormitorio? De una pequeña bolsita dejó caer un poco de polvo en el vaso y en lugar de tirar el papel lo guardó en su corpiño. Se veía que ella evitaba hacer ruido. Abrió la canilla, llenó el vaso mirando su transparencia para asegurar que el polvo se había disuelto. ¿Por qué?

Un momento después, teniendo el vaso en la mano, entró en el dormitorio y ella le hablaba. ¿Qué le decía? Su marido, con los rasgos crispados por algún dolor, miraba el techo. Sobre la mesa de noche, las ampollas estaban en fila. Ella tomó una, contó las gotas que dejó caer en el vaso.

—Bebe...

Ella sostenía la cabeza de Cassieux. Este bebía con gesto de disgusto. Después, le arregló la cama, porque era la hora en que él dormía y se aproximó a la ventana para bajar la cortina de tela cruda destinada a tamizar la luz.

Fué en ese momento, cuando venía a descender la cortina... cuando había desatado la cuerda... Ella levantó la cabeza y vió a María Dudon que no tuvo tiempo de retroceder, cuya cara estaba pegada a los vidrios... sus miradas se cruzaron...

Entre ellas, jardincitos bajo la lluvia, un duraznero sin hojas, algunas coles y muros de ladrillos. Un gran silencio lleno de agua. Cassieux se preguntaría por qué el gesto de su mujer había quedado en suspenso. Sin duda él habló porque se dió vuelta para contestarle, pero se volvió rápidamente hacia María Dudon que de lejos, parecía más pálida y de peor aspecto que de cerca.

Por fin el estor descendió. La ventana se volvió amarilla. María Dudon no se movió un paso.

¿Por qué? ¿Por qué, antes de dejar caer en el vaso las gotas del medicamento que se encontraba en la mesa de noche, Mme. Cassieux había diluído un polvo en el agua? ¿Por qué se había guardado el papel en el corpiño en lugar de tirarlo? ¿Por qué, ahora que había cerrado la puerta del dormitorio, se acercaba a la ventana del cuarto de baño y la miraba para asegurarse si María Dudon la había visto?

—Ella lo envenenó.

María Dudon nunca había estado mezclada a un drama. No leía los diarios. Y sin embargo aceptaba el hecho sin emoción. ¿Acaso no sabía todo el mundo que Matilde se había casado con el viejo Cas-





sieux por su dinero? Y el viejo era avaro, malo, difícil de llevar. Sin duda, no tuvo paciencia para esperar. Suspiró y se volvió hacia su batea, donde el agua se había enfriado. Le agregó más agua caliente, echó una mirada sobre el niño que dormía siempre. Se sabía que toda la calle de la Comuna pertenecía a Cassieux que poseía todavía casas en la otra manzana. Nadie era más intransigente que él para con los inquilinos.

—¿Iría a morir de verdad?

Debían ser como las dos y media. Era la hora de preparar el biberón. María Dudon se secó las manos en su delantal de gruesa tela azul, suspiró como ella suspiraba cien veces por día, sin razón, o más bien, porque un trabajo sucedía a otro, después otro, y así de la mañana a la noche, sin descanso, sin que jamás estuviera al día.

—Ella me vió...

Matilde Cassieux no la saludaba. Debía conocerla de vista, como se conoce a la gente del barrio, porque no era mujer para mantener relaciones con una María Dudon. No sabría que Dudon estaba sin trabajo desde que el Banco había quebrado y que su director estaba en la cárcel.

¿Qué haría a esta hora? ¿Estaría esperando el efecto del veneno? No tiene mucho trabajo porque tiene varias criadas. ¿Sin duda estaría sentada en su sillón que daba a la calle?

Yo apostaría que ella va a venir, pensó de pronto María Dudon, nada más que para saber si realmente yo la vi, si yo comprendí...

Y abrió la puerta del dormitorio que tenía olor a linoleum. Estaba allí más claro que en la cocina. María Dudon abrió la ventana y miró en la calle desierta.

Era para creer que había tenido un presentimiento. Justo en ese momento, Matilde Cassieux, encapotada, las manos enguantadas, de gris, daba vuelta la esquina. Se juraría que ella hablaba sola mientras caminaba. Sus labios se movían como en la iglesia, los labios de las devotas. No miraba en el aire. Cuando llegó a algunos metros del 29, donde habitaban los Dudon, se detuvo un poco.

Y María se preguntó, consciente, de que había que apurarse:

—¿Qué es lo que voy a reclamarle?

El niño se puso a llorar y de impaciencia, sintió un dolor en el pecho. ¿Es que Matilde Cassieux no iba a llamar? Subiría por la escalera. María la haría sentar, sin decirle nada. Esperaría muy cortés, muy cortés...

Y el bebé que no se callaba. María se asomó a la ventana justo en el momento en que una voz pronunciaba sobre el umbral:

—Buenos días, Mme. Cassieux...

Inclinada cada vez más, María vió bien que la Cassieux se sobresaltaba. Después apercibió a su portera, con un trapo en la mano, ocupada sin duda de lavar su corredor.

—Buenos días, Mme. Rorive...

Esto fué todo. Mme. Cassieux se alejó. A causa de esta puerta abierta. A causa de este pez de Mme. Rorive que lavaba justamente su corredor. La otra no se había atrevido...

María Dudon cerró la ventana suspirando y retiró de la cuna al bebé que debía cambiar. Ella reflexionaba. Todo el resto del día tuvo el mismo aire absorto.

—¿Qué es lo que tienes? —le preguntó su marido cuando volvió como a las cinco.

—Nada... no te preocupes... mejor ve a ver si las celosías de lo de Cassieux están cerradas...

Porque si estuvieran cerradas...

Lo estuvieron un poco antes de las seis y Jorge Dudon vió al médico de los muertos que salía de la casa y que lo acompañaba hasta el umbral una Matilde Cassieux con ojos enrojecidos.

*

María Dudon estuvo por lo menos dos horas sin poder dormir oyendo caer una lluvia suave. Cuando se despertó sobresaltada era todavía de noche y un verdadero diluvio caía sobre el techo, sobre las cornisas y sobre los vidrios de las ventanas.

No le había dicho nada a su marido. Era mejor no decirle. Desde hacía tres meses que estaba sin trabajo no era el mismo hombre y le ocurría a menudo espiarlo con inquietud. Algunas noches se preguntaba ella si no había bebido. Era capaz de mezclarse y de echarlo todo a perder. No. Era un asunto para arreglarlo entre mujeres. A su debido tiempo, ni más tarde ni más temprano, iría a llamar a lo de Cassieux. No tendría ni que llamar. La puerta estaría entreabierta y el cuerpo expuesto en una pieza del entresuelo rodeado de cirios.

Matilde Cassieux comprendería. La prueba era que ya había venido y que, sin esa vieja bestia de la portera que lavaba su corredor..., siempre una manía de portera: lavar un corredor un día de lluvia para poder quejarse en seguida que los inquilinos ensuciaban. No le pediría dinero. Y sin embargo... ¿cuánto iba a heredar Matilde Cassieux? Centenares de miles... Además de las casas...

¡Y bien! María Dudon pediría una casa... sin pedírsela claramente... Estaba pálida y sufría desde algunos días; esto le serviría...

—Si no tuviera que subir más esos dos pisos con el pequeño, el agua, el carbón... Tendríamos una casita de dos o tres piezas con un pequeño jardín...

¿Y si Matilde le ofrecía una suma de dinero?

¿Si, por el contrario, hiciera la que no entendiera? Entonces, María Dudon la miraría a los ojos y le diría:

—Tal vez si el médico examinara de más cerca el cuerpo de ese pobre M. Cassieux...

El bebé comenzó a llorar. Le dió el pecho en la cama mientras su marido se daba vuelta murmurando. Le daba el pecho tres veces por día y las otras veces biberones. No había sido nunca muy fuerte.

—Tiempo puerco, suspiró Jorge un poco más tarde cuando amaneció. La lluvia seguía cayendo cada vez más. En los dos costados de la calle arroyuelos hinchados y amarillentos hacían un ruido de torrente.

Detrás de la cortina de los Cassieux se veía luz. ¿Seguiría el cuerpo en el dormitorio?

—Es abajo, en el gran salón, que se instalará la capilla ardiente — dijo María, echando el café en las tazas.

—¿Y eso qué puede importarte?

Una sombra de sonrisa erró por los labios de la mujer. El no sabía. Ignoraba que ese muerto representaba una casa, tal vez más, su fortuna...

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy vistiendo...

—¿Para ir al mercado, te pones tu tapado nuevo y con este tiempo?

—Pasaré primero por la casa mortuaria...

—Tú no los conoces...

Siempre los ridículos obstáculos. Cuando Jorge trabajaba no podía ir a ninguna parte a causa del pequeño que había que cuidar. Ahora que su marido estaba todo el día en la casa, de la mañana a la noche, eran las cuestiones.

—¿Qué es lo que haces?... ¿A dónde vas?... ¿Por qué te vistes?...

Ahora él decía:

—Para ir a casa de esa gente, que no conocemos y a quien no debemos nada, tu chal está muy bien... No tengo ganas que te mojes tu tapado y tus zapatos casi nuevos...

—¿No pretenderás que vaya en zuecos?

—¿Por qué no?... En todo caso con tus zapatos viejos... Los viejos zapatos negros con cordones, cuyos tacos estaban torcidos.

No estaba equivocada al no insistir. Hubiera sido peor. No era el momento de provocar una escena.

Se vistió, envolvió sus hombros con un chal de lana negra que se ponía para ir a hacer sus compras en el mercado. Tomó su bolsa de provisiones y su paraguas. Cuando bajaba los dos pisos sintió una angustia: ojalá tuviera éxito. Ojalá no tuviera que subir más el agua, el niño, el carbón, porque se preguntaba a menudo por cuánto tiempo podía seguir haciéndolo ya que le faltaba el coraje.

(Continúa en la página 54)

DARSE

Darse hasta la fatiga; ilimitadamente.

Darse en acto y en espuma
y darse en ruego.

Darse sin tener estado.

Darse en pan, darse en suspiros,
en manos, en color.

Darse en latidos y en renunciamiento,
más allá de la pena.

Darse hasta la vida,
hasta la resurrección,
y caso dado,
darse hasta la muerte.

Darse en tiempo, en hondura de dolor,
con amplitud de prescindencia.

Darse hasta darse en darse,
calladamente,
humilladamente,
resignadamente.

Darse antes y después
en la mayor o en la menor substancia.

Darse siempre con la máxima fe.

José AIUB MANZOR.

(Beyrut, 1950).

LEININGEN JAMAS SE ENTREGA

por KARL STEPHENSON

—SOLO si alterasen su curso —y no hay razón para que así ocurra— dejarían de llegar a la plantación en dos días, a más tardar.

Leiningen chupó plácidamente su cigarro durante unos segundos contemplando, sin responder, el agitado rostro del Comisario del distrito. Luego, retirando el cigarro de los labios, se inclinó levemente hacia adelante. Con su cabello surcado de canas, su nariz maciza y sus lúcidos ojos, parecía un águila en trance de envejecer.

—Muy considerado de su parte —dijo—, atravesar a nado ese largo trayecto, simplemente para advertirme. Pero se engaña Ud. si cree que sus palabras me alarman. ¡Qué!... Ni siquiera una manada de saurios lograría desalojarme de mi plantación.

El oficial brasileño alzó sus escuálidos brazos, hendiendo el aire con las frenéticas contorsiones de sus dedos.

—¡Leiningen! —gritó—. ¡Ud. no está en su sano juicio!... No se trata de creaturas contra las cuales se pueda luchar... son elementos desencadenados... un castigo del infierno! Diez millas de largo por dos de ancho, en que no se verá sino una nube de hormigas! Y cada una de ellas un verdadero demonio... Antes de decir "amén", habrán devorado a un búfalo adulto. Le repito que si no abandona la plantación inmediatamente, no quedará de Ud. sino un esqueleto roído hasta el último hueso.

Leiningen soltó una risita:

—¡Castigo del infierno! Pero como no soy una vieja miedosa, no voy a emprender la fuga sólo porque esos malditos insectos estén en camino. Y no crea Ud. que seré tan absurdo como para hacerles frente a golpes de puño. No, amigo, no... Para algo tenemos cerebro... Cuando establecí, tres años atrás, esta plantación modelo, tuve en cuenta todo lo que, razonablemente, pudiera ocurrir. Y ahora me hallo listo para cualquier eventualidad... inclusive las hormigas.

El brasileño se puso pesadamente de pie.

—He hecho todo lo posible —dijo suspirando—. Pero su obstinación no sólo lo compromete a Ud., sino que pone en peligro la vida de sus cuatrocientos trabajadores. ¡No sabe Ud. a lo que se arriesga!

Leiningen lo acompañó río abajo, donde la lancha había quedado anclada. En su viaje de regreso hacia la plantación, abarcó de una ojeada el fruto de su ingente labor de tres años, el resultado de su pericia y de su espíritu organizador. Y ahora, ante esta nueva emergencia, se sentía capaz de luchar victoriosamente contra las temibles hormigas, reputadas "irresistibles".

Esa misma noche, sin embargo, Leiningen congregó a los trabajadores. No tenía la intención de esperar a que las noticias les llegaran por otros conductos. En su mayor parte, eran nativos del distrito. Pero era tan grande la confianza que Leiningen había sabido inculcar en ellos, tan absoluta la fé en su palabra y en su sabiduría, que recibieron la nueva, acompañada de las indicaciones para el combate inminente, con la misma calma con que fuera impartida. Aguardaban tranquilos, pero alertas, como ante el próximo comienzo de un nuevo juego, o de alguna cacería que acabase de serles descrita. Las hormigas, indudablemente, eran poderosas, pero nunca tan poderosas como el amo. ¡Que vengan cuando quieran!

Y vinieron al promediar el día siguiente. Su proximidad fué anunciada por la salvaje inquietud de los caballos, imposible de dominar, ni en los establos ni en la silla, olfateando a la distancia un vapor impregnado de horror.

Fué anunciada por el piafar de los cuadrúpedos, tanto domésticos como salvajes, atropellándose entre sí; por los jaguares y los pumas relampagueando entre las frondas; por las enloquecidas manadas de ganado, con la cabeza baja y las ventanillas de la nariz humeantes, huyendo a través de tribus de monos, alocadamente balbuceantes en una demencia de terror; seguidos de los habitantes rampantes y saltarines de la espesura y de la estepa, roedores grandes y pequeños, serpientes y lagartos.

En agitada y turbulenta confusión, las creaturas se agolparon montaña abajo hacia la plantación, diseminándose por derecha e izquierda ante la barrera que significaba el foso lleno de agua, para precipitarse luego hacia el río, donde nuevamente detenidas, se deslizaron por sus orillas hasta perderse de vista.

El foso, lleno de agua hasta los bordes, constituía una de las medidas de defensa, preparadas desde tiempo atrás por Leiningen en previsión del advenimiento de las hormigas. Comprendía tres lados de la plantación en forma de herradura gigantesca. Por sus extremos, desembocaba en el río, que constituía el límite norte y el cuarto lado de la plantación. Y ya más cerca de la casa y demás dependencias ubicadas en el medio de la hacienda, Leiningen había construído una represa, por medio de la cual el agua del río podía ser desviada hacia la zanja.

De suerte que, abriendo simplemente la represa podía formar un imponente cinturón de agua; un cuadrilátero inmenso con el río como base, circundando la plantación, semejante al foso que rodeara a la ciudad medieval.

La zanja, de doce pies de profundidad, ofrecía, en apariencia, toda la seguridad deseada. Pero en tanto aguardaba la llegada de las huestes enemigas, Leiningen realizó algunas mejoras. La parte occidental del foso corría a lo largo de un bosque de tamarindos, donde las ramas de los grandes árboles pendían sobre el agua. Leiningen las hizo cortar para que las hormigas no pudieran vale-se de ellas a fin de descender hasta el foso. Finalmente, realizó una cuidadosa inspección del "foso interno", un foso más pequeño pavimentado con cemento, que se extendía alrededor de la colina donde se levantaba el caserío. A él afluían las cañerías de tres grandes tanques de petróleo. Si, por milagro, las hormigas lograran atravesar el agua llegando a la plantación, la "trinchera de petróleo" constituiría una protección absolutamente infranqueable. Así por lo menos lo creía Leiningen.

Apostó a sus hombres a distancias regulares a lo largo del foso de agua, primera línea defensiva. Luego, se tendió en su hamaca, pitando descansadamente en su pipa, hasta que un peón le notificó que las hormigas habían sido vistas en las lejanías sureñas.

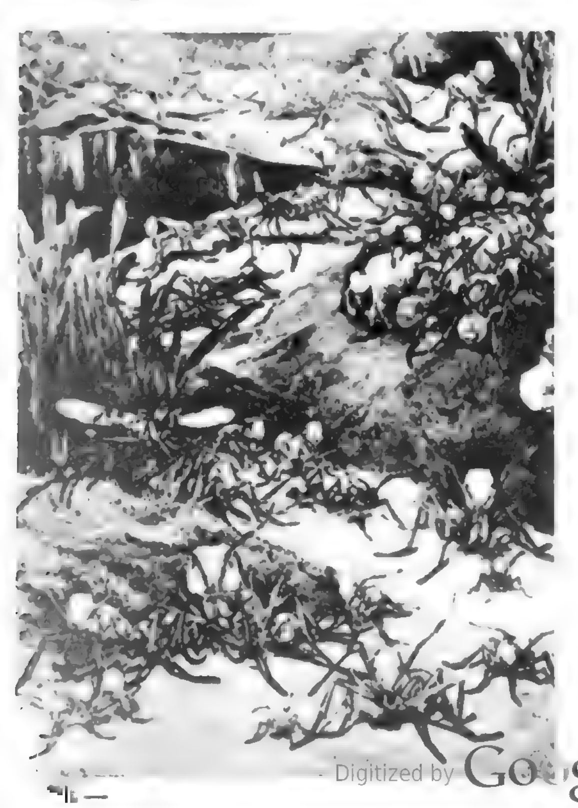
Leiningen montó en su cabalgadura, recorriendo el terreno en dirección al lugar amenazado. La parte sur del foso —es decir, el lado superior del cuadrilátero— se extendía alrededor de tres millas y desde el centro se dominaban perfectamente los alrededores. Este era el escenario donde se iniciaría la lucha entre el cerebro de Leiningen y los insectos devastadores.

Era un espectáculo imposible de olvidar. Sobre la cadena montañosa, en toda la extensión que abarcaban los ojos, crecía una franja oscura que constantemente se alargaba y se ensanchaba, hasta que su sombra abarcó todo el declive, de este a oeste, precipitándose hacia abajo, con movimiento vertiginoso, de suerte que toda la vegetación de esa vastísima área quedó segada como por hoz gigantesca, no permaneciendo sino esa sombra móvil, dilatada y profunda, que se acercaba con inconcebible celeridad.

Cuando los hombres de Leiningen, detrás de su trinchera de agua, vislumbraron las primeras avanzadas del tan temido adversario, dieron salida a su estremecida expectativa con toda clase de gritos e imprecaciones. Pero a medida que se acortaba la distancia entre los "hijos del infierno" y las defensas acuáticas, recayeron en un silencio de mal augurio. Ante el avance de las malhadadas huestes, su inveterada confianza en los recursos del patrón comenzaba a vacilar.

El propio Leiningen, que había aparecido a tiempo para restaurar la tambaleante fé de sus subordinados con una demostración de inconmovible calma, no podía librarse de una sensación de malestar. Miles de millones de fauces voraces se precipitaban hacia él, y sólo se sabía protegido por un foso estrecho y súbitamente insignificante, único impedimento para que, tanto él como sus hombres, fueran roídos hasta los huesos antes de poder decir "amén".

¿Acaso su mente, en esta ocasión, había pretendido realizar lo que no estaba a su alcance? Si las malditas hormigas decidieran cruzar el foso, llenándolo hasta los bordes con sus cadáveres, todavía restaría una cantidad suficiente como para destruir hasta



Las hormigas se acercaron en perfectas formaciones militares, guiadas, aparentemente, por sus comandantes.

la última partícula de su cráneo. El colono apretó los dientes: ¡no, las hormigas no se habían apoderado de él, y él pondría de su parte para que no lo consiguieran jamás.

Las legiones hostiles se aproximaban en formación perfecta: un batallón humano, por mejor disciplinado que estuviese, no podría rivalizar con la matemática precisión de ese avance. Sobre un frente que se desplazaba hacia adelante con la uniformidad de una línea recta, las hormigas se acercaban más y más a la defensa acuática. Luego, cuando gracias a sus adelantados, se informaron de la naturaleza del obstáculo, los dos cuerpos laterales del ejército se destacaron del grueso de las fuerzas, para descender sobre las partes oriental y occidental del foso.

Esta maniobra envolvente insumió más de una hora; indudablemente, las hormigas esperaban hallar algún punto que les permitiera introducirse. Durante este movimiento de flanqueo, los ejércitos del centro así como los del sur habían permanecido inmóviles. Los sitiados podían, pues, contemplar a sus anchas los insectos de patas largas, de un rojo negruzco y de una pulgada de largo; alguno de los indígenas aseguraban ver, al mismo tiempo, fijos sobre ellos, los ojos fríos y brillantes, y las mandíbulas, filosas como navajas, de las mortíferas huestes.

No es corriente imaginar que un animal, y menos aún un insecto, esté dotado de la facultad de *pensar*. Pero ahora, tanto la mentalidad europea de Leiningen, como el espíritu primitivo de los indios, comenzaron a inquietarse con el desagradable presentimiento de que, instigando a cada unidad de este diluvio de insectos operaba un pensamiento. Y este pensamiento era: "¡Con el foso o sin él, nos apoderaremos de vuestra carne!".

Serían las cuatro de la tarde, cuando los destacamentos laterales llegaron al extremo en "herradura" del foso, comprobando así que éste desembocaba en el río. Merced a alguna especie de telegrafía sin hilos, la comunicación debe haberse transmitido rápidamente a lo largo de las líneas enemigas. Y Leiningen, cabalgando —no ya despreocupadamente— del otro lado del foso, observó, en los enérgicos y coordinados movimientos de las tropas, que debido a alguna razón la noticia del impedimento había surtido su más poderoso efecto en el frente norte, donde se había congregado el grueso del ejército. Tal vez el fracaso en hallar una vía que les permitiera cruzar el foso, persuadía a las hormigas a retirarse de la plantación en busca de un botín más fácilmente accesible.

Un aluvión de hormigas, de unas cien yardas de ancho, se deslizaba, en negra catarata, por la pendiente del foso. Varios miles se habían ahogado, pero ello no impedía ser reemplazados por batallón tras batallón, en sustitución de sus zozobrantes ejércitos que servían, a su vez, de puentes a las reservas de la retaguardia que acudían en su auxilio.

Multitud de hormigas eran arrastradas por la corriente hacia la mitad del foso, donde gradualmente se dispersaban, y agotadas por la lucha desaparecían bajo la superficie. Sin embargo, el vacilante y agitado frente avanzaba lenta pero inexorablemente, hacia los sitiados de la opuesta orilla. Leiningen se había engañado al suponer que el enemigo tendría que llenar el foso con sus cuerpos antes de atravesarlo; en cambio, ellos servían como de trampolines a las hordas que incesantemente presionaban desde atrás.

Leiningen despachó a uno de sus peones a la esclusa; el río debía tener su máxima fuerza para aumentar la velocidad y el poder de las aguas que corrían a lo largo del foso. Un segundo peón fué enviado a los pabellones, en procura de azadas y rociadores de petróleo. Un tercero, tomando su caballo, se encargó de congregar a todos los hombres en la zona de la ofensiva, con excepción de los puestos de observación, en la sección cercana al foso, que no se hallaban todavía activamente amenazados.

Las hormigas avanzaban mucho más velozmente de lo que previera Leiningen. Impelidas por la potente catarata que actuaba desde atrás, luchaban por aproximarse más y más a la línea interior de la orilla. El impulso del ataque era tan vigoroso que ni el tardo flujo de la corriente, ni su avasallador empuje lograban detenerlo, y por cada brecha dejada por cada insecto sumergido, era colmada por una docena de reemplazantes.

Cuando los refuerzos llegaron, ya las invasoras se hallaban a la mitad del camino. El colono debió admitir que sólo debido a un feliz azar, las hormigas intentaban el cruce empleando un frente relativamente corto; si hubieran asaltado simultáneamente a lo largo del foso, las perspectivas para los defensores habrían resultado sombrías.

Así y todo, la situación se hallaba lejos de sonreír a Leiningen y a los suyos, aunque el colono no parecía percatarse de que la muerte, en uno de sus aspectos más lóbregos, se aproximaba. Pero la amenaza del aniquilamiento se atenuaba frente a la mente de Leiningen, quien se sentía comparable a un luchador de un nuevo juego olímpico, empeño tan gigantesco como emocionante.

(Continúa en la pág. 56)

La Soledad nos Rodea

por MARNE CHAMORRO

CIUDAD adormecida; las paredes de cal, aquí y allá invadidas por el musgo y caprichosas grietas, que parecían ser las raíces de un viejo tiempo patriarcal, flotante sobre las cosas como un halo de reminiscencias.

Las callejas empedradas eran un camino hecho exprofeso para penitentes; tal la irregularidad del pavimento. Cuando se avanzaba por la angostura de sus veredas, el eco de los pasos se reptía en todas direcciones; uno diría que en aquel pequeño mundo no vivía un alma.

Sin árboles que sombrearan el paso del viandante, las grandes losas de piedra recibían mi sombra con la avidez de una sed crónica, inextinguible.

A pesar de mis pasos, yo sentía ese silencio apoyado en las cosas con una potencia formidable; y mientras resonaba su grandeza en mi interior, sin darme cuenta doblé a la derecha por la calle del Rincón, llegando frente a la casa de los García Cardozo.

Si bien la fachada era tan sobria como en todas las casas del pueblo, el rosa pálido de sus muros le daba un encanto, un no sé qué simpático. Hice caer el aldabón del zaguán, y su canto de bronce conmovió a todo el mundo circundante. Las persianas de enfrente, las de al lado, todas las de la cuadra, temblaron, como si un viento imperceptible las moviera.

Al cabo de un rato, abrieron la gran puerta de roble, y Presentación, la vieja sirvienta de la casa al verme exclamó:

—¡Qué Sorpresa! ¿Cómo le va? ¿Qué anda haciendo por el pueblo?

—A visitarlos, vengo...

Cuando entré, frescas humedades y perfumes humildes, hogareños, me llenaron de una felicidad extraña, como esa que algunas veces sentimos en los umbrales del sueño. Grandes helechos, magnolias y multitud de plantas, alzaban sus brazos verdes al pequeño cielo del pati,o como en una acción de gracias.

✦

—Pase, pase... esta casa ya no es la misma desde que se fué Juanita. Al nombrarme a Juanita, yo casi no escuchaba lo que me decía, sintiendo, eso sí, el siseante deslizar de sus pantuflas de lana, que acentuaba el dulzor a su pequeña voz de pájaro.

—Ah, sí, Juanita dije, y automáticamente le seguí hasta la gran cocina, donde todo brillaba.

Presentación se arrellenó en un sillón bajito y cómodo, después de convidarme con un vaso de leche fresca.

—Estoy sola en la casa, todos se han ido al campo a pasar el verano. ¿Recuerda a Juanita?

¡Si podría recordarla! Juanita, era el hada buena de la casa. Por muchos años reinó en la hondura de este viejo hogar. Misia Edelmira Cardozo, su madrina y protectora, le adoraba.

Antes de casarse, vivió, puede decirse, enclaustrada en lo de García. Toda la sugestión de su sonrisa suave y su mirar, lejano, impregnó las cosas que le rodeaban con un delicadísimo perfume fantasmal.

Las jóvenes del pueblo, veían en ella al cofre fuerte donde volcar los grandes secretos. Gustosa, daba el consejo necesario, dejaba caer una observación chispeante con pícara intención en la mirada y luego, parecía desplegar alas, alas blancas, purísimas, para recogiéndolas volver a su trasmundo de horizontes perdidos, entornando los ojos.

Tejiendo encajes, o bordando flotantes pañuelos de seda, había adquirido esa capacidad de alma migratoria. En tanto sus manos finas, alargadas, creaban milagros de lujo femenino, su espíritu espejeaba cielos distantes, paisajes de un pulso acentuado, ardoroso, ciertamente distinto al de aquellas veladas románticas con aroma a chocolate y bizcochos de anís, que se estilaban en lo de García.

✦

Juanita tenía un convencimiento: que todo lo imaginado como realización en su vida, tendría que suceder aunque ella misma no se lo propusiera. De ahí, que cuando Leoncio Almenara, vino a pedir su mano, tomó aquello con naturalidad absoluta. Sin haberla tratado casi, hasta entonces, comprendió que ese era el elegido, el esperado de sus sueños.

Le decían el poeta, no porque hiciese versos, sino a causa de su romántica melena.

Se casaron pronto. Juanita creyó al firme en un porvenir que se insinuaba sonriente. Cuando se despidió de los García Cardozo, hubo como un dolor de flor cortada, y el caserón rosado parecía un niño abandonado en el aquel cauce de silencios.

✦

Al borde de un camino olvidado, estaban las azoteas de Leoncio. Como un monstruo benévolo, abrían sus anchos portales al viajero, ofreciéndole el reparo de sus enormes interiores. No había jardín; apenas unos árboles hirsutos, tal vez nacidos por equivocación en aquellas desoladas cuchillas.

Los entusiasmos primeros no permitieron a la nueva dueña comprender que todo aquello era ruina en ciernes o poco menos.

Demasiado feliz; al fin creía realizadas sus fantasías. Pronto los sueños huirían frente a la realidad. Ella quería transformar aquel medio. Una enredadera aquí, un rosal allá; geranios malvones; nada sobrevivía. Entre las hormigas y el ganado daban cuenta de todo.

Poco a poco, las manos delicadas se hicieron rústicas, y un gesto endurecido fué transformando a aquella criatura poética hasta hacerla casi irreconocible.

El llegaba siempre tarde del pueblo, donde jugaba el poco dinero de sus rentas. Leoncio comenzó a faltar un día, luego dos y después los días se hicieron semanas, meses.

Los dos primeros años de matrimonio, trajeron al hogar dos pequeños. [illegible] vivió Misia Edelmira, a los ni[illegible] faltaba nada. La gran señora [illegible] siempre lo necesario; pero en agosto hagaron a buscar a Juanita en coche. Misia Edelmira estaba enferma y la mandaba llamar. Juntó sus pichones, y se fué al pueblo con ellos.

Cuando subió en el viejo fortacho con ruido a laterío, Juanita sintió como si algo se desprendiera de su maltrecho corazón.

Una angustiosa sensación de vacío y de catástrofe al mismo tiempo. Sí, al llegar, apenas si tuvo tiempo para despedirse de su madrina. Después le quedó resonando un ruido de llantos y letanías y en la nariz ese olor a flor marchita, de velorio.

Se volvió al campo. Todo parecía más desolado que nunca. Cuando se van los seres que queremos, recién comprendemos el sentido de la palabra realidad. Ella hacía tiempo que no podía soñar, y sin embargo, le pareció que todo era un sueño, que no podía ser cierto.

El diario luchar por el sustento de sus hijos, fué haciendo que el dolor tremendo, se hiciese un dolor manso, soportable y al mismo tiempo permanente.

Por esa época, yo fuí a verla. La encontré cuando iba arreando las únicas dos lecheras de la casa. Me miró con una cara triste, sin gestos, que lo decía todo. Señalándome las vacas, dijo:

—Cuando se sequen éstas, no sé que les voy a dar a mis inocentes. Y siguió caminando, hasta el galpón grande como cansada trabajosamente.

Comprendí que estaba otra vez en cinta. Esa semi deformación de las madres grávidas se insinuaba ya en ella.

Trataba a sus vacas con acendrado cariño. Yo quise ordeñárselas pero no me lo permitió.

—Sólo a mí me entienden y me quieren.

Le dejé las ropas viejas y las provisiones que le enviaba mi madre, y me marché al atardecer. Cuando me iba, las vocecitas alegres de los dos niños, resonaban extrañas en aquel ambiente.

Los cantos de mi nave

Filo de noche alerta por quebrantar mis
[llaves;
punta de aguda lanza que castigó mi vida:
no ha de violar mi senda, ni he de sentir
[su herida:
la alegría es viajera de las íntegras naves.

Me dirán nuevas playas, con su vuelo, las
[aves;
dejará sólo espumas la borrasca sufrida;
y, tendida en mi senda, cada hora vivida
me mostrará el milagro de descifradas
[claves.

Mi navío es muy leve para decir caminos;
en su blanco velamen no ha de escribir el
[día
leyendas ni presagios para nuevos marinos
Pero no habrá en su rumbo, horas de som-
[bra y llanto.
y a su paso — viajera de larga travesía —
dejará en cada puerto, la eternidad de un
[canto!

ELISA MESTRE

Joyas en sus manos...

UÑAS ESMALTADAS
CON EL NUEVO
CUTEX

Las uñas bien cuidadas son el mejor adorno de unas bellas manos de mujer. Todos miran sus manos: enjóyelas con los vivos y atrayentes tonos de este esmalte, fabricado con las materias primas más finas, importadas de los Estados Unidos.





No salta - No se descascara

★

Ahora con ENAMELON. Un nuevo producto maravilloso que asegura más el brillo.

EL ESMALTE DE MAYOR VENTA MUNDIAL

BODA GOYRET BRITO DEL PINO-CASTRO SUAREZ

El Ing. Enrique Goyret Brito del Pino y la señorita Clara Castro Suárez salen de la Iglesia del Sagrado Corazón (Punta Carreta), luego de realizada la ceremonia religiosa. Están acompañados por los padrinos de la boda: Ing. Nelson Castro Silveira y Sra. María Stella Suárez de Castro, Ing. José María Goyret y Sra. Josefina Brito del Pino de Goyret.



BODA LABRADA MOCHETTI-BADO GUERRERO

(Izquierda): El señor Roberto Labrada Mochetti y la señorita Raquel Angélica Bado Guerrero, después de la ceremonia nupcial que se llevó a cabo en la Iglesia del Sagrado Corazón y congregó a los parientes y amigos de la joven pareja.



BODA URTA MELIAN-BARES OREJUELA

El Sr. Juan Carlos Urta Melián y la señorita Hortensia Bares Orejuela abandonan la Basílica Metropolitana, luego de realizada la boda, que reunió a destacados elementos de nuestra sociedad. En la otra foto aparece parte del cortejo que acompañó a los novios a la salida de la Catedral.



OFERTAS QUE SE DESTACAN:

Nuestra Oferta SEMANAL

acompañando a las ventas extraordinarias del mes de Julio, sigue atrayendo a las buenas compradoras

Sección Tejidos

- **TAFETA** de seda escocés y cuadrillé, gran moda de $ 2.40, ahora el metro **$ 1.90**
- **SIMIL** lana americana, delicados colores de $ 3.50, ahora el metro **$ 2.80**
- **SIMIL** lana fantasía, gustos selectos, de $ 4.00, ahora el metro **$ 3.20**
- **GENERO** de pura lana, variedad de colores, ancho 1.30 de $ 2.80, ahora el metro **$ 2.40**
- **EXTRAORDINARIO** género de lana, colores de moda, de $ 5.80, ahora el metro **$ 4.20**

Sección Señoras

- **BOMBACHAS** en jersey de seda, todos los talles, de $ 1.30, ahora c/u. **$ 0.95**
- **CAMPERAS** en punto de lana, todos los talles, de $ 7.80, ahora c/u. **$ 5.95**
- **TAPADO** en paño de lana, talles 46 al 50, de $ 36.00, ahora c/u **$ 28.50**
- **BATONES** en paño de lana, todos los talles, de $ 14.50 y 15.50, ahora c/u **$ 10.80**

EN ASTRAKANES, CASIMIRES, PAÑOS NACIONALES Y EXTRANJEROS 20 % DE DESCUENTO

20 % DE DESCUENTO EN TODO EL SURTIDO DE ASTRAKANES, PAÑOS Y CASIMIRES NACIONALES Y EXTRANJEROS

Sección Niños

- **BOMBACHA** con puño en malla de algodón. Talles 4 y 6 c/u a **$ 0.70** (Aumenta $ 0.10 por talle)
- **SLIPS** de algodón y seda. Talle 4 c/u a **$ 0.95** (Aumenta $ 0.10 por talle)
- **PANTALONES** holandeses en punto de lana. Talles 5 y 6 $ 5.50, talle 4 $ 5.00, talles 2 y 3 $ 4.50, talle 1 **$ 4.00**
- **PANTALON** pelele en punto de lana. Talle 1 c/u **$ 3.90** (Aumenta $ 0.20 por talle)

Sección Fantasías

- **MEDIAS** de muselina de algodón, en buena calidad, el par a **$ 0.80**
- **MANTEQUERAS** y platos de adorno, en vidrio tallado, de $ 2.20 c/u a **$ 1.20**
- **PAÑUELOS** de lana en cuadros escocés, de $ 1.90 c/u a **$ 1.35**
- **PAÑUELOS** de seda escocés, gustos distinguidos, c/u a **$ 1.50**

SECCION Artículos para el Hogar

- **MANTELITOS** personal de Nylon de $ 0.65 c/u a **$ 0.45**
- **CAMINEROS** de hule "Lancastreum", ancho 0.60 y 0.45, el metro a $ 1.50 y **$ 1.00**
- **FELPUDOS** de coco, gran tamaño de $ 5.50 c/u a **$ 3.50**
- **COLCHAS** de Chenille, 2 plazas, 1 1/2 plaza y 1 plaza c/u a $ 18.00, 15.00 y **$ 12.00**

Sección Hombres

- **CALCETINES** de algodón fantasía, gran calidad, de $ 1.00, ahora el par a **$ 0.55**
- **CAMISETAS** y **CALZONCILLOS** afelpados, gran calidad de $ 3.40 y 3.60, ahora la pieza **$ 2.50**
- **PANTALONES** en paño de lana grueso, todos los talles, de $ 10.50, ahora c/u **$ 7.90**
- **PULL-OVERS** lisos y fantasías, manga larga y sin manga, de $ 10.50, ahora c/u **$ 8.50**
- **CHAQUETONES** en paño de lana diagonal, muy prácticos, de $ 16.00, ahora c/u **$ 12.80**

EN ASTRAKANES, CASIMIRES, PAÑOS NACIONALES Y EXTRANJEROS 20 % DE DESCUENTO

En nuestras tres casas:

SUC. CORDON	CASA MATRIZ	SUC. GOES
Av. 18 de JULIO 1601	Av. AGRACIADA 2302	Av. Gral. FLORES 2341
Esq. CARLOS ROXLO	Esq. M. SOSA	Esq. M. BERTHELOT

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO



RUMMY - CANASTA A BENEFICIO DE LA ESCUELA "JUAN ZORRILLA de SAN MARTIN"

SE llevó a cabo en el Parque Hotel un te y rummy- canasta a beneficio de la escuela "Juan Zorrilla de San Martín" que tuvo el más rotundo de los éxitos. La Comisión de honor estuvo presidida por la Sra. Julieta Irureta Goyena de Zorrilla de San Martín

(IZQ.): Puede verse en primer plano a la señora Lucy Chater de Rodrígues Castro, a la señora Isabel Escobar de von Sanden, a la señora María Angélica Requena de Mariscal y a la Srta. Celia Bergalli Gorlero.



Un aspecto del salón

RECEPCION EN LA LEGACION DE COLOMBIA

EL Ministro de Colombia Dr. Rafael Azula Barrera y su esposa Sra. Mariela Barrera de Azula Barrera ofrecieron una recepción con motivo de cumplirse un nuevo aniversario de la independencia de su patria. Esto dió lugar a una elegante reunión mundana.

Sra María Mercedes Cibils de Castellanos, Sra. Mariela Barrera de Azula Barrera, Ministro de Relaciones Exteriores Dr. César Charlone, Ministro de Colombia Dr. Rafael Azula Barrera, Nuncio Apostólico Monseñor Paccini.



Con los distinguidos diplomáticos se encuentran varias figuras destacadas de nuestro ambiente.



Conversando con la señora de Azula Barrera están las señoras María Kurth de Irigoyen, Lucila Lasús de Domínguez Gómez y A. Riverós de Gomensoro.



ALMUERZO EN HONOR A LA Sra. DE ROSSI

Se llevó a cabo un almuerzo en honor de la señora Matilde Wilson de Rossi con motivo de su partida para Londres. En esta foto puede verse la homenajeada con un grupo de las asistentes. Se originó así, una ...

Calendomatic

Indica la hora y la fecha



RAUL DAMONTE TABORDA

Y LA PLASTICA DEL ESPIRITU

por JULIO CAPORALE SCELTA

Retrato de China Zorrilla de San Martín.

EL Dr. Raúl Damonte Taborda, en un remanso feliz de sus actividades políticas, jurídicas, periodísticas, está dedicado a la pintura. Vive en Carrasco, en una casa llena de luz, abierta a las variadas perspectivas físicas que es una manera de asomarse a otras perspectivas de fervor espiritual. Y está atento — con una compañía familiar, comprensiva y corroborante — a crear en el campo plástico un mundo colorido, de múltiples vibraciones, de afinadísima captación sensible, de realidades y sueños, de objetividad formal y de luminosas abstracciones, que revela de que manera honda y sagaz se asoma al espectáculo de la vida, y lo medita, con apasionada sutileza, y lo plasma en representaciones pictóricas. Frente a sus cuadros — y con el precedente anecdótico de su vida — se ha de pensar lógicamente como es necesario, para llegar a la madurez artística, y decir la propia palabra sin eufemismos ni confusiones, sin encasilladas evocaciones y sin temor de críticas, arder en el crisol de las luchas y fulgir de necesarias y dramáticas verdades. La vida nos plantea sus conflictos, nos acerca a los hombres, nos consustancia con la naturaleza y he ahí que después que nos hemos encendido en el movimiento ardoroso y hemos visto a nuestro lado el heroísmo y la flaqueza, la risa flúida de la felicidad, el rictus de la amargura, la máscara del grotesco, la luz de las finas ternuras, cuando hemos visto con mirada aguda y alma receptiva, al hombre, a la tierra y al cielo; cuando hemos comprendido con la melancolía de Marc Chagall que la vida es como un río sin bancos, sólo entonces estamos en la actitud de gracia de dar nuestro mensaje. Lo damos en un verso, en una sinfonía, en un cuadro, y a veces, más humilde o más orgullosamente, en una frase o en un gesto.

Raúl Damonte Taborda está dándonos su mensaje, vibrante y maduro, en sus cuadros. Verdadero mensaje, en el que cuentan las introspecciones imagineras, el caudal [illegible] que el hombre acumula desde sus emociones remotas, el gozo de los juegos mágicos, logrados con las sencillas formas de la realidad y con las aventuras oníricas; la disección plástica de la carne y el alma de las cosas; las acrobacias del intelecto lúcido y de sus interpretaciones; un impulso de espasmo bárbaro, y una fiebre de trasparencias angélicas; una deshumanización que es, paradójicamente, una manera de entregarse en la más pura intimidad humana; un buceo de honduras psicológicas del que nos trae — buen buzo de ojos alucinados — los peces vivos y áureos, las algas animadas, las gemas traslucidas, y también los monstruos obsesionantes que se agitan y refulgen en los mundos indescriptibles de la fe, de la imaginación, del sueño. Y no se piense que cuando decimos esto nos quedamos en un terreno de descripción inconcreta, porque la obra de Damonte Taborda está animada por todas esas direcciones, por todas estas sugestiones, ante las cuales forzosamente la contemplación y el análisis se funden en estados de espíritu no fáciles de expresar y comunicar. A los cuadros de Damonte Taborda hay que verlos, y que esto no parezca perogrullada. Y cuando se les echa la primer mirada, ahí están tantos recuerdos fáciles, con que lo relacionamos: Dali, Picasso, Chagall, Pickens, Chirico. Ahí están las definiciones surrealistas, aparentemente. Pero pronto vemos que este hombre, que recorrió un largo camino antes de pintar como ahora pinta, tiene su lenguaje propio, y su desarrollo personal, y su reverberación colorista, que es como la agitación nocturna de aguas fosforescentes. Su aspecto surrealista — de alguna manera hemos de decirlo — se apoya en las concretas y perfiladas formas del realismo, con el toque de la poesía, y con la dirección polémica de un temperamento que sabe y dice lo suyo. Es pues más en el campo ilimitado del realismo mágico — las formas puras y normales en un clima fantástico — donde puede ubicársele mejor. Es también en un reflexivo expresionismo que pueden colocarse algunos de sus cuadros. Del realismo mágico — tan caro a la moderna pintura americana — tenemos un hermoso ejemplo en su "Niño sin miedo" cuyo objetivismo es la más clara exposición subjetiva que pueda lograrse en un tema de tal sugerencia y dramatismo. De su alegre juego de realidades y elementos de la fantasía, de su posibilidad sencillamente pictórica de los panoramas, de su dominio del color y la perspectiva, tenemos ese "Concierto campestre" en que ha logrado una trasparencia alucinada de aire y tierra, una armonía de temas c o r e o g r á f i - cos y musicales, bucólica y extra-



humana. De su juego temático, con las grandes alusiones satíricas, tenemos, por ejemplo, su "Penélope", alarde de composición, de tratamiento de las masas de color, y de vivacidad humorística que se solaza con el frío devanar de la madeja, y el ardor del desnudo, y los signos que sustancian el pensamiento a través del tiempo...

Es inevitable que cuando se realiza la pintura subjetiva, surrealista, imaginativa, la pintura que fluye de lo más hondo de la conciencia y revela los ocultos juegos del espíritu, las reverberaciones sensoriales, y sobre todo el complejo y riesgoso camino de los sueños, surjan en la forma y en el color los dos extremos que el hombre presenta en la eternidad: el demonio y el ángel... Alguien ha encontrado ya ese impulso demoníaco en algunas composiciones de Damonte Taborda, pero si no somos exactamente originales al señalarlo, entendemos que no hubiéramos podido evitar pensarlo: bastaría ese cuadro "Las tentaciones de San Antonio", en el que con la forma de los remotos frescos clásicos, en que se multiplicaban los temas paganos religiosos, está la más jugosa y diabólica suma de alardes caprichosos, de sugerencias pecadoras, con el signo de las pesadillas del surrealismo. Pero vayamos al otro extremo del hombre-pintor, y encontraremos que más aun se presenta en su aspecto angélico cuando nos da esa impresionante "Resurrección", en la que la parquedad del volumen no impide la fuerza dramática de una forma y un color de evocación clásica, y la comparación de las sutiles presencias en una caída abismal que puede ser un vuelo redentor... O esa finísima representación cósmica, de tan clara intención como es claro y trasparente el tono, que se apoya en las tradiciones bíblicas y que el pintor ha titulado "La escala de Jacob", plena de aspiraciones irisadas que unen la tierra y el cielo... O en esa magnífica composición de mujer, ángel y flor, ballet sagrado y eterno, eclosión de míticos girasoles, tratado con una fuerza y calidez de color, que agrega más trascendencia al título: "Anunciación"...

Hay un cuadro de Damonte Taborda que tiene un lugar especial entre sus realizaciones. Nos referimos al llamado "El sillón" y al cual un gustador de emociones plásticas le agregaba el adjetivo de metafísico. Es en verdad metafísico. Porque con sus amarillos, con su verde brillante, como aporcelanado y ardiente, y con los admirables reflejos luminosos, si no nos da aparentemente más que el volumen y la forma del sillón, nos ofrece, de inmediato, con la sugerencia de su estaticidad, y la de unas abarcas moras que están a su lado, el balanceo entre la materia y el espíritu. De esa quietud que ofrece fluye el descanso y los sueños del hombre. Tiene luces propias como si algo quedara después de la presencia física de quien lo utiliza para sus ocios pródigos. No es tampoco un sillón cómodo. Es un sillón activo, que impulsa a la ascensión de los pensamientos. Y como contraste, sus patas bien firmes, las pesadas y ligeras abarcas, sostienen en el suelo a quien desde allí otea mundos ligeros y trasparentes...

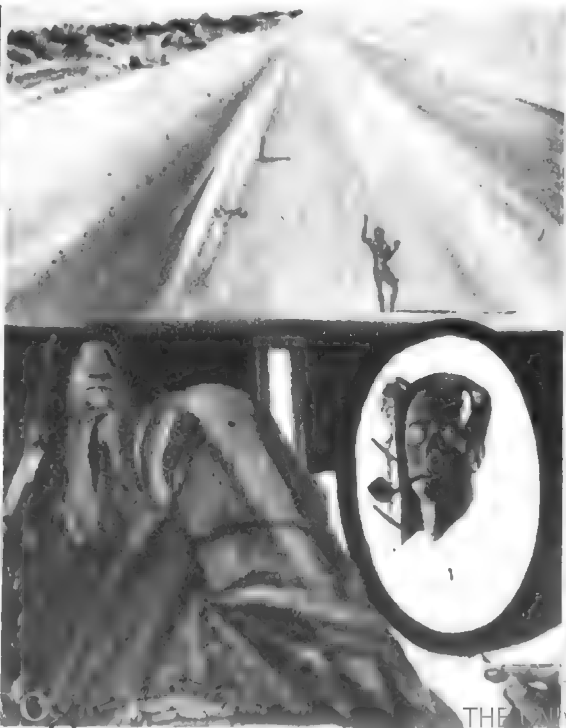
Algunos retratos merecen una especial mención en esta reseña. En primer término, esa alusión a Chirico que hay en su Auto-retrato. No hay realmente del surrealista famoso, sino un juego de perspectiva y figura en el fondo. Esa persona estatua que se recorta sobre la playa ocre, que fuga, como si estuviera animada de una vida veloz, no pueden menos que hacernos pensar en Chirico. Pero ya hemos dicho que en Damonte Taborda está siempre su propia y personal sensibilidad. Hay después de lo descripto, un corte violento, casi otro cuadro, como otro mundo. Y en él sólo aparecen, detrás de una valla oscura que da aún más luz al fondo, las extremidades inferiores del pintor en descanso, su mano y su pincel, y con vivacidad impresionante, en un óvalo claro su auto-retrato que no deja de ser pese a todos los ismos en que pueda estar la sensibilidad de esta obra, su verdadero retrato, otro signo de la eficacia técnica del artista. Pero éste tiene motivo en un retrato de China Zorrilla de San Martín en ofrecer amplia prueba de su facultad representativa de la personalidad, en una imagen asombrosamente lograda en cuanto a su veracidad fisonómica, pero además, con un caudal de vida interior que dan a este retrato un valor

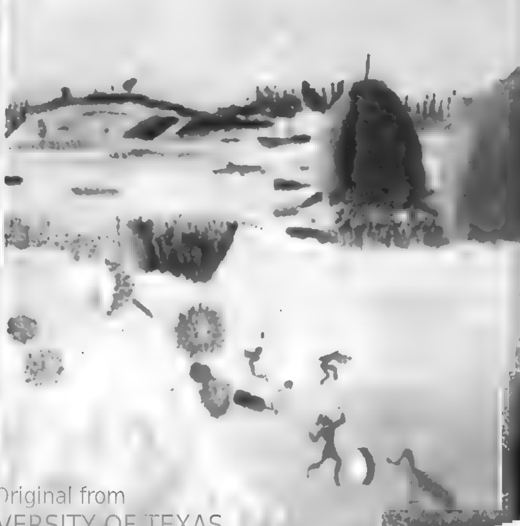


(Arriba): "Anunciación". — (Abajo, de izquierda a derecha): "El Sillón", "El niño sin miedo" "Auto-retrato", "Concierto campestre".

psicológico, idiosincrásico, realmente estupendo, al que se agrega la cualidad técnica en la elección de los tonos y en la factura vigorosa de los perfiles y el empastado. Bien quisiéramos detenernos en muchas otras obras de Damonte Taborda. Cada una de ellas daría lugar a largas disertaciones, porque está en ellas no la impresión fugaz de una pintura de momento, sino la larga y dura disciplina de la búsqueda y el hallazgo, de la realidad y el sueño logrado, de la imaginación férvida, de los cilicios del pensamiento realizador. Por hoy digamos, con alegría, nuestro entusiasmo ante este pintor, que llega a los maravillosos mundos del color, después de un ardiente peregrinaje. Y anunciemos con él, para su próxima muestra, el elogio y la discusión, que a él, buen luchador le alegra.







FUE TRIBUTADA RECEPCION INIGUALADA a los FLAMANTES CAMPEONES MUNDIALES

En este apretado abrazo testimonia el Gran Capitán José Nasazzi toda su emoción y satisfacción al entrenador del team campeón Juan López, por la hazaña de Maracaná.



Dos épocas bien definidas de nuestro fútbol. "Gaitanín" Saporiti, anterior a la era olímpica, formidable arquero de nuestras selecciones regocijándose con la cuarta conquista mundial junto a Aníbal Paz y Roque G. Máspoli.

IZQUIERDA: La famosa "Taça do Mundo" Jules Rimet, es la más pequeña, totalmente de oro. El otro trofeo es el donado por la C. B. D. al Campeón Mundial de 1950. Contemplan los premios logrados Paz, Schiaffino, Morán, Dr. Pedemonte, Migues y Máspoli.

ABAJO: El público loco de entusiasmo toma por asalto uno de los ómnibus en que viajan los campeones en el Aeropuerto Nacional de Carrasco.

William Martínez con sus familiares. Forman detrás guardia de honor nada menos que los viejos cracks Héctor Castro, Roberto Porta, Angel Romano, Pedro Petrone y el juez olímpico de Amsterdam Domingo Lombardi.

ABAJO: Palermo lleva en andas a su máximo exponente: Víctor Rodríguez Andrade, al son de los clásicos tamboriles. Es contagiosa la alegría del campeón.





En este beso otorgado paternalmente por un familiar al gran Schubert Gambetta, está expresada la ansiedad que se vivió en Montevideo ante el arribo de los colosos de Maracaná.



DERECHA, ABAJO: Los dos campeones del Danubio F. Club, Carlos Romero y Juan Burgueño, junto al preparador físico Romeo Vásquez y al kinesiólogo Juancito Kischberg, en uno de los ómnibus.







Magnífica vista aérea del aspecto que presentó el Estadio Centenario en la recepción a los magníficos exponentes del fútbol nacional ante su conquista del Campeonato del Mundo de 1950.



Las adyacencias del Aeropuerto Nacional de Carrasco desbordaron de entusiastas aficionados en el homenaje popular que se les brindó al llegar triunfantes a Montevideo.

IZQUIERDA: Dos de los pilares básicos de nuestra selección para el logro del preciado título. El capitán Obdulio Jacinto Varela, estratega extraordinario y Matías Gonzáles a quien se le ha bautizado acertadamente "El León de Maracaná", con la famosa Copa "Jules Rimet".

DERECHA: Malvin, una de nuestras playas más populares, presentó un aspecto realmente imponente esperando el paso de los vencedores de Maracaná. Dede las 14 horas nadie se movió de sus puestos estratégicos para aplaudir a los cracks orientales.

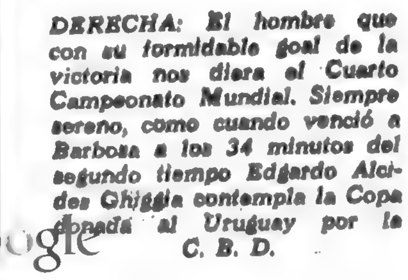


Una vista de la Rambla esperando el paso de la caravana con los campeones del Mundo por cuarta vez. Así a lo largo de toda la Costanera y por la Avenida 18 de Julio fueron agasajados estruendosamente los bravos representantes del deporte uruguayo.



Otra vista aérea que da una magnífica impresión de cómo fueron recibidos los vencedores de Brasil. A lo largo de la ruta que lleva al Aeropuerto, miles y miles de coches esperando el paso jubiloso de la caravana.





DERECHA: El hombre que con su formidable goal de la victoria nos diera el Cuarto Campeonato Mundial. Siempre sereno, como cuando venció a Barbosa a los 34 minutos del segundo tiempo Edgardo Alcides Ghiggia contempla la Copa donada al Uruguay por la C. B. D.



EN CIRCULO: *Julio Pérez, el formidable inside derecho del equipo Campeón Mundial de Fútbol de 1950, es paseado en andas por el público, al llegar la embajada al Estadio Centenario.*

Un grupo de integrantes del team campeón saludando a las cien mil personas que jubilosamente les recibieron triunfantes en el Estadio. En primera línea Julio Pérez, Juan Carlos Gonzáles y Wáshington Ortuño.

Se vivieron inolvidables horas en la llegada de los campeones

Los viejos olímpicos del 24 y 28 y los campeones mundiales del 30 no podían estar ausentes en la magnífica recepción a los cracks celestes. José Vidal, centre half de Colombes aguarda el momento del abrazo cordial.

DERECHA: *Con visible ansiedad esperan a los campeones los olímpicos Anselmo, Zaldombide, Nasazzi, Romano y Ballesteros junto al entrenador de 1930 profesor Don Alberto Supicci.*



Tocante ceremonia escuchan los campeones. Está siendo izada la enseña patria en el mástil de la Torre de los Homenajes. William Martínez, Morán, Rijo, Vidal, Britos, Juan C. González y Julio Pérez.

DERECHA: El Presidente de la Asociación Uruguaya de Football, Don César Batlle Pacheco llega a saludar a los campeones en el Aeropuerto de Carrasco, acompañándoles hasta el Estadio Centenario en esta bañadera. Los abrazos más emotivos se cambian entre los que llegan con el flamante título y los viejos campeones de nuestro fútbol.

IZQ.: Así fué asaltado el ómnibus que levantó a los campeones del mundo de los aviones de Pluna al llegar al Aeropuerto. Indescriptible emoción popular se vivió en esos momentos.



REMEMBRANZAS DEL FUTBOL DE MI PUEBLO

por SERAFIN J. GARCIA

HASTA allá también, hasta la lejanía arisca de aquel mi pago del Este, oriental como el que más y gaucho como ninguno, llegó una ponchada de años el viril juego que, aunque gringo de origen, había de hacerse más criollo en poco tiempo que la taba y el tejo, que las bochas y el truco.

Como era juego de hombres, rudo y fuerte, le fué querencia propicia aquella tierra de franca reciedumbre, que sólo sabía parir varones de esa laya.

Al principio, claro está, se le recibió con un poquitín de sorna y un algo de desprecio. Era un juego importado, forastero, y que además se jugaba con los pies. Invención de gringos sin gracia, ridícula y absurda, al parecer...

Por eso, cuando se oyó retumbar por primera vez una pelota en el campito desigual de la Cruz Alta, el paisanaje que cruzaba por allí a caballo, rumbo al camino real o rumbo al pueblo detúvose a observar la novedad con aire socarrón. Y viendo a los hermanos Pedragosa y al herrero Morra — los iniciadores — propinarle patadas a aquel globo de cuero — ni muy inflado ni muy redondo — acabaron por reirse a carcajadas del insólito espectáculo. Y cuando alguna vez la pelota picó cerca de ellos, haciendo encabritar sus fletes, no menos sorprendidos que los dueños, asestáronle un lonjazo con sus anchos rebenques por el solo gusto de chacotear no más...

Sin embargo el juego gringo — hoy juego nacional por excelencia — fué ganando adeptos con suma rapidez y en buena ley, por sus cabales. Los muchachos de pantalón a media pierna soplaban con una bombilla vieja las vejigas vacunas que pedían en las carneadas, y se iban a darles puntapiés hasta romperlas en cualquier baldío. O bien llenaban de retazos alguna media materna, la redondeaban después con una piola, y ya andaba rodando por los descampados la clásica y simpática pelotita de trapo.

Lo demás vino fácil y en lógica sucesión. Un día convocaron a asamblea los vecinos principales y allí quedó fundado el primer club de fútbol, con Comisión de Honor y Comisión de Damas, por supuesto. Y aunque no había otros bienes a administrar que una pelota y el inflador correspondiente — todo lo demás era ajeno — tampoco faltó la Comisión Fiscal.

Integraban el team, junto a los jóvenes, hombres maduros ya, algunos con solemnes bigotazos y prominente abdomen, a los cuales daba risa ver correr sofocados detrás de la pelota, que casi nunca conseguían tocar.

El fútbol había enraizado para siempre en aquel pueblo, como en todos los nuestros. Y allí también, como en todos, había logrado la hermosa conquista de una fraternidad auténtica, capaz de borrar colores y nivelar a los hombres en un haz de igualdad conmovedora. Pobres y ricos, negros y blancos, poseyeron idénticos derechos frente al globo huidizo y saltarín. El "Centro" y el "Charco", las dos mitades del pueblo — tan desemejantes en todo lo demás — se confundieron por primera vez en el fervor y en la alegría exultante del juego varonil.

Al evocar hoy aquí, asociándome al júbilo nacional que ha provocado la nueva hazaña gloriosa de los campeones celestes, aquella etapa prístina del fútbol pueblerino, no resisto a la tentación de narrar algunas de las múchas y pintorescas anécdotas que matizan su historia.

EL TALON DE ANGELITO

Pese al diminutivo, Angelito era un hombrón macizo, de cerca de dos metros de estatura, que lo mismo integraba una comparsa de esquiladores o una cuadrilla de carboneros que un team de fútbol. Gustábale jugar de "baque", como él mismo decía, y hacíalo siempre descalzo, con la bombacha recogida por sobre las rodillas. Sus pies enormes no rehuían jamás un entrevero, por muy picados que estuviesen los ánimos.

Cierto domingo, el centre-forward del cuadro contrario dijo que solamente jugaría si lo obligaban a Angelito a calzarse. Y para justificar tal actitud mostró las piernas magulladas y llenas de moretones, asegurando que aquello había sido obra del talón derecho de Angelito, en el partido anterior.

—Tendrá que jugar de suecos — argumentaron los del team rival —puesto que no hay zapatos que le sirvan.

—No importa — insistió el centre forward. Más peligroso es descalzo.

Esa tarde, Angelito le hizo honor a su nombre por primera vez. Enfundados sus pies en los terribles suecos, resultó el más inofensivo y tímido de todos los jugadores.

EL RECURSO DEL HALF

Se jugaba por entonces a pechada limpia no más, a la que te criaste. Y había un zapatero remendón, grandote y "bruto como bota nueva", que actuaba de puntero derecho, y al que ningún "jalba" lograba contener. Un día le opusieron un carnicero cuarentón, famoso por lo duro. Pero a pesar de sus mentas y su oficio, nada pudo éste contra el brioso remendón, que durante todo el partido lo mantuvo fuera de la cancha a rigor de hombro y cuadril.

Al domingo siguiente, el carnicero tomó sus precauciones. Por debajo de la camiseta se le notaba claramente el descomunal cuchillo de cuerear, atravesado en la cintura.

—Al primero que me encaje una pechada le abro la barriga — dijo a modo de advertencia, y "al barrer", pero mirando de soslayo al zapatero.

Como es de imaginarse, éste, en toda la tarde, no tocó una pelota.

LA RAZON DE DON EDUARDO

Don Eduardo era un viejito criollo, "guapo como las armas de la patria", que había derrochado coraje en cuantas revoluciones le tocó intervenir. Llevaba su histo-

(Continúa en la página 46)



CANTO A LA ALEGRIA DEL RETORNO TRIUNFANTE

Por NICOLAS FUSCO SANSONE



A Juan Parra del Riego, el gran camarada que saludó jubiloso "La Trompeta de las Voces Alegres" de mis dieciocho años; al poeta de la "Loa al Football" y del "Polirrítmico de Gradín"; al amigo que vivió conmigo —crepitante y vigorosa el alma, destrozado el cuerpo— su postrer partido en el Estadio...

Este es el canto de los brazos abiertos,
del entusiasmo limpio
y de la fraternidad humana:
el abrazo del hombre
—¡quien quiera tu eres, eres mi hermano!—
bajo un cielo sin acechanzas de aviones asesinos.

Este es el canto que mueve las banderas
sin impulsos de sangrientos hechos hazañosos
en las manos transparentes del amor,
más allá de cerrados y oscuros límites
de oficios y edades...

Este es el canto que se levanta
en el vuelo de las palomas blancas,
desde el campanario con bronces de paz
por cielos, calles y plazas,
hasta los puertos que retienen navíos
con sirenas de alegría...

Este es el canto de los brazos abiertos
que con amplio saludo mundial
—¡oh, viejo y permanente Walt Whitman
el de las barbas fluviales y de los saludos universales!—
festeja conquistas sin mármoles, piedras y bronces guerreros

Este es el canto de once héroes
que sin miedos, lágrimas y sangre,
cerca de la espiga, la luz y el agua,
hacen girar la más secreta rueda del alma
en vertiginosos entusiasmos sin edades.

Este es el canto del heroísmo humano
sin frisos de Ilíadas sangrientas,
con el vuelo de las palomas blancas
y el apretado círculo fraterno de obreros y estudiantes
junto a la madre joven que marcha triunfal
con el pecho abierto a la bandera del hijo.

Este es el canto de los brazos abiertos.
el arco de triunfo
que forman millares de hombres, mujeres y niños
por calles y plazas de la pequeña ciudad
en firme y alegre marcha de paz
al paso de once héroes sencillos hacia la posteridad...

Este es el canto de los brazos abiertos
en fuegos resplandecientes de entusiasmos antiguos,
sin sangre ni lágrimas
en magnífica epopeya de la voluntad.

Desde el campanario que suena bronces de paz
por cielos, calles y plazas
en el arco triunfal de los brazos abiertos,
pasan once héroes sencillos sin marchas guerreras
hacia la posteridad...

En Montevideo, a veintiuno de julio de 1950.



LOS CAMPEONES DEL MUNDO



El equipo de la Asociación Uruguaya de Football, tal ual se alistó en el match final contra el team de la Con- ederación Brasileña de Deportes, y que al cabo de un sen- acional partido lograra el título de Campeón en el IV Campeonato Mundial de 1950 por la Copa "Jules Rimet". Lo integran, arriba, de izquierda a derecha: Obdulio J. Varela, capitán; Juan López, director técnico; Eusebio R.

EN LA FINAL DE MARACANA



...era. Romeo Vázquez, preparador físico; Carlos Abate, ...esiólogo; Schubert Gambetta, Matías González, Roque ... Máspoli, Víctor Rodríguez Andrade, Juan Kischberg, kinesiólogo. Abajo, Mario González, ayudante; Edgardo A. Ghiggia, Julio Pérez, Omar O. Miguez, Juan A. Schiaffino, Ruben Morán y Matucho Fígoli, kinesiólogo.

"MUNDO URUGUAYO" EN EL BRASIL

D sde el angustioso empate con España hasta la culminación gloriosa del cuarto título mundial

Por DIONISIO A. VERA



DIONISIO A. VERA, corresponsal de "Mundo Uruguayo" en el Campeonato del Mundo, que nos tuvo al día, con su información, en este tremante e inolvidable mes de football.

El Empate con España

SAN PABLO. — Uruguay no convenció en su match jugado con los españoles del modo que esperaban los allegados a la concentración y la misma crítica en general. Para nosotros el resultado es halagador, el juego discreto y el match deja muchas enseñanzas. En primer término, conviene señalar que esperábamos algo de lo que realmente aconteció. Después de ver a varios conjuntos europeos, es necesario convencerse que a los uruguayos les falta un sistema definido de juego. No algo nuevo realmente sino una orientación definida dentro del campo de juego. Como virtuosos, aquí no hemos visto a ningún seleccionado superior a los jugadores uruguayos. Eximios manejadores de la pelota, de clara inteligencia, son superiores en todo eso tan conocido en Montevideo. Pero el fútbol tiene también otros resortes que es necesario agregar o ajustar al juego de los celestes. Se vió claramente frente a España el choque de dos sistemas de juego en el que no salimos muy mal parados en el score pero sí en el juego desplegado. España es uno de los mejores seleccionados que han jugado el Campeonato —sino el mejor con las salvedades que hemos hecho con respecto al cuadro de Inglaterra y a las que haremos con respecto a Brasil— y mostró toda su valía en Pacaembú. Como fuerza organizada y perfectamente orientada fué casi siempre superior al elenco nuestro. Hubo momentos en que parecía que se avecinaba la debacle. Fué en los instantes previos y posteriores a los goles que señaló el puntero Bassora. Nuestro efectivo, que no se había ajustado pese al notable tanto de Ghiggia, pareció desmoronarse de golpe y sin perder el tesón propio de los uruguayos, —sólo en algunos jugadores nada más— se trabajó sin norte y sin duda perdiendo pie en cada acción. España estaba dándonos una buena lección de ordenamiento en el juego, de tácticas y de inteligencia además. Ellos sabían lo qué hacían y lo qué tenían que hacer y nosotros no. Cuando se vió que Matías González anulaba a Zarra, se jugó por los costados. Vieron ellos que Varela flaqueaba y se le dió abrumadora tarea a Molowni a quien cuidaba nuestro eje medio. Cuando Tejera se afirmó en esa zona respaldando a Varela, se cambió de golpe la estrategia y fueron movilizadas las puntas; dos puntas rápidas y tiradoras que en pocos minutos parecieron liquidar el partido. Se trabajó por el lado de Varela y por el de Andrade y los frutos surgieron rápidos. Mientras tanto los uruguayos carecían de orientación. Miguez estaba jugando tácticamente lejos de Parra. Parra es el eje medio que juega entre los backs como zaguero central. Había que sacarlo de allí pero Parra no salió. Miguez siguió en su terreno sin adelantarse en el campo. Ese fué un error táctico de nuestro equipo. Como lo fué también el de olvidar en el segundo time a Ghiggia el mejor exponente del campo. Pérez, muy obligado a ayudar la defensa, a ir y venir para desmarcarse y para arrastrar tras de sí a sus vigilantes, perdió contacto con el excepcional winger y perdimos entonces buenas oportunidades de martillar por ese lado donde España flaqueaba mucho en la persona de Gonzalvo Segundo, el más bajo de todos los defensas. Algo de alma faltó allí también. Schiaffino estuvo muy parado, ausente a veces del juego, sin el ardor necesario en un match de importancia suma. Y Vidal tampoco tuvo un colaborador decidido. Miguez quedó en el medio y cumplió a nuestro juicio. Tiró, se filtró a veces, luchó con ardor. Pero un quinteto debe ser algo armónico y no un "cinco" desintegrado en su fuerza como block. Poco a poco se corrigieron estos defectos. No todos pero por lo menos, cuando perdíamos por dos a uno y parecía que llegarían más tantos de los hispanos, algo se armó la línea al impulso de Varela ya recuperado. Hubo juego bajo y firme y entonces quedó en descubierto la falla de la defensa española. A esa defensa que juega en M se le complican las cosas cuando se improvisa a su frente. El gol de Varela, trajo abajo el sistema español. No se desmoronó pero sí perdió pie en muchos pasajes y al tiempo que aflojaban todos los de atrás, los delanteros se



España fué de los me[...] seleccionados del Campeonato. Sólo e[...] [...]n característico del Uruguay, impidió una debacle, especialmente en los momentos previos y posteriores a los goles del puntero Bassora.

desorganizaban mucho. Fué nuestro momento, que tampoco supimos aprovechar. España, frenada de golpe y alarmada, estaba pronta para el golpe de gracia, pero Ramallets, lesionado, no fué llamado a intervenir y por desgracia algunos remates salieron desviados.

Uruguay, rebasado en el primer período y parte del segundo, hizo suyos los últimos treinta minutos de juego. No como equipo que desarmado y todo el español seguía siendo mejor. Sino como garra y pujanza con atisbos de calidad en los delanteros y ya con una defensa corajuda y muy bien plantada. De esta suerte se apreció la valía de nuestro juego que estuvo lejos de ser completo pero que salió gananc·oso en una comparación muy breve. España había salido indemne sobre Inglaterra y le había ganado bien. Pero es que entre dos sistemas idénticos, España había tenido más energía aunque no la sincronización inglesa siempre perfecta y muy académica. Ahora, frente a algunas buenas jugadas de Uruguay, esa defensa que no había mostrado un solo yerro frente a los reyes del fútbol, mostraba desorden y desorientación. El juego bajo y rápido, alguna gambeta y otro amague; eso nuestro, estaba trayendo abajo un sistema clásico y que ha hecho escuela en Europa.

Es indudable que los uruguayos con otro entrenamiento y con otra disciplina en la cancha, serían insuperables. Creemos que somos muy buenos pero aún nos falta algo para ser completos. Si la suerte nos beneficiara y saliéramos campeones del mundo o vice campeones, diríamos lo mismo. Los títulos no pueden borrar estas sombras que estamos exhibiendo y que tenemos el deber de repetir para hacer de nuestro fútbol algo mucho más grande y poderoso.

El Match con Suecia

SAN PABLO. — No creemos que aún perdiendo y por muchos goles el equipo uruguayo repita en lo porvenir una actuación tan magra como la que le correspondió en el match contra el seleccionado de Suecia. Los comentarios que han salido en los diarios de Montevideo deben ser unánimes. Por lo menos en el palco de la prensa mientras tomábamos apuntes y cambiabámos impresiones y nos mirábamos acongojados, reinaba la unanimidad: jamás habíamos visto algo igual en desaciertos, falta de tesón, yerros garrafales, desorden general. Es cierto que se ganó. Pero, ¿qué tenía Suecia? Esto es lo peor, lo que aún con la impresión del partido jugado en Pacaembú nos desalienta. Suecia fué campeón olímpico y llegó aquí a las finales. Todo esto parece mucho pero entrando un poco al análisis a fondo es casi nada. Aquel cuadro que vimos jugar en Londres era realmente bueno y conquistó el laurel olímpico tras algunas jornadas cuyo sello fué la calidad. Prueba de ello es que el profesionalismo europeo desmembró de inmediato a ese combinado; en pocas semanas lo hizo pedazos. Italia se llevó siete jugadores y España a otro. No quedó pues nada del campeón olímpico y es claro que en dos años en un país donde los cracks no surgen como en América, le ha costado a los suecos integrar un gran seleccionado. Llegó a las finales, es cierto. Pero si bien hay justicia en la tabla final, en cambio se ha formado opinión en torno al desempeño de Italia. A Italia le faltó tiempo para ganar su serie y mal y todo habría accionado con más brillo que los suecos. Dejemos esto, empero, por ahora y digamos por qué es flojo el cuadro sueco. Tiene un sistema defensivo tipo standard; tres zagueros y un half volante. Hombres que no dominan la pelota, que no tienen rapidez y que usan un juego un tanto primitivo; peses largos y de primera sin mayor plan. Un avance con dos punteros fuertes y rápidos; un eje pesado y falto de recursos y dos buenos insiders. De ellos, Palmer podría jugar en primera división en Montevideo. Estrategia, francamente no tiene el conjunto. Ya dijimos que acciona "infantilmente". Por ello, Brasil le marcó siete goles caminando y por algo nosotros estamos afirmando que lo malo no fué la pobre actuación de los celestes sino todo ello comparado con el rival que tenían a su frente. Uruguay posiblemente subestimó al contrario. Y por esto mismo además el exceso de confianza a medida que pasaban los minutos minó el sistema nervioso de nuestros jugadores. No hubo un pase medido. No hubo ordenamiento en la defensa. Se tiró poco o nada y cuando ello se hizo, se hizo muy mal. Por los mismos nervios se pifiaron cuatro pelotas que eran cuatro goles. Y estos muchachos a quienes creemos cracks nos dieron setenta minutos de drama y sólo veinte de "relativo" fútbol uruguayo.



SUECIA fué Campeón Olímpico y llegó a las finales, en el Brasil. Pero allí, ya no era el mismo cuadro. El que vimos en Pacaembú es flojo. Con un sistema defensivo standard. El avance, con dos punteros fuertes, un eje pesado e insiders buenos.

Es necesario decir que el equipo nuestro tiene un entrenamiento "sui géneris" que es el que tienen casi todos los cuadros de primera en nuestra ciudad. Y eso, para el fútbol que se juega ahora y que nosotros tenemos que jugar aún sin salirnos de los carriles de nuestra acción clásica, es poca cosa. El match se juega durante noventa minutos al mismo ritmo. Quien tiene una pausa corre el peligro de perder la partida. Además, los suecos conocen las reglas de juego y los uruguayos no las conocen. Vayamos por partes.

En lo del training todos nos llevan gran ventaja. Hay que correr. Los delanteros deben ayudar a la defensa y "correr sin la pelota" desmarcándose. Aquí ningún jugador con excepción del uruguayo, está pa·a·do en la cancha. Se corre y se aguanta. Luego lo otro: el uso del cuerpo en la jugada, ventaja grande que todos usan y los nuestros no conocen. El player puede empujar de costado, pechar lealmente. Ellos saben esto y sacan partido de un trabajo "pe·a·do". Los nuestros caen o son sacados del juego. Y esto trae desconcierto en las filas y algunas protestas. Pero los jueces europeos que son todos muy buenos, conocen bien las leyes y hacen seguir el juego. Perdimos por esto buenas ocasiones contra los suecos. Fué otra de las ventajas que nos sacó un cuadro que prácticamente conoce poco el juego hilvanado, que no domina la pelota y que usa siempre un juego rudimentario. Durante esos setenta minutos de que hemos hablado, Suecia fué mejor. Por ello y porque nuestros errores les dieron oportunidades preciosas. El primer gol encontró a nuestra defensa descolocada. El segundo se debió a un error de Paz. Nosotros hicimos un gol, el primer empate, pero ello no animó a nadie en el combinado. ¿Qué pasaba? Es difícil de explicar todo esto. Nervios, demasiada lentitud, — que ellos es también falta de entrenamiento — desasosiego al ver que todo salía mal, desajuste, inercia absoluta.

Recién a los quince minutos del último tiempo empezó a armarse el equipo por voluntad de Gambetta que "empujó" como se sabe en Montevideo. Matías González aguantaba como un héroe en el área y Ghiggia seguía disparando sin custodia, jugando con brillo. Se unió Gambetta a ellos y después Tejera. Pérez continuó trabajando ahora con un norte. Hubo jugadas por bajo



JUANCITO LOPEZ y JULIO PEREZ. Nuestro entrenador preparó a este muchacho para cualquier contingencia. Incluso, por si nuestro arco quedaba sin su cancerbero habitual, en minutos decisivos.

que tampoco se habían hecho y se estableció el empate. Al final llegó el tanto de la victoria, tanto que nos enloqueció a todos. Se había ganado un match perdido pero que se pudo haber ganado en el primer tiempo por la cuenta fácil de cuatro o cinco goles.

Pagamos contra los suecos y en el match de despedida de San Pablo nuestras propias culpas. Recién al final se hizo algo de lo que saben hacer los uruguayos —muy poco— y ello bastó para llegar a la instancia final con Brasil. No conviene, en estos momentos en que queda el peor partido o al menos el de más responsabilidad, insistir sobre los errores y sopesar las chances. Este comentario está enfocado desde otro ángulo. Ya escribiremos en Montevideo sobre muchos errores y sobre lo que conviene hacer. Aquí sólo diremos finalmente que se ganó. Y que quedaron atrás Inglaterra, España, Italia, Yugoeslavia y otros famosos y aguerridos conjuntos. Uruguay otra vez en una final. Ganará o perderá. Pero la historia dirá que estuvo en la instancia suprema. Mientras tanto la promesa: un día no lejano volveremos sobre el partido contra Suecia.

La Magna Consagración

RIO DE JANEIRO. — Conquistar un Campeonato del Mundo impone al cronista una serenidad necesaria que es difícil lograr en medio de tantas horas dramáticas y en medio de estos días de gloria que serán históricos. Miramos hacia atrás, consultamos las copias al carbónico de nuestras correspondencias para MUNDO URUGUAYO y observamos que los sucesos se han ido desencadenando con notoria irregularidad. Uruguay derrota a Bolivia por el score record del Campeonato y convence, pero queda aleteando la duda del real valimiento del conjunto por la debilidad del rival. El equipo celeste tiene un cuarto de hora de desorden y después pulveriza al seleccionado del altiplano con absoluta facilidad. Encajan sus piezas y brillan sus hombres. Para los cronistas locales y extranjeros ese cuadro dará que hacer. Para los uruguayos a ese cuadro hay que verlo en una instancia de más valor. El crítico uruguayo es justo y además responsable. Sabe que debe escribir sobre un fútbol amasado con glorias y siempre pide más. En Belho Horizonte se inició la carrera hacia el cuarto Campeonato del Mundo en forma exitosa, pero quedaba la duda del poco peso de nuestra Serie y del peligro en una falta de fogueo necesario para estar en condiciones de luchar con éxito en partidos de mayor responsabilidad. Los rivales de categoría estaban quemando etapas mucho más bravas y con éxito. Nosotros habíamos logrado el único éxito — demasiado fácil — y tendríamos que enfrentar en seguida España y a Suecia. España con un padrón de juego nuevo y victorioso en el Viejo Mundo; Suecia ceñido en Londres con el laurel olímpico. Se avecinaban luchas duras y de inmensa responsabilidad.

*

Uruguay empató con España y pudo haber ganado. También estuvo cerca de perder. Nuestro seleccionado mostró fallas grandes y aciertos evidentes. Fué una tarea irregular en la que se vió algo nuevo y que nos dió grandes esperanzas: por primera vez los celestes jugaban contra un famoso sistema europeo y podían quebrarlo. En las pocas oportunidades en que los nuestros realizaron su clásico fútbol, el sistema de M-W tambaleó. la improvisación genial era superior al sistema; al régimen casi estricto; a la lección aprendida. No podíamos quedar absolutamente conformes frente a esta bella realidad porque el equipo acusaba desorden y altibajos. Puntos flojos atrás y desajuste adelante. Para ganar un Campeonato del Mundo era necesario hacer mucho más. Que el entrenamiento permitiera aguantar sin una pausa, sin un solo respiro los noventa minutos y que además se sistematizara la acción por medio de un ordenamiento más acabado, siempre dentro de los clásicos moldes de nuestro fútbol insuperable en su accionar. No queríamos tres zagueros pero sí dos zagueros sin gran espacio entre sí, más livianos y alertas. No pretendíamos dos halves volantes. Teníamos dos halves en las puntas que al fin de cuentas eran también volantes a su modo en otra posición en el terreno. Y un eje que sin retroceder, podía avanzar sin arriesgar posiciones en el campo. Lo más serio era el avance; por el virtuosismo inigualado de sus hombres, por un lado; por el otro, por sus yerros en la estrategia. El cinco celeste no engranó a nuestro paladar. Era necesario apurarse un poco más, mostrar más nervio y completar la tarea ofensiva con la defensiva por medio de los entrealas. Lo nuestro lo creíamos insuperable siempre que se acomodara más al sistema europeo sin dejar un ápice nuestro propio juego. Técnica sobraba; clase individual era lo más firme. Queríamos orden y seriedad en las acciones para quebrar a los grandes rivales próximos. España tambaleó, cuando los insiders apuraron a los tres zagueros muy abiertos. Ese juego no era bueno para el clásico sistema inglés impuesto por los españoles porque el arabesco y la jugada personal los obligaba a salir muy lejos del área después de quedar tendidos los halves volantes. Pero con varias oportunidades a nuestro favor casi perdemos. El jugador uruguayo es por sobre todo un jugador inteligente. Este Campeonato ha sido para nosotros "el de los segundos tiempos". Tuvimos que aguantar y estudiar al enemigo durante cuarenta y cinco minutos para después jugar mejor sabiendo ya lo qué daba el adversario. Luchar contra ellos y contra los jueces. No porque los jueces estuvieran mal, sino porque los uruguayos no conocían aún las auténticas leyes del fútbol por las que se rige el fútbol mundial con la sola excepción del rioplatense.

Nos quedaba después del empate con España la gran esperanza de una calidad personal única pero teníamos la duda cierta de una falta grande de estrategia. Más o menos lo mismo que habíamos visto en Montevideo en jornadas internacionales poco afortunadas contra argentinos y brasileños. Estaba intacto nuestro propio sistema. Pero había que acomodarlo al de ellos. El fútbol es un juego de ajedrez donde se estudian las partidas, se piensa el accionar del rival y se le vence por el lado más débil.

*

Suecia nos trajo el drama y el momento más difícil del Campeonato. Mucho más difícil y dramático que el match final en el cual se reeditaron las viejas hazañas de París, Amsterdam y Montevideo, tal vez ésta más grande por el cúmulo de razones que expondremos al final. Suecia era inferior a España por su sistema de juego más débil y su avance endeble. Sus hombres menos artistas en el dominio del balón aun-



Pero el arquero [illegible] siempre se mantuvo firme, hasta la [illegible] salvadora. Aquí está MASPOLI, con [illegible] la emoción del último corner atajado, recib[illegible]ndo los primeros abrazos por la obtención del Campeonato.

que más fuertes y duchos en el pechazo "tradicional" del fútbol europeo. Nosotros teníamos una chance de cuatro a uno en ese match. Los cronistas extranjeros lo dieron y nosotros también pero con ciertas salvedades. El ejemplo de España tenía que ser el norte de un juego especial. Si no jugábamos como los viejos olímpicos, lo que en el momento parecía imposible para la unanimidad de los cronistas uruguayos, por lo menos teníamos que accionar más profundamente y con la garra tradicional de nuestro fútbol, con la que siempre se salvaron instancias difíciles.

En Pacaembú se vivió el drama del Campeonato, hemos dicho. Los suecos realizaron un juego simple, casi infantil. La pelota fué jugada sin mayores complicaciones; pases largos al puesto y rapidez en las acciones por las puntas. En verdad Suecia tenía sólo un half derecho bueno, dos insiders sobresalientes y una defensa pesada que marcaba de primera sin dar respiros. Nada más. El cuadro uruguayo entró apagado a la cancha, dominado por un nerviosismo inexplicable. Juan López nos dió después la solución del raro problema: los uruguayos sabían que Suecia no estaba bien y lejos de subestimar sus fueras fueron al campo con el complejo de ganar lejos. Se pararon de golpe desconcertados ante la simplicidad de movimientos, la reciedumbre y dos goles afortunados. Pero se ganó. Setenta minutos de emoción y de derrota y quince de júbilo y de triunfo fué el saldo agridulce de una tarde para todos desafortunada. Los cracks sabían que esa tarde en San Pablo se había esfumado un prestigio y todos lloraron en el vestuario como si hubieran sido derrotados. El episodio no sólo nos conmovió sino que nos dió renovadas esperanzas. Jugadores que aceptaban el mal momento y tenían vergüenza por una actuación opaca podían muy bien conquistar otro Campeonato del Mundo.

Gracias a Suecia rectificamos planes y aprendimos en sólo noventa minutos la dura lección de la que surgiría espléndida y aureoleada de glorias la partida final.

*

Desde el mismo momento en que se movió la pelota en Maracaná, frente a los brasileños, adivinamos el triunfo. Este cuadro uruguayo nuestro era otro. Entró a la cancha con rabia, fuerte y dispuesto a todo. El coraje había templado los corazones de los viejos y jóvenes jugadores y ellos no tenían esa tarde nada más que una consigna: el triunfo. Brasil que había empezado mal siguiendo por la ruta equivocada de sus primeros matches de entrenamiento había epatado frente a España y Suecia, vapuleándolos con facilidad, a esos mismos elencos que le habían dado un sofocón a los nuestros. Brasil estaba jugando según los críticos como jamás nadie lo había hecho en ninguna cancha del mundo y en todos los tiempos.

Pero ¿y la tradición uruguaya? ¿Y los Campeonatos Olímpicos? ¿Y nuestra garra tradicional? ¿Y nuestro corazón magnífico? ¿Y la clase y la técnica? ¿Y la historia misma, no nos decían que teníamos por lo menos tantos títulos como el que más? Y tres Campeonatos Mundiales y una tradición que imponía respeto. Ya nos lo habían dicho aquí todos los "jornalistas" amigos: "Que el título quede en Sud América. Que lo logre Brasil o Uruguay. Pero que en la final Brasil juegue contra cualquiera menos con Uruguay".

Pese a todo se creía ciegamente en el triunfo del scracht blanco. En verdad la lógica estaba con ellos. Y aumentaba la chance por medio de un clima artificial que salió de los diarios y se extendió a toda la "torcida". Los brasileños eran invencibles en el momento de disputar el cetro maximo. Uruguay, respetado, no calzaba en el momento los puntos del seleccionado brasileño. Era razonable todo esto. Nosotros no perdimos la fe. Creíamos mucho más de lo que escribíamos, pero al lector no se le puede hablar "con el corazón" sino presentarle las cifras frías de los acontecimientos. Creíamos en el triunfo si Uruguay jugaba como "sabía jugar". Como aún no había jugado, mientras el rival grande y entonado tenía ya todas las cartas de triunfo. La ciudad se aprestaba a festejar el título con una serie de programas populares. Sería Adhemir quien izaría en el mástil de honor la bandera brasileña. Tres días de fiestas viviría todo el Brasil. Los premios ya asignados eran astronómicos y las doscientas mil personas que concurrieron desde temprana hora a Maracaná esperaron eufóricas la consagración final. No sabían, como sabíamos nosotros que desde el fondo de la historia alargábamos una tradición de glorias, inigualada e inigualable. Que siempre que habíamos concurrido a un Campeonato Mundial lo habíamos hecho nuestro. Que nos acompañaba la sombra olímpica y por las venas de nuestros muchachos corría pujante la misma sangre de los olímpicos. París había sido el arranque de una seguidilla de triunfos memorables y Montevideo había asistido al último triunfo apoteósico. Habían corrido veinte largos años de pausas olímpicas. Habíamos estado alejados de las justas de París y de Roma, de Berlín y de Londres y volvíamos ahora después de tanto tiempo, para defender el título de 1930

*

En Maracaná se vivió la misma hora triunfal de Colombes, de Amsterdam y de Montevideo. Permítanos el lector que sin faltarle el respeto a las glorias del pasado, únicas y magníficas, digamos que lo de Río ha sido, por muchos motivos, superior a todas las demás victorias. Estos muchachos nuestros no tenían la calidad y la estampa de los viejos maestros. En Montevideo estábamos en nuestra propia casa. Amsterdam vivió la batalla épica contra los argentinos pero aquí habían quedado atrás los maestros ingleses y los campeones italianos y los olímpicos. París fué lo mejor porque fué lo primero, pero lo de París resultó relativamente fácil para las estrellas del pasado, frente a equipos que no conocían tanto fútbol y fundamentalmente no conocían tampoco el novísimo juego de los campeones celestes.

Esto de Río ha sido, pues, una hazaña por lo menos tan grande como todas las hazañas que ya entraron en la historia del fútbol. Fué también lograda después de duro trajín. Brasil martilló sin pausas durante cuarenta minutos sin hacernos retroceder un ápice. Máspoli, Gonzáles y Tejera reeditaban la faena triunfal de Mazzali, Nassazzi y Arispe. Obdulio brillaba al compás de Vidal; Andrade nos mostraba mucho de la clase depurada de José Leandro; Gambetta era el coraje en acción al molde de Lorenzo. Ghiggia fué para nosotros una rara y notable amalgama de Urdinarán y Dorado. Pérez el hombre sin pulimento pero maestro en la estrategia que fué adelante y pulverizó a Danilo. Scarone, único, tuvo una réplica en el pequeño insider grande hasta el sacrificio. Miguez sin los cañonazos de Petrone y menos impetuoso que

Foto, tomada por Horacio Canto exclusivamente para MUNDO URUGUAYO en Los Aromos, en vísperas de la partida del cuadro campeón hacia el Brasil.

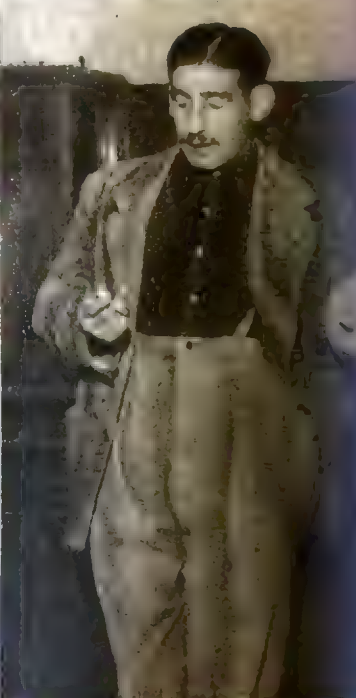
La firma Juan Pastorino y Cía. — "Cafés y Tes El Chaná" — ofrenda, a la cálida afición deportiva uruguaya, el conjunto vencedor posando con la bandera de la Patria. El feliz presentimiento de nuestra revista, y la comprensión de una firma comercial, permiten este regalo. Cuando adquiera nuestro próximo número, reclame el cuadro que viene con él.

Castro, cumplió con su deber y honró la gloriosa casaca. Schiaffino, el Cea de nuestra época, tuvo chispazos geniales y resultó todavía "el empatador" para alargar una tradición que parece de leyenda. Morán puso el corazón juvenil en la brava pelea. ¿Qué más para un muchacho de veinte años que no había recibido aún su consagración en Montevideo y ya era campeón del Mundo? Los once muchachos uruguayos dieron también una lección acabada de estrategia y de coraje. Como los antiguos gladiadores nuestros, aquellos del 24, del 28 y del 30. En el momento supremo supieron colocarse junto al prestigio de las glorias del pasado y darnos un nuevo título, tan preciado, tan grande, tan glorioso como todos los títulos que hemos alcanzado en la más rica historia que guardan los archivos del fútbol del mundo.

Cuando Reader ordenó que cesaran las acciones, lloramos todos los uruguayos que tuvimos el infinito placer de vivir la histórica jornada. Mientras la emoción nos apretaba el corazón, más abajo, en el vestuario, los fuertes atletas también lloraban. Y el grito de ¡URUGUAY! ¡URUGUAY! ronco y emocionado, fué en Maracaná una clarinada de victoria frente al aplauso sincero y dramático de los doscientos mil asistentes que reverenciaron la nueva hazaña triunfal.



Wáshington Ortuño. **Alberto Rijo.**



Schubert Gambetta.

NOTAS DE ACTUALIDAD



En la Asociación Cristiana de Jóvenes acaba de inaugurarse la Exposición de cuadros del pintor Hermann Meissner, tan prestigiosamente conocido en el ambiente plástico. Se compone de óleos y acuarelas en los que el artista afirma sus relevantes cualidades para el paisaje. Numeroso público ha desfilado por la Exposición que se clausurará el 4 de Agosto



El señor José Gonzáles Blanco, socio de la firma "Publicidad, Capurro y Cía." en la Sección Pintura, acaba de retirarse de las actividades después de largos años de valiosa labor, coronada por un constante y progresivo éxito. Y los directores de aquella empresa, y compañeros y empleados de la firma, ofrecieron con tal motivo, una cordialísima demostración, consistente en un almuerzo, a quien, con tantos merecimientos y obra tan eficaz se acoge a un merecido descanso en su profesión



Con motivo de su enlace, el señor Oscar Abin, estimado integrante de la Sección Dibujo de "Publicidad Capurro y Cía.", fué objeto de una demostración por parte de sus compañeros, en la que se hicieron los más sinceros votos por la felicidad de la futura pareja





Saludando desde las bañaderas que los condujeron por la pista hasta el Palco de los Socios, donde les aguardaban los dirigentes del Jockey Club, los flamantes Campeones Mundiales de Foot-ball reciben una cerrada ovación de la multitud que el sábado último colmaba las instalaciones de Maroñas.

Mientras el Dr. Constante R. Turturiello les dirige la palabra en un expresivo discurso, con el cual culminó el homenaje del Jockey Club a los "héroes" de Maracaná, Juancito López, Obdulio Varela y los demás campeones mundiales, aparecen escuchando atentamente, rodeados por el Presidente del Jockey Club Dr. Guzmán Vargas, y los dirigentes señor Enrique Lussich Márquez, Dr. José Martinelli Gómez y Víctor Paullier hijo. Poco después fué servido en el recinto del Comisariato de Maroñas, un abundante "lunch".

Constituyó una nota de singular animación en Maroñas, la presencia de los Campeones Mundiales de Fútbol

Escribe DONCASTER

Si se le ha llamado al del turf, el "Deporte de los Reyes", nada de extraño tiene que en Maroñas, templo de nuestro turf, se haya rendido homenaje a esos auténticos "reyes" del foot-ball mundial que son los recientes vencedores estupendos del sensacional torneo de Maracaná.

El sábado concurrieron los flamantes campeones al histórico circo de Ituzaingó, donde se les tributó la más calurosa y cariñosa recepción. Una sostenida salva de aplausos acompañó el paso de los "héroes" por la pista frente a las tribunas en sendas "bañaderas", al frente de las cuales la banda de la Escuela Militar iba "abriendo el camino", a los acordes del himno "Uruguayos Campeones".

Así llegaron al palco de los socios, donde les brindó cordial acogido el Dr. Guzmán Vargas, Presidente del Jockey Club, en compañía de otros dirigentes de la institución.

En la Tribuna Oficial, acosados por admiradores de ambos sexos que les solicitaban autógrafos y les formulaban las más variadas preguntas, los bravos muchachos presenciaron la disputa del clásico que se les dedicaba y que se resolvió con el fácil triunfo de Cocoa, para trasladarse después al recinto del Comisariato, donde hicieron los honores a un abundante "lunch", recibiendo relojes y medallas artísticas conmemorativos de su extraordinaria proeza, con los cuales les obsequió el Jockey Club.

Luego, cada campeón por su cuenta se lanzó a la búsqueda de los ganadores de las siguientes pruebas, pero dicen las malas lenguas que en ese menester no mostraron la misma habilidad y acierto que manejando la ball.

Ellos arguyeron, sin embargo, que la culpa fué de los "entendidos", por los cuales tuvieron la mala ocurrencia de hacerse aconsejar, y que después se defendían echando mano de la tan zarandeada "gloriosa incertidumbre del turf".

De todos modos, cualquiera que haya sido el acierto o desacierto "turfístico" de los Campeones Mundiales de Foot-ball, lo cierto es que su presencia en Maroñas dió lugar a una fiesta de alegría y animación, verdadero "regalo" para la afición de Ituzaingó que tan fervorosamente adicta se mostrara el domingo anterior al conocerse el "milagro" que consagró una vez más la insuperable calidad oriental en el gigantesco stadium de Maracaná, digno "monumento" para perpetuar la grandeza de once corazones que el 16 de julio memorable no fueron más que un solo e inmenso corazón: ¡el corazón sin par del Uruguay!...



El doctor Constante R. Turturiello hace entrega al Sr. Américo Gil, medallas y relojes donados por el Jockey Club a los flamantes campeones. Puede verse también en el presente grabado al Secretario general de nuestra máxima institución turfística, Sr. Víctor Paullier hijo, el Dr. José Martinelli Gómez, presidente de la Comisión de Carreras; Obdulio Varela, capitán del glorioso "once" celeste, y Juancito López, entrenador de los invencibles.

LA LINTERNA SORDA Por DOPEY

Volvimos a los tiempos de la diligencia: los muchachos nos dieron una CUARTA...

*

Ghiggia le aplicó a Bigote la nueva tarifa...

*

Era lo lógico: la TAZA tenía que venir a la tacita...

*

Como en el cuento del pajarito: había doscientas mil personas, y justo tenía que tocarles a los once del team brasileño...

*

El tiro de Miguez que pegó en el palo, fué el anticipo de la carambola.

*

Lo han dejado mal a don Carlos Maeso. Porque nuestro poeta arqueólogo afirmaba que los charrúas no eran antropófagos, pero se comieron a once...

*

La fiesta empezó con cohetes. Terminó con una bomba...

*

Cuando Schiaffino hizo el tanto del empate, dijeron los brasileños: "Esta *media vuelta* la vamos a tener que pagar nosotros..."

*

Máspoli hizo varias palomas buchonas..

*

El ómnibus que conducía a los campeones tuvo envidia de Ghiggia, y nadie pudo alcanzarlo...

*

Decía un cobrador: "¡Qué mundo ideal sería éste, si todos *supieran cumplir* como los muchachos...!"

*

Cuando entraron los campeones al Estadio, el público comentó: "¡Cómo no íbamos a ganarles a los brasileños, si éramos como mil...!"

*

Cuando Friazza se le escapó y marcó el gol, Rodríguez Andrade le dijo: "Bueno, conformate con lo que hiciste. Pero lo que es ahora no me salís por toda la tarde..."

*

Esos señores que se han ofrecido para acompañar, a caballo, a los jugadores que irán a pie hasta Florida para cumplir una promesa hecha a San Cono, son los mismos que, en pleno desierto, le muestran a uno la fotografía de un río...

*

Ir a cuatro Campeonatos Mundiales y ganar los cuatro, quiere decir que al fútbol uruguayo le interesan los clásicos y no los premios remate...

*

No nos extraña que el pueblo brasileño se haya comportado con ejemplar corrección. Y eso que debe haber quedado con los MORROS hinchados...

*

Cuando Flavio Costa dijo que los uruguayos eran coleccionistas de títulos, no debe haberse imaginado que jugaba con fuego...

*

El grito de "¡Goool!" de los relatores radiofónicos, nos pareció un coro de ángeles...

*

A muchos estudiantes les ha ocurrido: las notas no son buenas, pero llega el examen final y se aseguran el título...

*

Los campeones que viajaban en el primer ómnibus, tuvieron una gran satisfacción cuando se enteraron por los diarios que el público, al pasar por 18 de Julio, les había arrojado flores, papelitos y serpentinas.

*

Si perdíamos, éramos uruguayos. Como ganamos, somos rioplatenses...

*

Los muchachos tuvieron que despacharse la COPA para poder hacer el CUATRO.

*

Lo del ómnibus que pasó como una exhalación, ha sido explicado: parece que lo manejaba un chauffeur del Cuerpo de Bomberos, que creyó que en el Estadio había un incendio...

*

Pesadilla: Los dirigentes de la Asociación Uruguaya aceptaron una invitación para que los campeones jueguen con un combinado argentino...

*

Decían que, con los suecos, los gauchos habían jugado con zuecos. Pero llegó la final y se pusieron las botas...

*

Esa declaración de algunos integrantes de la delegación española, justificando el éxito uruguayo en razón de que tanto los españoles como los brasileños estaban cansados, permite sospechar que Juancito López se avivó de una manera cinematográfica, y primero hizo jugar a los "dobles"...

*

Nadie podrá decir que Tejera jugó bien gracias a que sacó fuerzas de flaqueza...

*

Matías González se encargó de demostrar que no todos pueden escalar el CERRO...

*

Chico le llevó a SCHUBERT la SERENATA, pero quedó INCONCLUSA...

*

Uno observa las fotos de los goles, y tiene la impresión de que Barbosa se está desperezando en la piscina...

*

Ghiggia es el Cyrano, pero se escribe los goles para él...

*

Ya habían empezado a decirle Juan Antonio. Pero llegó la final y volvió a ser el Pepe...

*

Julio Pérez no es "veinte pulmones". Es una pulmonía galopante...

*

Cuando Obdulio empató a los españoles, se revolcaba por la gramilla, y los compañeros lo buscaban como si fuera la moneda del referee...

*

Algunos cronistas argentinos aseguran que si los argentinos hubieran ido a Río, los campeones eran ellos. Lo mismo habrían dicho si no hubieran intervenido en Amsterdam y Montevideo...

*

Vamos a ver si para 1954 organizamos un desacuerdo igual al de 1950, para ponernos de acuerdo en la final...

BORRACHO DE GLORIA...

...EL FUTBOL CHARRÚA "HACE EL CUATRO", EN OTRO ALARDE DE SU CAPACIDAD DEPORTIVA!!.

¿EN QUE PAIS ESTAMOS?





¡EN EL DE LOS CAMPEONES DEL MUNDO!

Por JESS













FAY CROCKER, optimista y sonriente, termina de cumplir una sesión de entrenamiento en los links de Punta Carreta.

FAY CROCKER

va a Estados Unidos a demostrar que no sólo en fútbol somos buenos

"Si no tuviera fe en mi chance, no haría el viaje" — nos dijo la extraordinaria campeona

por ROMULO FERREIRA GORO

Fotos de CANTO

ACABA de partir para Estados Unidos de América, por vía aérea, la extraordinaria campeona de golf Fay Crocker.

Hablar sobre la estirpe deportiva de nuestra compatriota, nos parece redundante, como asimismo hacer referencias a sus notables performances, en las cuales se ha adjudicado por doce veces consecutivas el Campeonato Femenino Argentino de Golf y en otras tres oportunidades se clasificó vice-campeona.

A lo largo de su carrera deportiva, Fay, junto a los trofeos y copas, que llenan dos amplias vitrinas, ha conquistado a su pueblo, el que sigue con toda simpatía las hazañas por ella cumplidas. Y así como en doce ocasiones los uruguayos han esperado confiados su regreso victorioso, hoy, a las esperanzas de esta muchacha que, con una amplia sonrisa y sin titubeos nos dice "si no estuviera segura de que tengo una buena chance, no haría el viaje", se suman las esperanzas de todo un pueblo, que confiado la espera, seguro de que regresará una vez más con la victoria y una victoria extraordinaria, pues ya no se medirá frente a los valores sudamericanos, sino a los valores mundiales.

Comienza diciéndonos Fay Crocker, cuando le comunicamos nuestra intención de reportearla:

—Espero estar el domingo en Nueva York. Tengo necesidad de llegar rápidamente, pues son muchas las cosas que quiero hacer antes de iniciar el Campeonato. Mis parientes que viven en Estados Unidos, ya me han proporcionado algunos datos sobre el Certamen. En primer término quiero conocer la cancha del Essex Country Club de West Orange, en Nueva Jersey, que es donde me tocará disputar algunos encuentros para lograr la clasificación seccional. Estas clasificaciones seccionales se cumplirán entre el 24 y 25 de agosto próximo.

—¿. . .?

—Estoy casi segura de que seré la única mujer sudamericana que se presentará, pues para lograr clasificarse en las eliminatorias seccionales hay que jugar muy bien al golf. El Campeonato Femenino de los Estados Unidos, se disputa en dos tandas. La primera es lo que se llama la clasificación seccional, etapa que se cumplirá en las fechas ya indicadas. Luego se juega el Campeonato propiamente dicho, el que se realizará entre el 11 y 16 de setiembre en Atlanta — Georgia.

—En Nueva Jersey, pienso ganar. Vamos a ver... Eso es lo que deseo...

—Yo no olvido, con todo, que el golf es un juego bastante desagradecido. Uno se



Los caddies y aficionados despiden con el saludo simbólico a Fay, el día en que fué homenajeada en el Golf Club.

La Campeona Sudamericana de Golf, abrazada a su sobrinita, formula sus esperanzadas declaraciones al cronista de MUNDO URUGUAYO.



Don Federico Crocker, padre de Fay y extraordinario golfman, quien acompaña a su hija en su viaje a Estados Unidos, fué el primer deportista de esta especialidad que vistió la casaca celeste, defendiendo los prestigios del golf uruguayo.



prepara y se prepara durante meses. Ajusta su actuación cuidando hasta los últimos detalles. En los entrenamientos se cumplen performancés a veces extraordinarias, y cuando llega la competencia las cosas empiezan a rodar mal. Cuando esto ocurre hay que hacerse fuerte para que las cosas vayan lo menos mal posible, pues cualquier flaqueza puede llevarnos a un desastre.

—Pero tampoco olvido, y esto es lo que me hace tener mucha fe, que el golf ha sido muy bueno conmigo, un gran compañero de toda mi vida. Y me siento agradecida a este juego, que a veces suele ser tan inconstante hasta con los más constantes de sus cultores.

Luego de decirnos esto con cierta melancolía, Fay se recobra y nos dice con todo optimismo:

—En mi rueda seccional pienso ganar de punta a punta. Esto no debería decirlo así, pero lo que nunca se pierde es la esperanza. El signo mágico de la esperanza es lo que ha animado toda mi vida deportiva. Es lo que no pierdo, lo que no quiero perder, ni en el último momento, cuando la chance parece volcarse en contra, y siempre he tenido un premio por esta esperanza, por no dejar flaquear mi corazón.

—¿. . .?

—En setiembre, el problema será más serio. En

(Continúa en la página 46)



FAY CROCKER, en correctísima posición, da el golpe inicial, en uno de sus entrenamientos. Nuestra campeona se ha preparado intensamente y pasa por uno de los momentos más brillantes de su carrera deportiva.

Estados Unidos se juega en forma extraordinaria al golf y es uno de los deportes favoritos de la afición norteamericana. A esto hay que agregar que el Campeonato Femenino de Golf de los Estados Unidos es abierto y en consecuencia constituye un verdadero Campeonato Mundial. Seguramente se presentarán las mejores jugadoras de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia.

—No tengo idea de quiénes serán mis más serias rivales. Las más conocidas no se presentarán en esta oportunidad, pues se han convertido al profesionalismo. Creo que en la actualidad la campeona amateur es la Lensick, norteamericana de ascendencia polaca y que constituye un extraordirio valor del golf mundial.

—¿...?

—Francamente, no he pensado en convertirme en profesional. Creo que primero tendré que llegar a lo más alto como amateur.

—¿...?

—Si llegara a conquistar el Campeonato, entonces tendría que ponerme a pensar muy seriamente en ese problema. Es uno de esos problemas que, como dice el adagio popular, hay que consultarlos con la almohada.

Habría que estudiar mucho el medio y las futuras posibilidades. En Estados Unidos, es diferente. Se juega enormemente al golf. Allá si uno da un buen golpe, es posible que se vea obligado a ir a buscar la pelota a un campo de golf vecino. En Montevideo tenemos una sola cancha de golf, aunque en honor a la verdad puedo decirles que hay que recorrer mucho mundo, pero mucho, para encontrar una cancha que supere a la nuestra. En este sentido cabe manifestar que sería una verdadera pena que la perdiéramos, por cualquier circunstancia. Nuestra cancha tiene un valor extraordinario por sí misma, para el futuro de nuestro deporte y como atracción turística. Puedo afirmar sin miedo a yerro, que un turista norteamericano no viaja hacia un país, en el cual no pueda jugar al golf.

—Y volviendo a nuestro tema... Las posibilidades de los profesionales en la gran República del Norte, son enormes. Mensualmente hay uno o más campeonatos, con premios de tres, cuatro y cinco mil dólares.

—En nuestro medio y como posibilidad inmediata, en el caso de optar por el profesionalismo, sería la de dedicarme a la enseñanza del golf, el que está tomando mayor incremento, en Montevideo y Punta del Este... Pero todo esto es puramente problemático. Para mí, la meta es llegar a las más altas clasificaciones en el golf amateur, por el momento.

—Por otra parte, los campeonatos mundiales son abiertos y así tenemos un Baby Jones que simultáneamente es campeón diales son abiertos y así tenemos un Baby cosas a tener en cuenta es que el amateur siempre está a tiempo de convertirse en profesional, pero una vez que se es profesional, no se puede volver atrás.

—¿...?

—Para terminar, quiero expresarles a los lectores de MUNDO URUGUAYO, que voy al campeonato con todo optimismo y pienso ganar, tengo que justificar tan largo viaje. Pero es preferible que deje mis impresiones para la vuelta.

—No quiero dejar de decir, que la conquista del Campeonato Mundial de Fútbol me sorprendió en Buenos Aires. La impresión recibida fué tremenda. Yo y mis compañeros saltábamos en las calles de la capital porteña, en medio de un público que, naturalmente, no tenía las mismas razones para estar tan alegre como nosotros y nos observaba hasta con cierta sorpresa. En cuanto a la eclosión popular de nuestro pueblo, ante esa extraordinaria proeza deportiva, es algo que no olvidaré jamás.

Me alegra pensar que tanto en Nueva Jersey como en Georgia, podré lucir los colores celestes, ya que los caddies me han regalado una blusa de ese color.

Espero que, como a los bravos campeones de Colombes, Amsterdam, Montevideo y Río, me ayude a vencer.

REMEMBRANZAS DEL FUTBOL DE MI PUEBLO

(Continuación de la página 30)

ria escrita a lanza sobre el propio cuerpo, con ese elocuente y áspero lenguaje de los costurones y de las cicatrices.

Como jamás faltaba a un match de fútbol, cosa que a mí me parecía inexplicable, resolví cierta tarde interrogarle al respecto. Y él, mirándome con sus ojillos chispeantes de entusiasmo — porque el partido era de los de meta y ponga — respondió:

—¡Pero y cómo no viá venir, m'hijo, si esto es lo más parecido a la guerra que yo he visto dende que me conosco por gente!

EL PRESIDENTE DEL CLUB

Entre varios muchachos del pueblo habíamos fundado un cuadro nuevo, cuya Comisión Directiva estaba integrada por hombres de trabajo: un repartidor de pan, un carnicero, el Guarda-Hilos del Telégrafo Nacional, un zapatero y un sastre.

Una vez instalados y equipados — luego de las peripecias económicas de rigor— resolvimos debutar jugando contra un club de Treinta y Tres. Y después del partido, invitamos a la delegación visitante a recorrer el pueblo. Como era un día de fiesta patria, se habían organizado en la plaza diversiones populares: carreras de embolsados, piñatas, palo enjabonado, etc.

Al acercarnos allí, notamos que los treintaitresinos cambiaban entre sí miradas y sonrisas maliciosas. Indagando la causa de semejante actitud, dirigimos la vista al centro de la plaza. Y cuáles no serían nuestro asombro y turbación al advertir que en lo alto del palo enjabonado, y entre una ruidosa bulla de chiquilines, iba ya casi alcanzando la monedita del premio... ¡nada menos que el propio Presidente de nuestro flamante club!

CON EL PROXIMO NUMERO DE "MUNDO URUGUAYO" RECLAME AL VENDEDOR LA LAMINA EN COLOR CON LOS INTEGRANTES DE LA DELEGACION URUGUAYA QUE [illegible] CAMPEONATO MUNDIAL DE FOOT[illegible]



Pero Rosita, ¿otra vez en "aprietos"?
La verdad es que a quien pagó sus buenos pesos por un guardapolvo, no le debe hacer mucha gracia aparecer "encogida" dentro de una prenda que se achicó al lavarla. Pero, también es verdad que eso puede evitarse muy fácilmente: ¡hay que usar prendas de "Sanforizado" que no encogen con el lavado! ¡No ande en "aprietos", como Rosita! Recuerde que ropa encogida es ropa perdida. Exija siempre Tejidos "Sanforizado".
Los tejidos "Sanforizado" han sido sometidos a un proceso que evita el encogimiento, y cuya exclusividad tiene en el Uruguay la S. A. Fábrica Uruguaya de Alpargatas.
TEJIDOS
SANFORIZADO
no encoge
PRODUCTO DE
"ALPARGATAS"
Ver para creer!
Antes de comprar busque en el reverso de la tela la marca
SANFORIZADO
no encoge
Hay un Tejido "Sanforizado" para cada uso.
BRIN para ropa de trabajo. - CASINETA para bombachas de campo y pantalones. - DRIL para guardapolvos y ropa de sport. - BENGALINA para túnicas, calzoncillos, etc. - FRANELA para ropa de abrigo.

Ha muerto Paulina Luisi

AHORA sí; ahora descansa Paulina. No ha arriado la bandera. La muerte, sólo, pudo obligarla a pasarla de mano.

◆

Hace diez años, en estas mismas páginas, nos animamos a decir que nos parecía que descansaba. La página nuestra no había perdido aún su característico olor de tinta, cuando ya nos cayó sobre la mesa una carta de Paulina, chillante y picadora, como una gaviota de tempestad. Protestaba. No era cierto que aflojaba la tensión de su lucha!

◆

No era, no. Se le veía y se le oía menos, pero trabajaba con ahinco, con rabia. Con desesperada seguridad de que su fuego, quizá no encontraría donde trasvasarse. Cuando hace apenas un año apareció su último libro, supimos cómo seguía en algunas brechas.

A brazos levantados, pecho saliente y voz tonante.

Era siempre la portaestandarte del abolicionismo ;era siempre la mujer que venía por las huellas de Josefina Butler, fundadora en 1875 de la Federación Abolicionista Internacional. Era la misma de las conferencias rioplatenses de 1919; la misma, del Comité de Turenne, Pérsico, Brignole y Brito Foresti; la misma, del Congreso Panamericano de Sifilografía de 1921; la misma de siempre.

◆

En "Uruguayos Contemporáneos" de Arturo Scarone, el extracto de los títulos y actividades de Paulina Luisi lleva varias páginas. (Y la edición es de 1918). Imposible transcribir ni agregar. Sólo destacamos la misión oficial que desempeñó con más gusto y amor: delegada del Uruguay — desde 1922 — a la Comisión Consultiva contra la trata de mujeres y niños, en la Sociedad de las Naciones, hasta su desaparición.

Intervino en innúmeros congresos; ocupó tribunas en casi todas las ciudades europeas: habló en el Aula de la Universidad de Cristianía, en la Sorbonne, en la Sociedad de Higiene de Roma, en la Asociación de Médicos de Coimbra, en otras de Lisboa. De Portugal se trajo aplausos, afectos, condecoraciones y un óleo del médico que debió ser su compañero.

La muerte del gentil portugués, hizo que Paulina siguiera siempre sola en su pelea tremenda. Soledad apenas atenuada por las reverencias ocasionales, como decía Santín Carlos Rossi en 1925: "Conoce la tristeza de los que viven para los demás; la tristeza de los sabios abandonados por los suyos, por atacar el Error; la tristeza de los luchadores, que ven desconocida la virtud de su Ensueño; tristeza del Dante, de Lamark, de Jesús..."

◆

Pero los filtros de la herencia, habían dado perfil y destino a su corazón. Pudo ser piadosa, y tuvo que ser valiente; pudo acariciar, y tuvo que amenazar; pudo modular endechas, y tuvo que rugir proclamas. De atrás le venía el mandato. Solía decirlo — como justificación que la enorgullecía — que no podía ser de otra manera ¡Era hija de una comunera y de un garibaldino!

◆

Fué, como se ha repetido, la primera médica uruguaya. Conviene recordar que el Consejo de Instrucción Primaria y Superior, con fecha 11 de marzo de 1908 declaraba que la Dra. Luisi "era exonerada del pago de derechos de título, como premio a las condiciones de inteligencia y carácter reveladas durante sus estudios".

Fundó todas las precursoras asociaciones de mujeres: Consejo Nacional de Mujeres, Alianza Uruguaya de Mujeres, Federación Abolicionista Internacional (secciones uruguaya y argentina); organizó la Unión de Telefonistas y el gremio de Costureras de Sastrerías. Y, en 1917, inició ante la Asamblea Constituyente, el gran movimiento a favor de los derechos políticos de la mujer. El sufragio femenino se le debe, en gran parte, a la larga y ahincada propaganda de esta mujer. Ella pedía, en momentos en que declararse feminista en este país, era decretarse el destierro social.

◆

Era precioso su feminismo. No era el de las "caudillas" — como decían aún los diarios de 1930 — que peleaban por sí y para sí. Era el suyo un feminismo sembrador y vidente. "Un feminismo que es sentido de mujer, que se inclina sobre los destinos del hombre y de la sociedad; feminismo maduro, de espléndida energía".

Así juzgaba, hace un cuarto de siglo, el bachiller J. M. Lago, representando al Centro de Estudiantes Ariel, de tan limpio nacimiento y tan levantada obra.

◆

Descansa, Paulina Luisi. Mucho de lo que deseaste, está conseguido. Lo demás, se irá consiguiendo. Casi ya, sin pelas desmelenándose.

◆

Y vaya una anécdota, para cerrar nuestra nota. En un acto público, que no importa ahora destacar, Paulina Luisi hacía una de sus últimas apariciones. Muy enferma, ya. Pero con su brío desplazante y sonoro de siempre. Dos o tres estudiantes, muy chiquilinas, seguían un poco burlonamente la inquietud de la médica batalladora. Finalmente, dijo una: "¿Quién será esa vieja tan movediza? ¡Cómo habrá sido de joven!"

◆

Nos dimos vuelta. —"Sí, mocosita; porque ella se movió tanto, tú estás aquí tan sencilla y cómodamente, con tus libros y tu posibilidad de ser alguien"...

◆

No nos entendió, desde luego. Pero se lo teníamos que decir. Como tenemos que decir que reverenciamos las manos, ya quietas eternamente, que se quemaron sacándonos las castañas, a todas las mujeres del Uruguay.

E. D.

Una serena belleza,

así podría definirse a María Helena Frías Ocampo. Y su cutis de magnolia, suave y fresco, es como un trasunto de su fina personalidad. (Ella, naturalmente, usa Cremas Pond's).

"Doy a la limpieza del cutis toda la importancia que tiene"...

dice María Helena Frías Ocampo

de la sociedad argentina



Muy femenina y habilidosa, María Helena realiza bordados ¡primorosos!

Ella sabe por propia experiencia, que el *cutis* revela a los ojos que la miran, todo su personal encanto...

Su cutis tiene una adorable reserva de juventud...

¡Hágala lucir cada día! Comience hoy mismo este sencillo y efectivo tratamiento Pond's.

Tratamiento Facial Pond's de LIMPIEZA y FRESCURA!

Limpieza: Aplique Crema Pond's "C" sobre la cara y el cuello, trazando suaves círculos con la yema de los dedos hacia afuera. Sus especiales ingredientes ablandan el maquillaje, remueven las impurezas y disuelven la grasitud acumulada en los poros. Quítela luego con una toallita absorbente. Su cutis quedará inmaculadamente limpio y bien lubricado.

Frescura: Refresque su cara con abundante agua fría. Su cutis así estimulado, cobrará nueva vida y su cara lucirá una nueva y radiante juventud.

Y como María Helena Frías Ocampo, Ud. exclamará encantada:

"¡Qué maravillosa diferencia hacen en el cutis las Cremas Pond's!"

Recuerde que hay otras 2 Cremas Pond's.
Crema Pond's "V" *¡Suavísima! Ideal para base de polvos.*
Crema Pond's "S" *Protección especial para cutis seco.*

La nueva línea



MATERIALES. — Lana de 3 hebras en las cantidades y colores siguientes: 9 madejas de color beige; 2 madejas de color marrón, y 1 madeja de color verde; dos juegos de 4 agujas de dos puntas, de 2 ½ y 3 ½ mm. de diámetro.

MEDIDAS. — Contorno del busto, 88 cms.; largo de la prenda, 53 cms.

◆

DELANTERO y ESPALDA son iguales. Con las agujas finas y con color beige poner 98 mallas. Tejer 12 cms. en punto elástico doble. Al final de la última hilera aumentar 1 malla. Continuar con las agujas gruesas y en punto jersey. Aumentar 1 malla a cada lado de cada 6ª hilera hasta tener 119 mallas. A 35 ½ cms. de la base formar las bocamangas. Cerrar 6 mallas a cada lado, luego disminuir 5 veces 1 malla a cada lado de cada hilera y 3 veces 1 malla a cada lado de cada 2ª hilera. Tejer 1 hilera al revés, en el revés de la labor, sobre las 91 mallas.

Aquí empezar los dibujos.

Primera hilera: con lana verde tejer 1 malla; (x) 9 beige; 1 verde. Repetir desde (x).

2ª hilera: tejer al revés, 1 beige; (x) 1 verde; 7 beige; 1 verde; 1 beige. Repetir desde (x).

3ª hilera: como la primera.

4ª hilera: 2 beige; (x) 2 tabaco; 3 beige. Repetir desde (x) y terminar la última repetición con 2 beige.

5ª y 6ª hileras: 1 beige, (x) 4 tabaco; 1 beige. Repetir desde (x).

7ª hilera: 1 beige; (x) 3 tabaco; 3 beige; 3 tabaco; 1 beige. Repetir desde (x).

8ª hilera: 1 beige; (x) 2 tabaco; 2 beige; 1 verde; 2 beige; 2 tabaco; 1 beige. Repetir desde (x).

9ª hilera: 1 beige; (x) 1 tabaco; 2 beige; 3 verde; 2 beige; 1 tabaco; 1 beige. Repetir desde (x).

10ª hilera: 2 beige; (x) 1 tabaco; 2 beige; 1 verde; 2 beige; 1 tabaco; 3 beige. Repetir desde (x) y terminar la última repetición con 2 beige.

11ª hilera: como la 7ª.

12ª hilera: tejer al revés con color tabaco. Dejar las mallas en espera.

Hacer la otra pieza igual.

MANGAS. — Con las agujas finas y con lana color beige montar 62 mallas y tejer 8 cms. en punto elástico doble. Aumentar 1 malla al fin de la última hilera. Continuar con las agujas gruesas y en punto jersey. Aumentar 1 malla a cada lado de cada 6ª hilera hasta tener 95 mallas. Seguir en línea recta. A 45 cms. de la base cerra 3 mallas a cada lado. Disminuir 7 veces malla a cada lado de cada hilera y 2 vece 1 malla a cada lado de cada 2ª hilera. Tejer 1 hilera al revés en el revés de la labor, sobre las 71 mallas restantes.

Luego tejer las 12 hileras del dibujo. Dejar las mallas en espera.

Hacer la otra manga según las explicaciones anteriores.

Planchar bien las piezas, excepto los elásticos de la base.

CANESÚ. — En el derecho de la labo y, sobre 3 agujas gruesas, distribuir las mallas como sigue: sobre la primera aguja colocar las mangas de una manga y un mitad del delantero. Sobre la segunda aguja, la otra mitad del delantero y la otra manga. En la 3ª aguja se pondrán las mallas de la espalda (324 mallas en total). Con lana color tabaco y, empezando por las mallas de la primera aguja, tejer a la redonda y siempre al derecho.

Primera carrera: (x) 10 derecho, 2 juntas derecho. Repetir desde (x).

Tejer 3 carreras más en línea recta.

5ª carrera: (x) 9 derecho, 2 juntas derecho. Repetir desde (x).

Tejer 3 carreras.

9ª carrera: (x) 8 derecho, 2 juntas derecho. Repetir desde (x).

Tejer 3 carreras más.

13ª carrera: (x) 7 derecho, 2 juntas derecho. Repetir desde (x).

Tejer una carrera.

15ª carrera: (x) 6 derecho, 2 juntas derecho. Repetir desde (x).

Tejer una carrera.

17ª carrera: (x) 5 derecho, 2 juntas derecho. Repetir desde (x).

Tejer una carrera.

19ª carrera: (x) 4 derecho, 2 juntas derecho. Repetir desde (x).

Tejer una carrera.

21ª carrera: (x) 3 derecho, 2 juntas derecho. Repetir desde (x).

Tejer una carrera sobre las 108 mallas.

Continuar con las agujas finas y tejer 2 hileras en punto elástico doble. Luego tejer con las agujas gruesas y en punto elástico doble, hasta tener un total de 11 cms. tejidos en este punto. Cerrar las mallas elásticos, muy flojamente.

Hacer las costuras.

Junto a la ventana

por MARIANNE

LOS NIÑOS EN EL CAMPO —

MUCHAS veces, en soleadas tardes de sábados y domingos, me he fijado con gusto y atención en los niños y muchachos que jugaban en los retazos de césped que se advierten sobre todo a lo largo del primer tramo de la rambla y en la desembocadura de barrios céntricos y populosos, como hechos a propósito para la práctica del deporte. Y efectivamente, se han dejado ex-profeso y son la expansión buscada por decenas de muchachos que se agrupan para esos fines.

No ha faltado quien ha dicho y siga diciendo ante tal espectáculo, repetido en pocas cuadras, que es excesiva la cantidad de terrenos que el Municipio dedica a esos juegos y que los muchachos bien podrían dedicarse a otra cosa que no fuera a correr detrás de una pelota igual que indios, siempre, naturalmente, aceptando que los primitivos habitantes del país se entregaran a tales esparcimientos.

Aquí podríamos aplicar aquello de "quien da con la enfermedad, debe también dar con el remedio". Y es así, puesto que esas personas de tan rígida filosofía tienen a mano ese remedio, que es una lista no muy larga, aunque indudablemente valiosa, de "lo que deben hacer" esos muchachos. No hay duda que encontramos ahí cosas dignas de atención, se nombran libros, pasatiempos y paseos instructivos, en fin, todo un conjunto de entretenimientos muy necesarios de tener en cuenta para la juventud.

Nada puede oponérsele como argumento en contra, pues todo eso está muy bien y de buen grado nuestra razón lo acepta, pero lo que en seguida viene a inculcarnos la primera duda es algo tan importante que hace menos firme lo que hasta entonces ha sido expresado con bellas palabras. Es, simplemente, que ese plan necesita de una sabia directriz y de una dedicación constante y perspicaz. Es decir, que el niño o el adolescente por sí solos no van por ese camino, y es necesario llevarlos a él, impulsarlos luego en su recorrido y vigilarlos con extremado celo en la mayoría de los casos.

¿Y es posible abocarse a tan difícil tarea cuando se trata de gran cantidad de niños con educación, mentalidad y carácter diferentes? Siempre estamos como al principio, que sólo una minoría de ellos podrían ser conducidos en esa forma y los demás... pues tendrían que dejarlos ir a dónde más les gustara y que seguramente, y en buena hora lo podamos decir, sería hasta el más cercano campito a correr tras de una pelota. Porque esas personas indignadas por el espectáculo del fútbol callejero, que tienen una lista de "lo que deben hacer" esos muchachos, tendrían que pensar en que ese ejercicio recio y violento los aparta casi siempre de "lo que no deben hacer" y que es una pavorosa resultancia de los peligros de la calle, del abandono moral y material y de innumerables factores que, aún tratándose de chicos controlados por sus mayores, se mantienen como una amenaza sobre ellos y que escapan de su influjo gracias a que van detrás de esa pelota que es un imán más poderoso que ninguno.

Dicho lo anterior, ¿hemos de arribar a tremendas conclusiones sobre nuestra cultura y nuestro porvenir? Poco podemos definir ahora porque todo está en evolución y mientras se mueve el absorbente engranaje del deporte, también se mueven diversas formas sociales que contemplan otros aspectos de la inquietud de nuestro pueblo. Sería desleal ignorarlas y poco hábil también el equipararlas, puesto que desde que el mundo es mundo, siempre la mitología del pueblo ha primado sobre la de las minorías que sostienen muchas veces intenciones interesadas. Y la del pueblo, nunca; equivocado o no con sus ídolos, es sincero siempre; ama porque sí, porque lo siente y nada más... y este amar de ahora, este regocijo deportivo que vierte en todas las bocas el aguamiel de la victoria, tendrá, como todo lo humano, algunos rasgos ensombrecidos por una malsana interpretación, pero nadie puede dudar de su espontaneidad, de su absoluta desvinculación con doctrinas y con fines dirigidos.

La sinceridad de una causa es especial motivo para engrandecerla, más si en ella va involucrada la tenencia de un título o trofeo que otros muchos codiciaron. ¿Sería necesario para contentar a los que desdoran el motivo que éste fuera de índole tan distinta que ya dejáramos de ser nosotros mismos?

Por eso, viendo el júbilo colectivo de hoy, he querido recordar y hacer presentes a esos niños y muchachos que juegan en retazos de césped sustraídos a la ciudad, para que los eternos amargados no les achaquen desde ya destinos desdichados, para que a su vista y alborozo no se piense únicamente en que molestan y pierden tiempo y para que, en fin, su causa, bien compleja, sea defendida y sus jóvenes corazones comprendidos.

"DEL ALBUM DE UNA MAESTRA"

JULITO

AUN no ha cumplido los diez años de edad, es más bien alto, de cabello muy crespo castaño claro, de ojos muy grandes, con largas pestañas, que al entornar los párpados le dan una expresión muy delicada a su rostro. Es inteligente, de familia adinerada, y sus padres se desviven por "ilustrarlo", pues además de su cuarto año escolar, aprende piano e idiomas extranjeros.

Es un precioso niño con la seriedad de un adulto. Todas las horas del día las tiene destinadas a sus ocupaciones, y en las horas de descanso dibuja para entretenerse. ¿No habrán reparado sus padres adinerados que a Julito le hace falta la alegría de la niñez?

. . . .

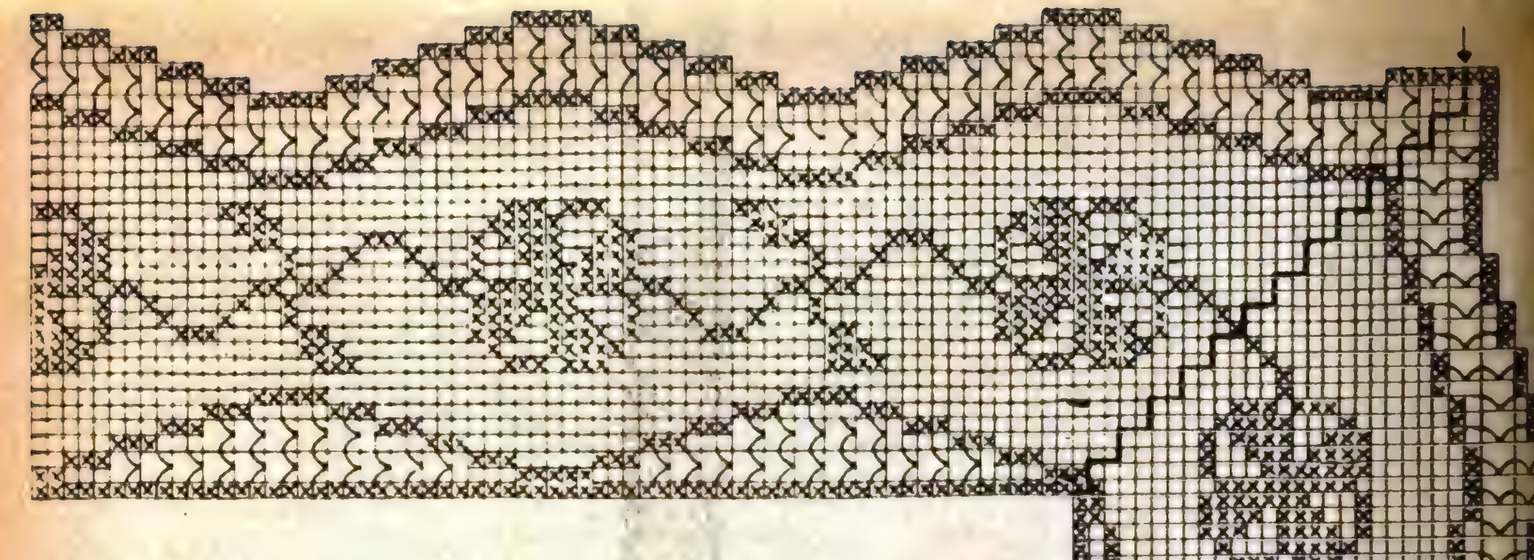
Se trata de escribir sobre: "El juego que más me agrada". Cada uno, espontáneamente, ha manifestado su gusto. Carlos prefiere el juego "a los bandidos", que se persiguen, se capturan, y después se dan a la fuga; Enrique los trompos, pues tiene uno que es muy bailarín y ha batido a todos los de sus compañeros.

A Julito le agradaría jugar al fútbol, pero sus padres no lo dejan; dicen que ese juego grosero no es de niño culto. El envidia a sus compañeros, que ve desde su ventana jugar en el campito baldío y correr detrás de la pelota hasta cansarse, y caer boca abajo en el césped hasta recuperar las fuerzas. ¡Con qué gusto cambiaría sus rompecabezas y sus hermosos jueguitos de construcción en madera por una pelota de goma, saltarina, y cómo gozaría si sus padres le permitieran patear en el jardín!

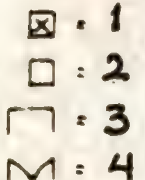
. . . .

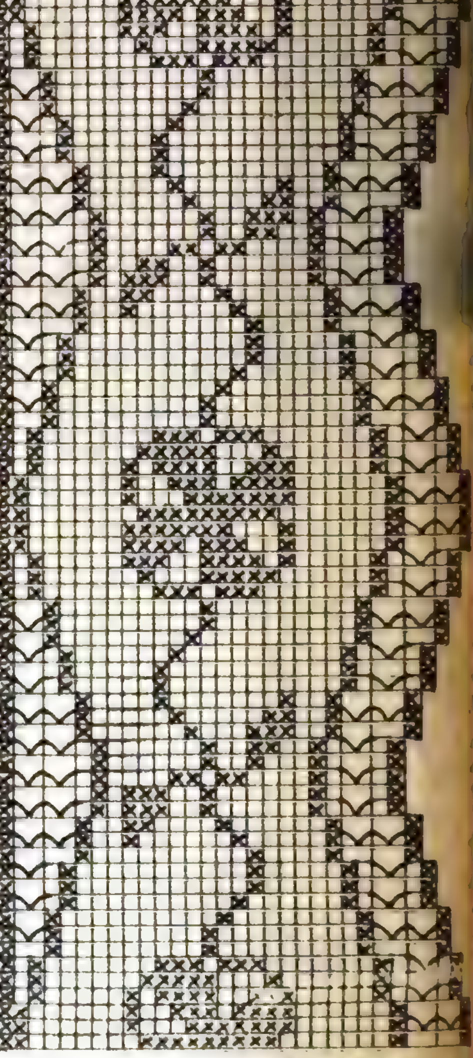
Mañana, cuando bajo la mirada vigilante de la madre, pase Julito al cuaderno, en tinta, su trabajo, tal vez comprenda ella que el juego es para la vida del niño más beneficioso que un idioma extranjero.

Angela M. PINASCO.



TE PARA DOS





SIGNOS DEL DIAGRAMA. — 1, blo-que; 2, espacio; 3, barrita; 4, lacet.

MATERIALES: 10 ovillos de hilo Mer-cer Crochet Cadena Nº 20; un trozo de tela de hilo de 70 x 70 cms.; un gancho Nº 4.

TENSION: 10 espacios y 10 hileras = 5 cms.

MEDIDA: El mantel terminado mide 110 cms. por lado.

*

Hacer 96 cadenas. — *Primera hilera:* te-jer 1 vareta en la 4ª cadena desde el gan-cho; 1 vareta en cada una de las 2 cadenas siguientes (= un bloque); (5 cadenas, sal-tar 5 cadenas, tejer 1 vareta en la cadena siguiente) 2 veces (= 2 barritas); tejer 1 vareta en cada una de las 3 cadenas si-guientes (= un bloque); (2 cadenas, saltar



2 cadenas, tejer 1 vareta en la cadena siguiente) 7 veces (= 7 espacios); tejer 1 vareta en cada una de las 27 cadenas siguientes (= 9 bloques); (2 cadenas, saltar 2 cadenas, tejer 1 vareta en la cadena siguiente) 7 veces (= 7 espacios); tejer 1 vareta en cada una de las 6 cadenas siguientes (= 2 bloques); hacer 3 cadenas, volver.

2ª hilera: tejer 1 vareta en cada una de las 6 varetas siguientes (= 2 bloques sobre 2 bloques); (2 cadenas, 1 vareta en la vareta siguiente) 6 veces (= espacios sobre espacios); tejer 2 varetas en el espacio siguiente, 1 vareta en la vareta siguiente (= bloque sobre espacio); (tejer 2 cadenas, saltar 2 varetas, tejer 1 vareta en la vareta siguiente) 3 veces (= espacios sobre bloques); hacer 7 bloques, 6 espacios; 1 bloque; (3 cadenas, saltar 2 cadenas, tejer 1 medio punto en la cadena siguiente, 3 cadenas, saltar 2 cadenas, tejer 1 vareta en la vareta siguiente) 2 veces (= 2 lacets sobre 2 barritas); tejer 1 vareta en cada una de las 3 varetas siguientes, 1 vareta en la punta de la cadena de vuelta, 3 cadenas, volver.

3ª hilera: hacer 1 bloque; (5 cadenas, saltar 1 lacet; tejer 1 vareta en la vareta siguiente) 2 veces (= barritas sobre lacets); hacer 1 bloque; 6 espacios; 4 bloques; 1 espacio; 3 bloques; 2 espacios; 1 bloque; 6 espacios; 2 bloques; 3 cadenas, volver.

4ª hilera: 1 bloque, 1 espacio; 1 bloque; 5 espacios; 1 bloque; 1 espacio; 4 bloques; 2 espacios; 3 bloques; 5 espacios; 1 bloque; 1 espacio; 1 lacet; 1 espacio; 1 bloque; 3 cadenas, volver. (1 espacio disminuído).

5ª y 6ª hileras: trabajar según el diagrama omitiendo las cadenas de vuelta en la última hilera. Volver.

7ª hilera: 1 punto corrido en cada una de las primeras 4 vueltas, 3 cadenas (= 1 bloque disminuído); trabajar según el diagrama hasta terminar la hilera. Hacer 3 cadenas, volver.

Seguir trabajando según el diagrama hasta terminar la 20ª hilera. Al final de la misma hacer 5 cadenas y volver.

21ª hilera: 1 vareta en la 4ª cadena desde el gancho; 1 vareta en la cadena siguiente; 1 vareta en la vareta siguiente (= 1 bloque aumentado); terminar la hilera. Hacer 3 cadenas, volver.

22ª y 23ª hileras: trabajar según el diagrama.

24ª hilera: trabajar según el diagrama aumentando 1 bloque al fin de la hilera. (Para aumentar 1 bloque, no tejer la última vareta de la hilera, sino hacer una lazada e introducir el gancho en la cadena de vuelta de la hilera anterior; hacer 1 lazada y terminar un punto; hacer 1 cadena, terminar la vareta (x) 1 lazada, introducir el gancho en la cadena en la base de la vareta anterior, sacar un punto, hacer 1 cadena y terminar la vareta. Repetir desde (x) 1 vez más, luego tejer 1 vareta en la cadena, en la base de la vareta anterior; hacer 3 cadenas, volver. Continuar el trabajo según el diagrama hasta el ángulo y tejer solamente hasta la línea gruesa. Al volver, hacer siempre 5 cadenas.

Dar vuelta al diagrama. La flecha indica el sentido de la primera hilera de la segunda parte.

Primera hilera: 3 cadenas, volver. Tejer 2 varetas en la terminación de la hilera. Tejer 1 vareta en el mismo lugar de la última vareta antes de vuelta; 2 cadenas; saltar la terminación de la hilera siguiente; tejer 1 vareta en la punta de la vareta siguiente; 2 cadenas, 1 punto corrido en la 3ª de las cadenas de vuelta; 1 punto corrido en cada una de las 3 cadenas siguientes, volver.

Proseguir el trabajo según el diagrama y completar los cuatro lados.

Coser en el revés del trabajo la primera y la última hilera.

❄

Sacar un hilo en los cuatro lados de la tela a 1/2 cm. de la orilla. Hacer un dobladillo angosto. Tejer 1 hilera de medios puntos introduciendo el gancho en el espacio del hilo sacado cubriendo el dobladillo. Tejer 3 medios puntos en el mismo lugar en los ángulos. Coser la orilla interior de la puntilla sobre la hilera de medios puntos.

(Continúa en la pág. 62)





EL CHAL DE MARIA DUDON

(Continuación de la página 13)

Caminaba contra la pared, llevando su paraguas oblicuamente. Después de algunos pasos su pollera estaba ya empapada y se pegaba a sus piernas. Por sus zapatos entraba el agua.

Puesto que Matilde Cassieux iba a heredar centenares de miles de francos, ¿no era justo...?

Dobló la esquina, recorrió un centenar de metros y se detuvo, batiéndole el corazón delante el umbral de tres escalones, frente de la puerta de encina. No tuvo más que empujarla y se encontró en un vasto corredor de mármol blanco. Una puerta a la izquierda se abrió. Una persona desconocida la miró como para hacerla pasar.

La capilla ardiente no estaba instalada todavía. Se habían cerrado las celosías, tapado con sábanas los muebles del salón. Cuatro cirios ardían y el muerto estaba extendido con las manos juntas, las mandíbulas atadas con una servilleta sobre una tabla descubierta por una sábana. Un joven de negro, delgado, elegante, miró a María Dudon con ojos enrojecidos, y ésta tuvo la impresión que miraba particularmente su chal. Valerosamente ella tomó la rama hundida en el agua bendita y trazó una cruz en el aire por encima del cuerpo.

Había posiblemente cinco personas en la pieza. La puerta de la pieza siguiente estaba entreabierta y cuando se volvió para ese lado se encontró que Matilde Cassieux la estaba observando.

¿Por qué no la llamaba, no le hacía algún signo? Matilde se contentaba con fijar sobre ella una mirada indescifrable y, por un momento, María se preguntó si no haría bien en irse.

El agua de su paraguas ya había hecho un charco sobre el parquet. Su plebeyo chal la cohibía tanto como el haber venido sin sombrero.

Entrar en la pieza sin ser invitada, no era para ella. La otra no hacía nada por ayudarla. Entonces salió de la cámara mortuoria y se dirigió a la cocina.

—¿Qué desea? —le preguntó una sirvienta que pelaba papas.

—Desearía decir unas palabras a Mme. Cassieux.

—No creo que la reciba en un día como hoy.

Sin embargo fué a anunciarla. La sirvienta volvió y mostrándole una silla:

—Espere...

Un ligero vapor se desprendía de su chal. En el corredor, Mme. Cassieux abrazaba a alguno llorando.

Eran las once menos cinco de la mañana cuando un timbre por encima de la cabeza de María la hizo sobresaltar. La sirvienta se levantó, sacudió su delantal lleno de cáscaras.

—Venga...

María fué introducida en el comedor. La puerta de la cámara mortuoria estaba cerrada. Mme. Cassieux, toda de negro, estaba parada en la penumbra.

—Puede retirarse, Francisca...

Y se quedó de pie sin moverse, sin decir nada. La vieja en su aturdimiento cuando el día anterior se dirigía hacia lo de Dudon estaba decidida a ofrecer hasta 50 mil francos. Al otro día se había dicho:

—¿Tal vez con 30.000... quién sabe si con 25.000?...

Ahora ella miraba fríamente a su visitante que tenía su chal cruzado sobre el pecho y que abrazaba su paraguas y su saco de provisiones.

—Usted quería hablarme.

A su pesar, María tuvo una sonrisa, la blanca sonrisa que ella daba cuando tenía necesidad de excusarse. No estaba en su lugar en este comedor sombrío donde todo le impresionaba, sobre todo una magnífica chimenea cuyo fuego echaba sobre la pieza suntuosos reflejos rojos.

—Yo he pensado...

—Siéntese...

Esto era peor, a causa del paraguas que no sabía cómo tenerlo. Ella renegó contra su marido que no la había dejado vestirse como todo el mundo y la había obligado a ponerse ese horroroso chal.

—Yo vivo justamente detrás de su casa... —dijo volviéndose hacia el jardín.

—Ya lo sé...

—En el segundo piso... Esto es muy fatigoso, sobre todo con un bebé... No tenemos agua en ese piso...

La otra se quedó de mármol. O bien no entendía o no quería entender.

—Si pudiéramos encontrar un piso bajo, o mejor una casita...

—¿Usted quiere saber si nosotros tenemos un piso bajo para alquilar? Desgraciadamente no por el momento. Si alguno se desocupara...

—Es que...

Cómo explicarle que ella no contaba con pagarle el alquiler, que...

—Mi marido quedó cesante... Estaba empleado en el Banco y usted sabe que el director está en prisión...

Acababa de encontrar la palabra sin querer. Se aferró a esa ocasión tan ardientemente que sus labios temblaban. Repitió:

—En prisión... En prisión, ¿usted comprende?... Entonces, nosotros...

¿Es que Matilde Cassieux tuvo un sobresalto?

—Ustedes están en una situación difícil. Yo comprendo... Y estoy dispuesta...

Al fin, el corazón de María pegó un salto.

—...Muy dispuesta a hacer algo por ustedes... Podría, por ejemplo, pedirle a nuestro director un puesto en el Banco para su marido...

Un silencio. María Dudon miraba la tierra tratando de tener coraje. Era por la casa que había venido. El puesto podía esperar.

—Es que...

—Le pido perdón por no poderla atender como quisiera, pero en las circunstancias penosas en que me encuentro... Si su marido quiere, puede presentarse esta tarde en la calle Teodoro-Ballant y pedir al sub-director... Tal vez tenga ocasión de volverla a ver...

Ella tocó un timbre.

—Francisca... Acompañe a la señora... ¿Cuál es su nombre? ¿Usted dice?... ¿Dudon?...

No se movió, no le tendió la mano. Pasando por el umbral de la casa María Dudon tenía el aire de una ladrona.

*

—¿Marcha bien el escritorio?

Y él sin entusiasmo:

Marcha...

—¿Qué es lo que te fastidia?

—Yo no sé por qué me miran de reojo... Tal vez sea sólo una idea... Todo el mundo es muy atento conmigo... Demasiado atento... Señor Dudon, dice el sub-director, tendría usted la extrema amabilidad de... Yo me pregunto si no se estará riendo de mí.

Y María contesta con seguridad, mirando la casa de los Cassieux:

—Ellos no se atreverían.

Ella los tiene... ¡Ella la tiene! Ella ha aceptado este puesto para su marido porque esa mañana no se encontraba a su gusto, porque no se atrevía, porque el muerto estaba allí, y sobre todo porque ella se sentía miserable en su chal, con sus zapatos viejos y su paraguas mojado. Pero no había apuro. Después del entierro habría tiempo todavía. Ella sabe que aún después de varios años, se puede exhumar un cuerpo y encontrar en él, trazas de veneno.

Cada vez que ella sube los dos pisos, piensa:

—¿Cuántas veces, todavía? ¿Veinte? ¿Treinta?... Después... el agua en la cocina y...

Pasaron tres días, cuatro. Terminaron los funerales. Por la noche, Jorge volvió agitado, nervioso, enojado.

—Yo dejo el puesto, rezongó. Ahora estoy seguro que se ríen de mí. ¿Sabes lo que he hecho en todo el día?

—No.

—Con el pretexto de que no había mucho trabajo en el escritorio, el sub-director me ha dicho, muy ceremonioso:

—Si no le molesta, Sr. Dudon, usted dará de aquí en adelante una manito al almacenero...

—Yo estoy deslomado... Me di un golpe en la rodilla... Me hice una rotura en el pantalón...

Ella mira por la ventana. ¡Ah! Es así...

—¡Espera! —le dice con decisión—. Cuida del niño por un momento...

—¿Qué vas a hacer?

Ella se viste, se pone lo mejor que tiene, su tapado nuevo, sus nuevos zapatos, su sombrero de terciopelo azul...

Durante ese tiempo, su marido, que hamaca al niño en su cuna con el extremo del pie, ha desplegado el diario.

—Yo creía que eran católicos —dijo, elevando la voz— porque su mujer estaba en la otra pieza.

—¿Qué?

—Los Cassieux...

—¿Por qué dices eso?

—Porque acabo de leer que los funerales tuvieron lugar esta mañana en la más completa intimidad y que el cuerpo fué incinerado...

Un silencio. El se asombra.

—¿Qué estás haciendo?

Se levanta, entra en la pieza.

—¿Tú te desvistes? ¿Qué es lo que tienes? ¿Qué te pasa? Hace un instante, tú...

Ella levanta hacia él una cara lívida. Una sonrisa con una amargura infinita, con una trágica ironía, estira sus labios pálidos.

—Hace un instante, sí... —suspira.

Va hacia un rincón y recoge sus viejos vestidos, sus viejos zapatos, su chal.

—Es preciso que yo descienda a buscar carbón al sótano... Pero no... Tú estás cansado... Deja...

Dos pisos, además de la escalera del sótano. Allí abajo, cerca de un montón de carbón, ella llora, de rabia, de humillación.

Con qué pasible y fría satisfacción ha debido volver, Matilde Cassieux, del cementerio, y de pie detrás de la ventana, mirar por encima de los jardincitos, la ventana del segundo piso donde...

La portera encontró a María en el corredor.

—Ya le he pedido más de cien veces que no baje a buscar carbón por la tarde. Bien sabe que se ensucia todo el corredor y la escalera... Espero no tener que repetírselo nuevamente...

—Está bien, señora...

Una humillación más, ahora...

LEININGEN JAMAS SE ENTREGA

(Continuación de la pág. 15)

y de la cual se prometía salir victorioso. Tal era el halo de confianza que lo circundaba que logró alejar de sus indígenas todo sentimiento de temor ante el peligro inminente y éstos continuaron cavando con febril actividad hasta el borde de la orilla, arrojando paletadas de tierra y de arena en medio a las huestes invasoras.

También se recurrió a las regaderas de petróleo, destinadas a combatir las pestes y los azotes de la plantación. Torrentes de petróleo empaparon al enemigo, ya desordenado por el bombardeo de la tierra y de la arena.

Pero las hormigas reaccionaron a estas vigorosas y hábiles medidas con nuevas demostraciones de su ofensiva. Ingentes cantidades de insectos procedentes de la orilla izquierda, desaparecían en las aguas. Al propio tiempo, Leiningen observó que las hormigas atacaban ahora sobre frente cada vez más amplio. Como el número de sus hombres y de sus tanques de petróleo estaba rigurosamente limitado, esta rápida extensión de la línea de batalla se convertía en una amenaza cada vez más apremiante. Para aumentar las dificultades, las paletadas de tierra arrojadas en contra de esa flotante alfombra negruzca, solían desviarse en parte hacia el lado de los defensores, y aquí y allá negras cintas móviles se veían avanzar sobre la orilla. Tan pronto como este movimiento envolvente fué observado ,las hormigas iban siendo rechazadas hacia el agua mediante paletadas de tierra o chorros de petróleo. Pero la fila de los defensores era demasiado rala para hacer frente, por todas partes, a las fuerzas atacantes, y aún cuando los peones luchaban como locos el trance se convertía, de momento en momento, en desesperadamente peligroso.

Uno de los peones dió con su azada en un macizo enemigo, no retirándola del agua con suficiente presteza; en un segundo, el mango de madera se convirtió en un enjambre de insectos que se precipitaron hacia arriba. Con una maldición, arrojó la azada a la zanja, pero demasiado tarde, pues las hormigas habían hecho presa de su cuerpo, clavándose allí donde encontraron un pedazo de carne fresca. Algunas más grandes que las restantes, tenían un aguijón que inyectaba un veneno quemante y letal. Gritando, quejándose desesperadamente, el peón giraba enloquecido.

Leiningen gritó a todo pulmón:

—¡Al petróleo, tonto, al petróleo!

Pero aún así, las terribles mandíbulas no cejaron en su empresa; otro de los peones debió ayudarlo a desprenderse de cada uno de los voraces insectos. Distraídos por este episodio, algunos de los defensores se habían apartado de la zanja. En ese breve intervalo, las hormigas, aprovechándolo, se habían dado maña para pasar adelante, aunque afortunadamente fueron pocas las que lograron atravesar la línea. Los hombres se pusieron nuevamente a la tarea con frenética desesperación, recurriendo una vez más, a las barreras de tierra y agua. Mientras tanto, un viejo indígena, que actuaba de curandero de los trabajadores, dió a beber al peón un líquido preparado por él pocas horas antes, el que, según sus propias palabras, tenía la virtud de atenuar y disolver el veneno de las hormigas.

Leiningen pasó revista a sus posiciones. Un observador desapasionado hubiera juzgado que las probabilidades de éxito eran una contra mil. Pero dicho observador hubiera juzgado meramente por lo que veía —el avance de huestes millonarias de insectos, contra los débiles esfuerzos de un puñado de defensores—, sin tomar en cuenta lo que puede originarse en la creadora mente del hombre.

El agua de la zanja comenzaba a elevarse; el flujo del río en la represa se tornaba evidente. Visiblemente aumentaban la velocidad y la potencia de las masas de agua, arrastrando en su corriente la negra materia viviente que se agitaba en su superficie. La victoria había sido arrancada de las propias fauces de la derrota. Con histéricos gritos de júbilo, los peones intensificaron febrilmente su bombardeo de arena y montones de tierra.

Y la compacta catarata allente la orilla disminuía su pujanza y densidad, como si las hormigas se hubiesen percatado de la inutilidad de alcanzar sus objetivos. Se precipitaban, ahora, en una retirada que les prometía seguridad.

Todas las fuerzas que asaltaran la zanja habían sido sacrificadas en vano. Insectos flotantes, privados de vida, se deslizaban por millares a lo largo de la corriente, en tanto que los indígenas, activos junto a la orilla, destruían a los sobrevivientes que lograban tocar tierra.

En el punto en que la zanja se curvaba hacia el este, las raleadas filas se concentraron una vez más, en una masa coherente. Pero ahora, extenuadas y agónicas, no se hallaban en condiciones de ascender por la orilla.

Las nuevas circularon a lo largo de la cadena de puestos de observación, y los hombres, sonrientes, ufanos de su victoria, circulaban de un lado a otro, recorriendo de extremo a extremo el teatro de los sucesos. Parecían haber abandonado toda reserva y se regocijaban en la celebración de su triunfo, como si ya miles de millones de implacables ,y famélicos ojillos no los acecharan desde la orilla opuesta.

El sol se ponía detrás de los bosques de tamarindos y el atardecer se convertía en noche. Se abrigaba la casi seguridad de que las hormigas no intentarían otro ataque hasta el amanecer. Sin embargo, a fin de desbaratar toda tentativa, el caudal del agua que fluía por la zanja fué poderosamente incrementado al abrirse las compuertas de la represa.

No obstante esta barrera poco menos que infranqueable, Leiningen no alejaba totalmente la posibilidad de que los insectos ensayaran otro ataque por sorpresa. Ordenó, pues, a sus hombres, que pernoctaran a lo largo de la orilla. También destacó un grupo de sus peones para patrullar el foso en dos de sus autos, iluminando constantemente la superficie del agua con linternas y con teas.

Después de adoptar todas las precauciones que juzgó indispensables, el colono cenó con buen apetito y se retiró a dormir. Su sueño no fué turbado, en ningún momento, por el recuerdo de las vivientes veinte mil millas cuadradas que aguardaban, ocultando sus siniestros designios.

El amanecer encontró a Leiningen enérgico y activo, cabalgando a lo largo del foso. El colono pudo ver, frente a sí, las inmóviles e inalterables huestes sitiadoras. Contempló el amplio cinturón de agua ubicado entre ellas y la plantación, y por un momento casi lamentó que la lucha hu-

(Continúa en la pág. 58)

Consultorio de la mujer

AURORA. — Me encanta saber que ha podido leer "Mis filosofías" de Amado Nervo, interesada en ellas por la respuesta que di en esta sección a su primera carta. Una persona amiga, cuyo nombre empieza también con A como el suyo, ha podido pasarme para usted el simbolismo de la A, que le transcribo tal cual: "Por lo general, esta letra denota lo primero, el principio, lo primitivo; el alfa y la omega; poder, estabilidad, unidad, eternidad, etc. En hebreo, la palabra "ales" es símbolo de buey, de donde deriva el signo ideológico original, toscamente representativo de la cabeza de este animal. La A es un dibujo esquemático y sencillo de la cabeza de un buey invertida. En fenicio aparece el mismo dibujo tumbado. Los pies de la letra, señalan las astas, el travesaño prolongado marca las orejas y el vértice forma el hocico. En sirio además de esta significación tiene la de elegante, lo que parece señalar la etimología de la palabra «elefas»". No sé, si será ésto, lo que precisamente usted buscaba.

FRANCESCA. — Pasé el dato al interesado: si la persona que explota el bien, no rinde cuenta buenamente, será preciso exigírsela judicialmente. Debe usted advertirle que es un pleito difícil, sobre todo por la enorme dificultad para probar lo que ese bien produjo. En esos casos, lo más aconsejable es transar en cualquier forma, y con mucha más razón considerando la amistad que los ha unido siempre.

NUEVA RICA. — Ante todo, reciba mis felicitaciones. Respecto a su consulta sobre alumbrado en las escaleras, "hall", zaguán, etc., tendría que tomar idea en las casas del ramo, estando de acuerdo con el estilo de la construcción. Puede orientarse también en una clase de alumbrado para jardín que consiste en faroles (callejeros, casi) a la moda aún existente en Toledo, Segovia y otras poblaciones españolas antiguas.

MARIANITA. — El enrojecimiento de la nariz que es tan desesperante, cuando no ha cedido con la frugalidad impuesta como único régimen alimenticio, además de la abstención total de bebidas con alcohol, queda ya librada a un especialista que le señale el tratamiento debido. Si el enrojecimiento es circunstancial ensaye los lavados locales practicados con agua caliente. Mientras haga frío, trate de salir a la calle con un cuello alto que le deje sólo los ojos en descubierto, con una piel o con una bufanda que le cubra la casa hasta la mitad.

CHIQUITA. — A veces resulta fácil dar consejos sobre productos de tocador, reparadores de las arrugas, manchas del cutis, etc., por tratarse de afecciones sencillas y muy conocidas, para las cuales está el tratamiento al alcance. Pero su caso, señora, escapa a esas condiciones tan simples que señalo; lo más acertado es que usted consulte a una buena profesional que le indique la manera de combatir el daño que la acción de los años, las circunstancias de su vida, y los descuidos, han labrado en su rostro. Adquiera los productos necesarios, siga con perseverancia las indicaciones, y verá cómo, todavía a su edad, ese rostro responde. Nuestros avisos, le señalarán el camino...

GEORGETTE. — Sería muy largo contestar sus preguntas, una por una. Existen sistemas que se siguen o no, pero que corren de boca en boca como cosas buenas y útiles de practicar. Como para satisfacer en pocas palabras su deseo le hago traslado de una norma titulada "La higiene en una décima"; usted tomará de ella lo que le guste o le convenga.

"Vida honesta y arreglada,
tomar muy pocos remedios,
y poner todos los medios
de no alterarse por nada;
la comida moderada,
ejercicio y distracción
verse libre de aprensión;
salir al campo algún rato
poco encierro, mucho trato
y continua ocupación".

En lo referente al beso, lo considero como usted: antihigiénico, sobre todo, tratándose de personas extrañas, mientras que es una manifestación de cariño entre familiares y amigas. En algunos países, principalmente sudamericanos, el saludo entre mujeres consiste en un "medio abrazo", es decir, pone cada una la mano derecha sobre el hombro de la otra, mientras se cambian una frase amable mirándose a los ojos; es sencillo y encantador a la vez. Pocas entienden el arte de besar; la pulcritud se olvida y el primer impulso de la persona besada, es de limpiarse el rostro lo antes posible. Se dice que en el Japón, se desconoce la costumbre de besarse, y que los chinos sólo la conocen al través del amor. En cambio en ambos países prefieren demostrar su afecto, con actos de bondad y de exquisita cortesía.

CHOLA. — Será común, será vulgar, pero en nuestras aflicciones, bastará mirar en torno nuestro para hallar, sino el consuelo a los males que nos agobian, por lo menos la medida de lo que hubieran podido ser. Del orden de su carta, es la de "Disgustada"; le sugiero que la lea, tal vez encuentre en ella, el paliativo que necesita.

BIENVENIDA. — De nuevo en Montevideo... ¡cuánto me alegra saberla aquí! Lamento mucho no poder contestarle particularmente; circunstancias especiales me lo impiden... y como su carta trae fecha muy atrasada, supongo que habrá solucionado ya su problema. Me imagino sus ojos llenos de esos espléndidos panoramas de nuestra hermosa América y, con su cultura e inteligencia, cuánto saber habrá recogido, mientras leía la historia de esos países en el propio territorio e indagaba orígenes o costumbres de esas sociedades en cierto modo desconocidas en el Sur. Más adelante, tendré el placer de escribirle a la dirección que me dá, para pedirle me visite, como usted me lo ofrece.







LEININGEN JAMAS SE ENTREGA

(Continuación de la pág. 56)

biera terminado tan pronto. A la luz tranquilizadora de la mañana, le parecía que los insectos no tenían la menor posibilidad de cruzar el foso. Aún cuando se lanzaran de cabeza sobre él, abarcando los tres frentes a la vez, la potencia de la corriente, ahora avasalladora, los barrería sin remedio. La lucha le habí ap.ocurado intensas emociones... era de lamentar su rápida terminación.

Recorrió a caballo las secciones este y sur del foso, hallándolo todo en perfecto orden. En cambio, en la región oeste, frente al bosque de tamarindos, encontró al enemigo en plena labor. Los troncos y ramas de los árboles, y las enredaderas de lianas, rebosaban de insectos industriosos y malignos. Pero en lugar de devorar las hojas aquí y allá, no hacían sino roer los tallos, de suerte que un diluvio de hojas verdes caía incesantemente al suelo.

No había duda de que eran columnas enviadas por las otras fuerzas, en procura de vituallas para el resto del ejército. El descubrimiento no sorprendió a Leiningen. No necesitaba de ello para saber que las hormigas son inteligentes: estaba informado de su poder de adaptación, su sentido de la disciplina y su maravillosa capacidad de organización.

Su suposición de que el forraje para el ejército iba en progreso, se fortaleció al ver que las hojas caídas al suelo eran arrastradas por las tropas en acecho detrás del bosque. Y súbitamente comprendió cuál era el propósito que debían servir.

Cada hoja, arrastrada o empujada por docenas de afanosos insectos, era conducida en línea recta al borde del foso. Así como Macbeth vió que el bosque de Birnam se acercaba en manos de sus enemigos, Leiningen observó que el bosque de tamarindos se aproximaba más y más, en las mandíbulas de las hormigas. Sin embargo, su ánimo no le abandonó, aún cuando debió admitir que la situación era ahora mucho más amenazante que la víspera.

No había creído en la posibilidad de que los insectos construyeran balsas, y no obstante, aquí estaban, acudiendo por millares, en cantidades suficientes como para levantar puentes sobre el foso. Hoja tras hoja rodaban por la pendiente hasta el agua, donde la corriente las impulsaba hacia afuera. Y cada hoja llevaba varias hormigas. Pero esta vez el colono no perdió un minuto, voceando sus órdenes a medida que, espoleando a su caballo, pasaba por cada puesto de observación:

—¡Bombas de petróleo al frente suroeste! ¡Que cada hombre traiga su azada a la línea que enfrenta al bosque!

El entusiasmo deportivo que en él despertara la perspectiva de la lucha durante el día anterior, se había desvanecido, siendo reemplazado por una determinación tan fría como inexorable. De alguna manera mandaría a los infiernos, de donde nunca debieron salir, a las huestes invasoras. Sí... pero tal como se mostraban las cosas, todo parecía indicar que serían éstas las que borrarían toda huella de él y de sus hombres. Comprendía que no había calculado con exactitud la potencialidad del enemigo.

El mayor peligro actual radicaba en el punto donde la sección occidental del foso se curvaba hacia el sur. Y llegado allí, halló que sus peores anticipaciones se confirmaban. La fuerza de la corriente había aglomerado en tal forma las hojas con su tripulación de hormigas en el recodo, que el puente estaba prácticamente disponible.

Chorros de petróleo y peladas de tierra impedían en desembarco. Pero el número de hojas flotantes aumentaba con rapidez inconcebible. No pasarían muchas horas antes de que se formara un pontón de una milla de largo, a través del cual los insectos se precipitarían en avalancha incontenible. Leiningen galopó en dirección a la esclusa. La regulación de las aguas del río estaba contraloreada por una rueda establecida en la orilla. El colono ordenó al hombre encargado de ella que disminuye el agua del foso, casi hasta agotarlo, para, tras un momento de pausa, permitir de nuevo el aflujo del agua. Este manejo debía repetirse hasta nuevas disposiciones. La táctica resultó feliz en un principio. El agua en el foso bajó de nivel y con éste el lecho de hojas. Las verdes tropas casi alcanzaron la meta, y en pos de ellas se lanzaron las que habían quedado rezagadas. Pero entonces un violento caudal de agua recorrió el foso, sumergiendo a hojas y hormigas y arrastrándolas en su impulso.

Una y otra vez el agua descendió y subió, arrastrando hojas y sumergiendo hormigas. Las aguas, una vez más, bajaron casi hasta su lecho, aunque en esta ocasión los agotados defensores aguardaron en vano el flujo destructor... Leiningen presintió el inminente desastre; algo se había deteriorado en la maquinaria de la esclusa. Uno de los peones, empapado en sudor, gritó:

—¡Ya vienen!...

En tanto que los sitiados concentraban sus esfuerzos dentro del área que enfrentaba al bosque, la línea allende éste, aparentemente libre de peligro, se estaba convirtiendo en teatro de una acción decisiva. Y aquí, el frente de los defensores era muy ralo, presentando claros considerables, pues todo hombre disponible había sido enviado hacia el Sur.

Las hormigas, desplegándose sobre un amplio frente, realizaban un nuevo intento de cruce directo, semejante al ensayado el día anterior. Sobre el lecho seco del foso, se volcaron los insectos, en cantidad irresistible. Precipitándose, lograron alcanzar la orilla opuesta, antes de que los tardos indígenas se percataran de la situación. Los estrepitosos gritos de éstos, aturdieron al hombre encargado del manejo de la esclusa. Antes de que pudiera dirigir nuevamente el río dentro del lecho salvador, se vió rodeado de furiosas hormigas. Como los demás, corrió desalado, tratando de preservar su vida.

Cuando Leiningen tuvo noticia de ello, comprendió que la suerte de la plantación estaba sellada. No perdió tiempo en lamentar lo inevitable. Mientras había vislumbrado la menor posibilidad de éxito, se había mantenido dispuesto a luchar, pero ahora comprendía que toda resistencia era a la vez, inútil y peligrosa. Hizo tres disparos de revólver al aire: la señal convenida con los peones para que éstos se retirasen instantáneamente del foso. Luego, se dirigió a caballo hacia el rancho.

Este se hallaba a unas dos millas del punto de invasión. Disponía, por lo tanto, de tiempo suficiente para preparar la segunda línea defensiva. De las tres grandes cisternas de petróleo cerca de la casa, una había sido ya vaciada a medias por los constantes requerimientos de las bombas durante el primer encuentro. El petróleo que restaba en ella, era drenado mediante caños subterráneos dirigidos hacia la trin-

hera de hormigón que circundaba al rancho y viviendas adyacentes.

Los hombres de Leiningen, rodeando a u patrón intentaban conservar un aspecto nos perdido la primera rueda. Sin embargo, acabaremos aniquilando a esos malditas miradas. Era evidente que su confianza en un desenlace favorable, había sido hondamente quebrantada.

El patrón congregó a toda su peonada. "Pues bien, muchachos", les dijo, "he perdido la primera rueda. Sin em embargo, acabaremos aniquilando a esos malditos... nadie lo dude. Quien no lo crea así, puede exigir su paga y marcharse. Hay balsas suficientes en el río, y tiempo de sobra para llegar a ellas".

Ningún peón se movió.

Leiningen recibió este voto de confianza con una risotada parecida a un gruñido. "Así se muestran los hombres, ¿eh?... Sería gran lástima perder el final del espectáculo. Pues bien: el asunto no comenzará hasta el amanecer. En cuanto esos demonios se manifiesten, habrá buena faena para cada uno, y remuneración más alta para todos. Y ahora, a comer, que bien lo necesitamos".

En la excitación de la lucha, había transcurrido el día, sin que los hombres se detuvieran a tomar un bocado. Ahora que las hormigas estaban momentáneamente aplacadas, y la "muralla de petróleo" confería una pasajera sensación de seguridad, la exigencia del estómago se tornaba apremiante.

Los puentes sobre el foso de hormigón fueron retirados. Algunos insectos solitarios habían llegado hasta él; observaban el petróleo meditativamente y luego se retiraban con precipitación. Parecían haber perdido interés por lo que se ocultaba en la amenazadora barrera; los abundantes despojos de la plantación constituían la atracción preponderante.

Poco tardaron árboles, arbustos y canteras, en millas a la redonda, en ser presa de las voraces hormigas, destructoras del trabajo intensivo de largos y afanosos meses.

Al caer la tarde, un cordón de insectos se desplazó alrededor de la trinchera de petróleo, aunque sin efectuar ningún movimiento hacia su borde.

Leiningen apostó centinelas con teas eléctricas, y encaminándose a su bufete hizo una estimación de las pérdidas sufridas. Estas eran considerables, si bien, en comparación con su cuenta bancaria, resultaban fáciles de sobrellevar. Imaginó un plan de trabajo, que las compensaría en poco tiempo. Y con su mente en paz, se dirigió al lecho, en el cual durmió profundamente hasta el amanecer, sin acoger el pensamiento perturbador, según el cual al siguiente día, no quedaría de él sino poco más que un reluciente esqueleto.

Se levantó con la salida del sol, echando una mirada circular desde el tejado de su casa. Y una escena dantesca apareció ante su vista: por millas a la redonda no se veía sino una multitud negra y brillante; una multitud de hormigas tranquilas, satisfechas, pero no por ello menos voraces: en toda la extensión que abarcaban los ojos, no se veía sino ese compacto nubarrón de insectos, salvo hacia el Norte donde el gran río, trazaba una línea defensiva que las hormigas no osaban traspasar.

¿Su glotonería no estaba acaso colmada después de haber devorado toda la plantación? Por el contrario; se hallaban más ávidas de posesionarse del botín, rico y seguro que las aguardaba: cuatrocientos hombres, numerosos caballos, graneros rebosantes de cereales.

En un principio pareció que las trincheras de petróleo llenarían su objetivo. Los sitiadores olfatearon el peligro de nadar en ellas, no haciendo ningún movimiento cómo para precipitarse ciegamente sobre sus bordes. Pero, en cambio, imaginaron una maniobra más eficaz: comenzaron a recolectar trozos de corteza de árbol, ramas y hojas secas, volcándolo todo sobre el petróleo. Después de un tiempo, pudo verse una procesión interminable, trayendo, desde el Oeste, las hojas de tamarindo, utilizadas la víspera, como balsas.

Puesto que el petróleo, a diferencia del agua en la parte externa del foso, no se movía, debieron transcurrir horas antes de que los insectos lograran cubrir una parte de la superficie. Finalmente, sin embargo, estuvieron en condiciones de proceder a un ataque directo.

Sus tropas de asalto se deslizaron en una especie de remolino, por el revestimiento de hormigón, precipitándose sobre la improvisada superficie de ramas y hojas. Al alcanzar la orilla opuesta, se dirigieron, sin perder un instante, hacia la indefensa guarnición.

Durante la ofensiva, el colono, sentado tranquilamente, había observado con interés el curso de las maniobras, sin que se alterace en lo más mínimo. Entre tanto, había ordenado a sus hombres el no coartar, en forma alguna, el avance de la horda.

El petróleo se hallaba, ahora, cubierto de hormigas. Algunas pocas, habían conseguido trepar la parte interior de la pared de hormigón, y corrían hacia los defensores.

"¡Alejarse del foso!", gritó Leiningen. Los hombres obedecieron, sin vislumbrar cuál pudiera ser el plan. El colono, incli-







nándose hacia adelante, arrojó cautelosamente dentro del foso, una piedra que despedazó a la carpeta flotante junto con su viviente cargamento, revelando, de inmediato, una extensión del petróleo envuelta en llamas. Leiningen dió un salto atrás, y en un relámpago una muralla de fuego rodeó a la guarnición.

Este contra-ataque espectacular e instantáneo extasió a los indígenas. Aplaudieron y gritaron, dando suelta a su entusiasmo. De no ser por el respeto que su amo les inspiraba, lo hubieran levantado en andas.

Las hormigas se habían retirado del lugar del siniestro, formando amplio círculo, pero su perseverancia, no obstante el desastre sufrido, no había sido quebrantada. Una vez que el hormigón se hubo enfriado, y que se desvaneció el último fulgor de las agonizantes llamaradas, un segundo tanque de petróleo fué volcado en la trinchera, y las hormigas se prepararon para renovar su ataque.

La escena anterior se repitió entonces en todos sus detalles; los atacantes retrocedieron, y el petróleo inundó el foso una vez más. ¿No comprenderían, estas temibles criaturas, que su ingente sacrificio era insensato?... Sí, era en realidad insensato, con tal que los defensores pudieran disponer de un suministro inagotable de petróleo.

Cuando Leiningen llegó a esta etapa de su razonamiento, sintió por primera vez, desde el arribo de las hormigas, que la confianza en sí mismo comenzaba a abandonarlo. Empezó a temblar; un sudor frío recorrió su cuerpo. Si los demonios conseguían traspasar esa barrera, no quedaba la menor probabilidad de salvación para él ni para sus hombres. ¡Qué pavorosa perspectiva, ser devorado vivo, en esa forma!...

Por tercera vez, las llamas inmolaron a las huestes atacantes, y se consumieron luego. A pesar de ello, las hormigas continuaban afluyendo como si nada ocurriera. Y entretanto, Leiningen realizaba un descubrimiento que heló la sangre en sus venas: el petróleo ya no llegaba al foso. Algo debía obstruir el funcionamiento regular de los caños de la tercera y última cisterna: ¿una culebra o una rata muerta? Sea como fuere, ya las hormigas no podían ser detenidas por más tiempo, si es que no lograba, mediante algún expediente, que el petróleo volviera a drenar de la cisterna hasta el foso.

De súbito recordó Leiningen que en un cobertizo cercano a la casa, habían quedado dos viejas bombas de apagar incendios. Diligentes como nunca se mostraron en su vida, los peones, arrastrándolas, las conectaron a la cisterna, meramente a tiempo para arrojar un chorro de petróleo a una columna de hormigas que acababan de efectuar el cruce, obligándolas a retroceder, deslizándose hacia el foso. Una vez más el cinturón de aceite circundó a la guarnición; una vez más era posible mantener sus posiciones... aunque por el momento.

Era sin embargo evidente que este último recurso significaba sólo el aplazamiento de la derrota y de la muerte. Algunos peones se arrodillaron murmurando oraciones: otros, gritando alocadamente, apuntaban con sus revólveres a las negras masas que avanzaban, como si manifestando en esta forma su desesperación, su aciago destino pudiera trocarse en misericordioso.

Finalmente, dos de los hombres dieron rienda suelta a sus nervios; Leiningen vió a uno de los nativos lanzarse, desnudo, sobre la parte norte de la trinchera de petróleo seguido, de inmediato, por otro compañero, saltando hacia el río con rapidez inconcebible; sin embargo, su agilidad no los salvó: antes de que lograran llegar hasta las balsas, el enemigo había cubierto sus cuerpos de la cabeza a los pies.

En la agonía de su tormento, se arrojaron ciegamente al río anchuroso, donde otros enemigos, no menos siniestros, los aguardaban. Gritos de mortal angustia, informaron a los observadores anhelantes, que cocodrilos, y piranhas eran igualmente voraces como las hormigas, y quizá más rápidos en apoderarse de su presa.

A despecho de esta sangrienta advertencia, los hombres parecían inclinarse más y más a abandonar el bloqueo. Cualquier cosa, aún la lucha río arriba, con los cocodrilos, era preferible a la espera impotente de la muerte, acercándose con ritmo acompasado, e inexorable.

Leiningen acicateó su mente hasta hacerla vacilar. ¿No habría medio alguno de hacer retroceder a estos demonios, confinándolos en su infierno que no debieron abandonar?...

Y del caos angustioso de su perplejidad surgió una inspiración terrible. Sí, todavía quedaba una esperanza, sólo una. Quizá fuera posible represar el río tan completamente, que sus aguas llenaran no solamente el foso, sino que inundaran la totalidad del área donde estaba establecida la plantación.

La lejana orilla del río se hallaba demasiado en alto para que las aguas pudieran escaparse por ese lado. El rompeolas de piedra circundaba la plantación; sus únicas brechas se producían allí donde los extremos del foso en "herradura" desembocaban en el río. En consecuencia, sus aguas no sólo inundarían la plantación sino que, detenidas allí por el rompeolas hasta que ascendieran a su mismo nivel de altura, tanto la plantación como las hostiles huestes ocupantes, quedarían sumergidas bajo sus aguas.

El rancherío y sus dependencias se levantaban sobre terreno elevado. Sus cimientos estaban a nivel superior del rompeolas, de suerte que la inundación no llegaría hasta ellos. Y las pocas hormigas restantes que trataran de subir por el declive, serían fácilmente rechazadas por el petróleo.

Era posible, a condición de conseguir llegar hasta la represa. Una distancia de dos millas aproximadamente se extendía entre la casa y la esclusa, dos millas de hormigas. Los dos peones sólo habían podido recorrer la quinta parte a expensas de su propia vida. ¿Habría un indígena lo suficientemente osado como para arriesgarse en una empresa cuatro veces más peligrosa? No lo creía, y en caso afirmativo, sus probabilidades de regreso eran casi nulas.

No; sólo restaba una salida; sería él mismo quien la intentara: tanto le daba que las hormigas hicieran presa sobre él, mientras corría o aguardaba sentado. Quizá las hormigas no fueran tan irresistibles, después de todo; quizá había permitido que la sugestión en masa de la horda siniestra lo hipnotizara, así como la serpiente fascina e inhibe.

Los insectos levantaban sus puentes. Leiningen se puso de pie sobre una silla. "¡Muchachos, escuchen!...", les gritó. Lenta e indiferentemente, surgieron de todos los rincones de la trinchera, rodeándolo, con la apatía de la muerte cercana, estampada ya sobre sus rostros.

"¡Escuchen, muchachos!", voceó Leiningen. "Estoy orgulloso del comportamiento de ustedes. Todavía queda una probabilidad de salvar la vida: inundando la plantación desde el río. Ninguno de ustedes llegaría más allá de la represa, y no lo-

raría regresar. No seré yo quien les prolonga hacer la prueba, sería peor que una de esas hormigas. No, si yo los he metido en este baile, seré yo mismo quien toque la música".

"En cuanto vean que he traspasado el foso, prendan fuego al petróleo. Eso permitirá que el agua haga lo demás. Todo lo que tienen que hacer, es quedarse quietos y tranquilos hasta mi regreso. Sí, pues, regresaré", afirmó con una risita.

Utilizó altas botas de cuero, protegió sus manos con pesados guanteletes, rellenando los espacios entre pantalones y botas, guanteletes y brazos, camisa y cuello, con pedazos de género empapados en petróleo. Guareció sus ojos, bajo ceñidas anteojeras de tul mosquitero, sabiendo demasiado bien, que el primer ataque de las hormigas consistía en privar a sus víctimas de la vista. Como toque final, tapó con algodones sus narinas y sus oídos, indicando a sus peones que empaparan sus ropas en petróleo.

Estaba a punto de partir, cuando el anciano curandero indígena llegó ofreciendo un maravilloso ungüento, cuyo olor era intolerable a los insectos. Sí, él impediría el ataque más mortífero. En consecuencia, extendió el extracto por las botas, los guanteletes y el rostro del patrón.

Leningen recordó entonces, el efecto letal del veneno de las hormigas, y a efectos de contrarrestarlo, el viejo indígena le entregó una calabaza conteniendo la medicina que administrara al peón agredido en el agua del foso.

El colono partió. De un salto, se halló entre las hormigas.

La sitiada guarnición no tuvo oportunidad de observar la temeraria carrera de su amo hacia la muerte. Los insectos habían vuelto a trepar por la pared interna del foso, el siniestro fulgor del petróleo brillaba aisladamente. Por tercera vez durante el día, el reflejo del fuego iluminaba los rostros de los hombres cercados, y sobre las corazas rojizas y negruzcas de sus opresores. Las llamaradas elevaban ahora su impulso culebreante, pero celebrando... ¿qué?... ¿La pira funeraria de los cuatrocientos sitiados, o la de las huestes destructoras?...

Leiningen corrió. Sus pasos eran veloces e iguales, y sólo un sentimiento alentaba en él: *tenía que salir victorioso*. Evitaba los árboles y arbustos, y sólo en un relámpago su planta rozaba el suelo, a fin de de no ofrecer a las hormigas oportunidad alguna de posarse sobre él. Comprendía demasiado bien que pronto caerían sobre él, no obstante el ungüento sobre sus botas y el petróleo sobre sus ropas; pero sabía también que era preciso, indispensable, llegar hasta la esclusa, y que él debía llevar la hazaña a buen término.

Indudablemente, el ungüento resultaba de alguna utilidad; sólo cuando se hallaba a mitad de camino, sintió a las hormigas, unas, bajo sus ropas; otras, sobre su rostro. Mecánicamente, a medida que avanzaba, las golpeaba con los pies, apenas consciente de sus mordeduras. Vió que se acercaba sensiblemente a la exclusa, la distancia disminuía apreciablemente: quinientas, trescientas, doscientas, cien yardas.

Luego se vió en la esclusa, manipulando la rueda cubierta de insectos. No bien se apoderó de ella, cuando una horda de furiosas hormigas fluyó sobre sus manos, brazos y hombros. Puso en acción la manivela, pero antes de que ésta girara sobre su eje, el enjambre cubrió su rostro. Leiningen se esforzó como un titán, con labios fuertemente comprimidos, pues si abría la boca para respirar...

Hizo girar la rueda una y otra vez; lentamente la represa descendió hasta alcanzar el lecho del río. Ya las aguas afluían al foso. Un minuto más, y el río se desbordaría por la cercana brecha practicada en el rompeolas. La inundación de la plantación había comenzado.

Leiningen abandonó el manejo de la rueda. Por primera vez, se percataba de estar cubierto de hormigas, de los pies a la cabeza. A despecho del petróleo, sus ropas estaban llenas de ellas; algunas habían logrado alcanzar su cuerpo, y otras se adherían a su rostro. Ahora, que había cumplido su tarea, sintió el terrible escozor sobre su carne, producido por la picadura de los bichos lacerantes.

Enloquecido por el dolor, estuvo a punto de arrojarse al río. ¿Para ser desgarrado por los piranhas?... Ya estaba en pie para emprender, al vuelo, la jornada de regreso, a la vez que trataba de sacudir las hormigas de sus guantes y chaqueta, apartándolas de su faz ensangrentada, y aplastándolas bajo sus ropas.

Una de las endemoniadas criaturas consiguió picarlo debajo de las anteojeras de tul mosquitero; él logró apartarla, pero la agonía de la picadura, y la penetración de su ácido, alcanzaron el nervio óptico; él veía al través de círculos de fuego, una niebla lechosa... luego echó a correr, ya casi ciego, comprendiendo que si llegaba a tropezar y caer... Su corazón latía con tal fuerza que estaba a punto de estallar; la sangre afluía a sus oídos; sus pulmones parecían oprimidos por el puño de un gigante.

Nuevamente retornó su vista, pero el quemante cinturón de petróleo se mostraba infinitamente distante. Pinturas rápidas y cambiantes desfilaron por su mente, episodios de su vida, en tanto que en algún otro rincón de su cerebro, un observador frío e imparcial, informaba a este amasijo de carne doliente que era Leiningen, que tan fugaz panorama de escenas, emergiendo del pasado, sólo es visto en los momentos que preceden a la muerte.

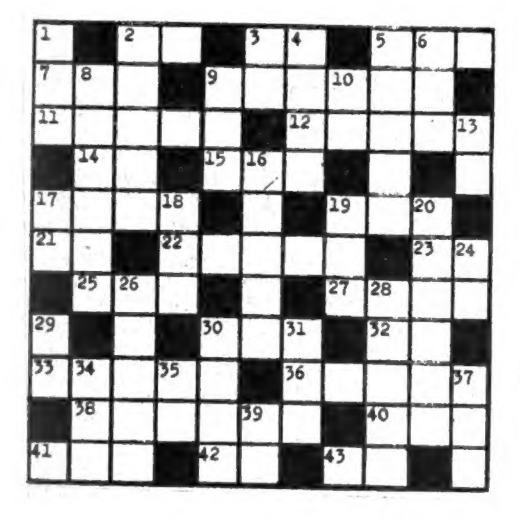
Una piedra en el camino... Demasiado débil para evitarla... el colono tropezó, tambaleándose. Trató de levantarse... debía estar atado a alguna roca... imposible... el más leve movimiento era imposible...

¡Pero no!... No podía morir así, roído hasta los huesos por los insectos famélicos e implacables. Y algo en su interior, lo hizo ponerse de pie. Se bamboleó; pero con paso vacilante, reanudó su marcha hacia la plantación.

Traspasando el círculo de fuego, y tan pronto como puso la planta sobre el lado interior, cayó a lo largo, inerte. Leiningen, en el momento en que se preparaba a saltar al través de las llamas, perdió conciencia por primera vez en su vida. Yacente, con sus ojos desorbitados, y la faz lacerada, parecía un hombre que ha conocido los secretos de la tumba. Los peones, corriendo hacia él, lo despojaron de sus ropas, apar-

INGENIOGRAFIA

PALABRAS CRUZADAS Nº 226



HORIZONTALES. — 2. Interjección; 3. Pronombre posesivo; 5. Cerveza inglesa ligera; 7. (John) Naturalista inglés, uno de los fundadores de la ciencia botánica inglesa (1628-1704); 9. Arbol parecido al laurel, cuya corteza es la canela; 11. Voz del verbo anudar; 12. Renta que produce en un año cualquier beneficio o empleo; 14. Abreviatura de adverbio latino; 15. Acusativo de pronombre personal; 17. Voz del verbo amar; 19. Número doble de la unidad; 21. Artículo determinado; 22. De Arabia; 23. Dirigirse; 25. Casa u hogar; 27. Espuerta grande de pleita; 30. Sur, punto cardinal; 32. Creencia, confianza; 33. Volcán de Costa Rica; 36. Polvo que proviene de la desagregación de las rocas; 38. (Concepción) Filántropa española (1820-1893); 40. Gracia, garbo, salero; 41. Antigua ciudad del Asia Menor (Cilicia); 42. Pronombre personal; 43. Preposición inseparable.

VERTICALES. — 1. Altar en que se ofrecen sacrificios; 2. Acción de ayudar; 3. Interjección; 4. Pronombre indeterminado; 5. Guiñapo, harapo; 6. Departamento francés; 8. Ser orgánico que vive, siente y se mueve por propio impulso; 9. Planta crucífera hortense; 10. Preposición; 13. Interjección; 16. Pasta de almendras, nueces, especias finas y miel bien cocida; 17. Contracción de preposición y artículo; 18. Hacer don; 19. Preposición inseparable; 20. Pito de vapor de algunas máquinas; 24. Nombre del sol entre los egipcios; 26. Planta aroidea de Europa; 28. Antigua ciudad de Jonia, a orillas del mar Egeo; 29. Artículo determinado del género neutro; 30. Conjunción adversativa; 31. Río de la Suecia central, que desagua en el Golfo de Botnia; 34. Igualdad de nivel de las cosas; 35. Forma reflexiva de pronombre personal; 37. Yerno de Mahoma, califa de 656 a 661; 39. Moneda de cobre de los romanos.

SOLUCION DEL PROBLEMA Nº 225:

I		E	R		I	D		C	A	O
L	I	L	A	O		I	B	A	N	
I	R		I	B	I	Z	A		E	N
	M	A	L		N		H	A	T	O
D	A	L		T	O	R		C	O	
E		A	L	E	D	A	Ñ	O		A
	O	C		R	O	S		D	A	R
A	Z	O	R		R		C	O	N	
L	O		O	R	O	S	O		I	M
	Ñ	O	N	A		E	M	E	S	O
L	O	S		Y	O		A	H		I

taron las hormigas de su cuerpo, que era una grande herida abierta, y lo llevaron hasta el ranchería.

A medida que disminuía la cortina de fuego, pudo verse, en lugar de la ilimitada hueste de hormigas, una gran extensión de agua. El río se desbordaba sobre la plantación, arrastrando consigo a las hordas hostiles. El agua había invadido la línea enemiga, en tanto que las hormigas habían intentado en vano llegar hasta la colina donde se hallaba el rancho. El cinturón de llamas las había detenido.

Y así, aprisionadas entre el agua y el fuego, habían caído víctimas de la aniquilación, que era su dios. Y cerca de la boca extrema del foso de agua, donde el muelle de piedra mostraba su segunda abertura, el océano barría a los batallones vencidos, arrastrándolos hacia el río, donde desaparecerían para siempre.

La inundación crecía sin cesar, y el crepitar del fuego disminuía a medida que el agua ascendía hacia la trinchera de petróleo, abatiendo sus postreras llamaradas.

Leiningen yacía en su lecho, con su doliente cuerpo vendado de pies a cabeza. Con fomentos y compresas se había logrado detener la hemorragia; sus heridas acababan de ser cuidadosamente desinfectadas. Sus hombres lo rodeaban, con expresión ansiosa en sus miradas. ¿Se recuperaría?... "No morirá", dijo el anciano que lo había vendado, "no morirá... si es que quiere vivir".

El colono abrió los ojos. "¿Todo en orden?...", inquirió.

"Se han ido", respondió el enfermero. "Al infierno". Y le tendió una copa rebosante de una poción soporífera. Leiningen la apuró de un trago.

"Les había asegurado que regresaría", murmuró, "aunque al presente me halle algo maltrecho". Sonrió y cerró los ojos, refugiándose en el sueño.

TE PARA DOS

(Continuación de la pág. 53)

ORILLA

Primera carrera: añadir el hilo en un ángulo del mantel. Tejer 1 medio punto en el mismo lugar de la unión, (x) 11 cadenas, saltar 5 varetas libres y 1 hilera; tejer 1 medio punto en la vareta de la hilera siguiente; 11 cadenas, saltar 3 hileras; tejer 1 medio punto en la punta de la cadena de vuelta de la hilera siguiente; 11 cadenas; saltar 2 hileras; tejer 1 medio punto en la vareta de la hilera siguiente (xx) (11 cadenas, 1 medio punto en la punta del bloque extendido siguiente) 5 veces; 11 cadenas, saltar 4 hileras; tejer 1 medio punto en la punta de la hilera siguiente; (11 cadenas, saltar 2 hileras, tejer 1 medio punto en la punta de la vareta de la hilera siguiente) 4 veces; 11 cadenas, saltar 2 hileras; tejer 1 medio punto en la vareta de la hilera siguiente. Repetir desde (xx) 4 veces más. Luego tejer 11 cadenas, tejer 1 medio punto en la cadena-base de la hilera extendida siguiente; 11 cadenas, saltar 3 hileras; tejer 1 medio punto en la hilera siguiente; 11 cadenas; 1 medio punto en la punta del ángulo siguiente. Repetir desde (x) alrededor. Omitir 1 medio punto al fin de la última repetición. Tejer 1 punto corrido en el primer medio punto.

2ª carrera: en cada arco tejer (3 medios puntos, 4 cadenas) 4 veces y 3 medios puntos. Al fin de la carrera tejer 1 punto corrido en el primer medio punto. Romper el hilo.

FLORES Y EMBLEMAS

FUE muchas veces discutido, sin llegar a un acuerdo, si la Primavera, era la flor preferida por Lord Beaconsfield, pero lo cierto es que llegó a simbolizar al partido conservador inglés, y que el día del aniversario de la muerte del gran estadista, fueron numerosos los miembros de la Liga de la Primavera que le llevaron ramos de esa flor. Después de la fundación de dicha Liga, en 1883, las damas del partido legitimista de Francia copiaron la idea fundando la Liga de la Rosa sobre iguales principios.

Un ramo de violetas fué, en otros tiempos, una especie de adhesión a la causa imperial de Francia, y se dice que los Bonaparte adoptaron la violeta por su semejanza en el color con la púrpura imperial. Cuando llevaron a Francia el cuerpo del príncipe imperial —hijo de la emperatriz Eugenia— muerto en la campaña zulú, todos los adeptos acudieron con violetas en tal cantidad, que jamás se vieron reunidas tantas flores de esa clase.

El clavel, adoptado como emblema del partido boulangista, tiene también su historia política. Según Alfonso Karr, el clavel, lo mismo que el lirio y la violeta, desempeñaron un importante papel en las discordias de Francia. En 1815, por ejemplo, pocos días antes de la restauración de los Borbones, esa flor fué adoptada como contraseña entre los partidarios de Napoleón.

La afición de Gladstone a las rosas blancas sirvió de pretexto a los liberales ingleses para intentar adoptarlas como emblema de liberalismo, pero sea por una u otra razón, la idea no arraigó.



MUNDO URUGUAYO

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
Fundada en el año 1919

Director: JULIO CAPORALE SCELTA
Secretario de Redacción: PABLO BODO

Administrador: RAUL CASTELLS CARAFI
Sub-Administrador: RAUL CAPURRO

SUSCRIPCION ANUAL

Uruguay	$ 7.50
Países Americanos	$10.00
Europa	$15.00

La correspondencia debe dirigirse al Director. Giros y valores a la orden de Capurro & Co.

JUAN C. GOMEZ 1372 - Montevideo

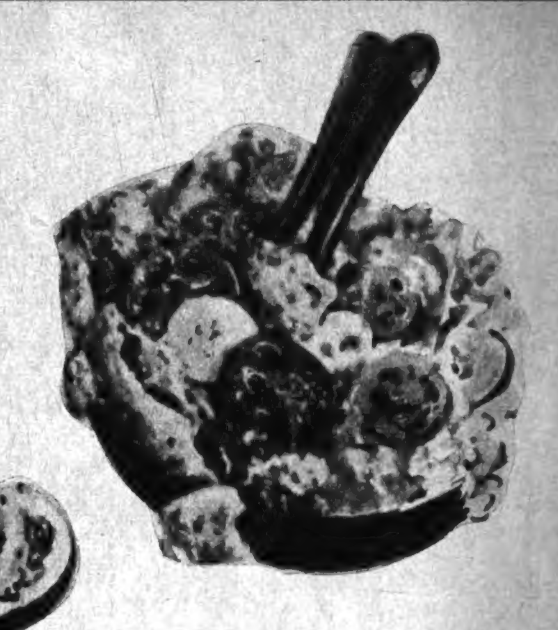
REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR

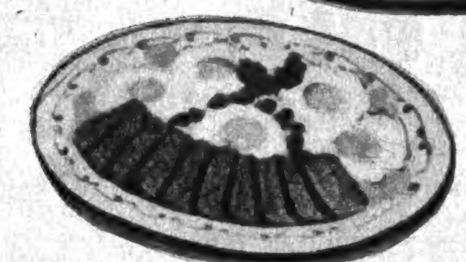
En Buenos Aires, agencia de venta y suscripciones: INTER-PRENSA, Florida 229
En Nueva York: S. S. KOPPE & Co., Inc.
En Londres: S. S. KOPPE & Co. Ltd.
En París, Ginebra, Bruselas, Roma, Madrid y Lisboa: JOSHUA B. POWERS S. A.


Fascinantes
VACACIONES
en los
EE. UU.
Más allá de las entradas de PAA a los Estados Unidos se abre un verdadero país de maravillas para sus vacaciones. Allí encontrará grandes centros metropolitanos -- vastas regiones industriales y agrícolas -- magníficas universidades e institutos médicos -- maravillosas montañas, lagos y playas. Excelentes tiendas, toda clase de entretenimientos y actividades culturales esperan su visita. Y en pocas horas, los cómodos y rápidos Clippers* de PAA -- en conexión con otras líneas aéreas -- ponen todo esto a su alcance.
Planee hoy mismo su viaje a los Estados Unidos. Llame al representante de PAA o a su agente de viajes para que le ayude a preparar su itinerario completo.
PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS
PASAJEROS ★ CORREO ★ CLIPPER CARGO

ACEITE OPTIMO MEJOR QUE BUENO! ACEITE OPTIMO MEJOR QUE BUENO!

El clásico aceite











Todos los manjares se preparan con

OPTIMO

mejor que bueno!

ACEITE OPTIMO MEJOR QUE BUENO!
ACEITE OPTIMO MEJOR QUE BUENO!
ACEITE OPTIMO MEJOR QUE BUENO!
ACEITE OPTIMO MEJOR QUE BUENO! ACEITE OPTIMO MEJOR QUE BUENO!